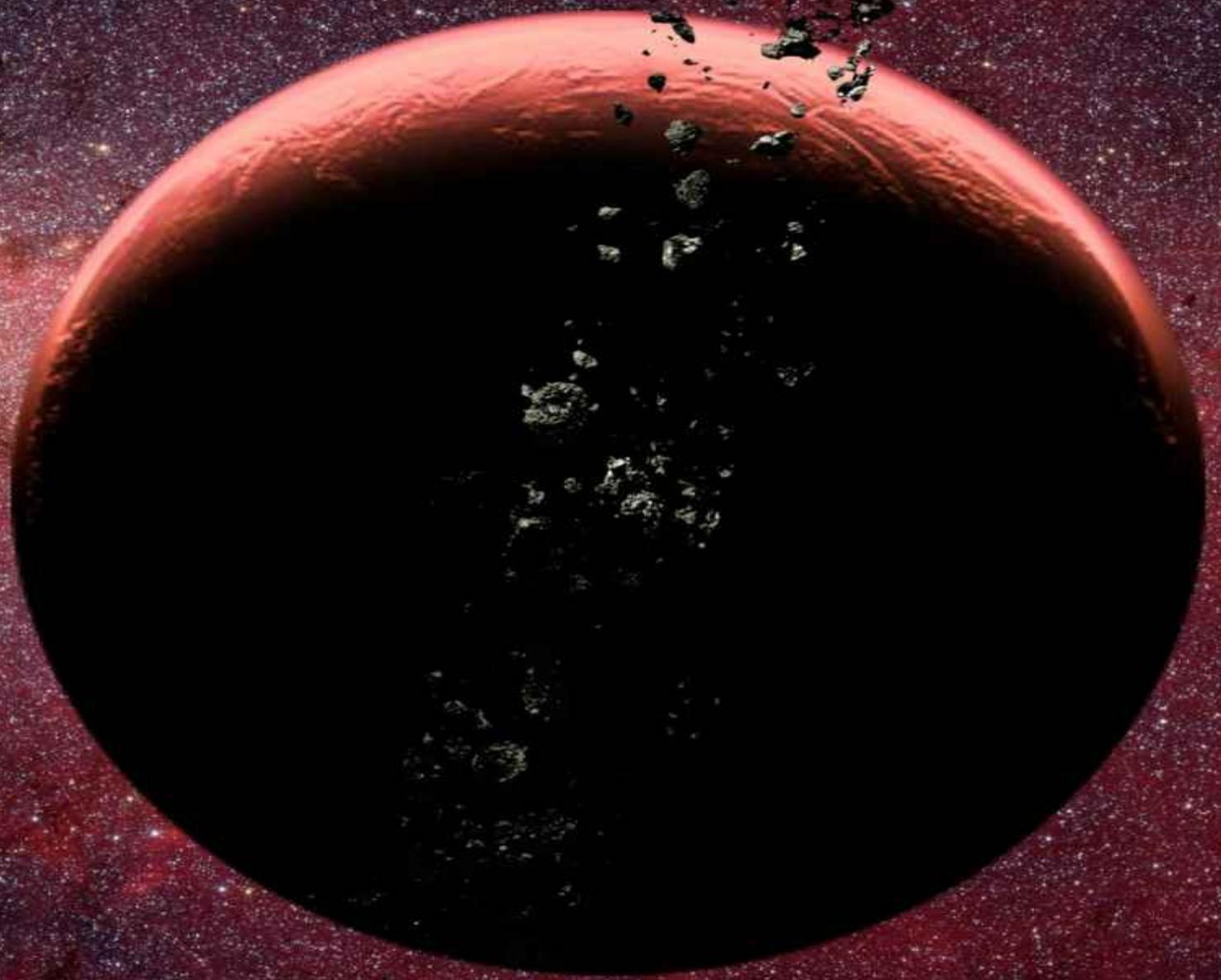


EL INCIDENTE GRETTA



DAVID LORÉN BIELSA

EL INCIDENTE CRETTEA

EL INCIDENTE CRETTEA



David Lorén Bielsa

© David Lorén Bielsa, 2018

Diseño de portada por David Lorén Bielsa

ISBN: 9781729168738

Sello: *Independently published*

Pueden contactar con el autor a través del siguiente correo electrónico:
okhe.dlb@gmail.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para mis padres,
porque nunca me impusieron fronteras.*

*Ellos solo me educaron.
Los límites, me enseñaron, eran cosa mía.*

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Simón Navas, como siempre. Eres mi lector cero estrella, aquel que me conoce a la perfección. Gracias por ser siempre el primero y leerte todo lo que escribo, a pesar de que no esté aún pulido.

Gracias a Alberto Guerrero por tus minuciosas correcciones. Sabes que sin ti, esta novela sería mucho peor.

Gracias a Deborah Luzige por aceptar el reto de ser mi primera lectora cero desde latinoamérica. Tus comentarios y aportes han sido de mucha ayuda.

Gracias a W. E. Franco, porque no me esperaba que un especialista en fantasía como tú se interesara por mi obra. Tus apreciaciones han sido muy acertadas e interesantes.

Gracias a Javier Domínguez que, a pesar de tu falta de tiempo, ahí has estado como siempre para leerte el manuscrito. Sabes que tu opinión es vital para mí.

Gracias también a J.L. Prieto, un auténtico devorador de historias. Me encanta tu forma de analizar las obras y encontrar todo tipo de referencias.

Y como no, gracias a ti, Inma, por ayudarme a que los niños me dejaran algo de tiempo para escribir.

Querido lector, esta obra está inspirada en mi universo literario "Los Mundos del Emperador". A pesar de ello, la trama transcurre en una época muy anterior y por lo tanto es independiente.

Si deseas saber más de Los Mundos del Emperador, puedes visitar la página de facebook: @losmundosdelemperador, o buscar el título en Amazon.

PRÓLOGO

DESPERTAR

Me siento aturdida y mareada, confusa. Intento acceder a mis recuerdos, que me son esquivos, fugaces. Sé que esto no es lo que debería suceder y me esfuerzo por recordar. A mi mente solo acuden flashes de muerte y una destrucción de proporciones apocalípticas.

Dos enfermeros me acompañan, empujando uno de ellos la silla de ruedas sobre la que me siento. La brillante y blanca luz me resulta molesta. Me pregunto por qué tienen tan poca consideración conmigo; recién despertada que estoy y ni siquiera me dejan situarme en el tiempo y el espacio.

Intento preguntarles dónde me encuentro, pero solo balbuceo algo ininteligible. Mi boca está seca y la garganta dolorida. Pero ese no es el problema, es mi cerebro; algo no funciona como debería ahí arriba, en mi azotea. Es como si me tuviera que adaptar, reiniciarme después de un profundo y largo sueño.

Me miro las manos, al menos son como las recuerdo, de piel morena. Deseo tener un espejo cerca y mi petición se ve cumplida a medias, cuando pasamos por delante de una superficie metálica, pulida y brillante. En ese instante compruebo que mi aspecto también es el adecuado: una mujer de mediana edad, de ascendencia hindú, con una tupida y larga cabellera negra y unos grandes ojos de color miel. Parte de mis rasgos son finos y delicados, en contraste con una mandíbula fuerte y una nariz poderosa. Recuerdo que una vez me dijeron que era una poética conjunción de belleza y carácter.

El pasillo, que parece interminable, llega a su fin. Una puerta corredera se abre y entramos en una gran sala. En el centro hay una silla de avanzada tecnología y al fondo una mesa rectangular, desde donde me miran dos hombres y tres mujeres.

Están sentados, sin decir nada, con sus rostros serios e impertérritos. Sus caras me resultan familiares, pero no logro ubicarlos. Todos rondan entre los cincuenta y los sesenta años. La mujer que está sentada en el centro hace un gesto a los sanitarios y acercan la silla hasta detenerla a apenas un metro y

medio de ella.

—Bienvenida, nos alegra verla despierta —dice sonriente, con un tono de voz calmado que transmite confianza.

—Yo...

Vuelvo a esforzarme, me siento impotente por no poder expresarme con la soltura que debería ser lógica en mí.

—¿Dónde? Me cuesta...

—Tranquila, es lógico —me dice la mujer levantando un poco la mano para interrumpirme—. Lleva un tiempo en crioestasis, pero está en casa, a salvo.

—Es confuso...

Parece que poco a poco las palabras acuden de nuevo a mi boca y un sanitario me acerca un vaso con agua para que beba. Mi paladar lo recibe con deleite y un leve sabor dulce me indica que hay algo más en el líquido. Sea lo que sea, pronto hace efecto y la sensación de sequedad y el dolor del fondo de la garganta desaparecen.

—Su cerebro tardará un rato en adaptarse, no se preocupe. Aunque es posible que tenga secuelas, un shock postraumático que esperemos no derive en estrés. Seguro que la medicación hará su efecto. ¿Recuerda al menos su nombre, quién es? —Me invita a intentarlo.

—Me llamo... Elika Razdan, tengo treinta y cinco años, y soy... —Dejo la frase a medias, incapaz de terminarla.

—Tranquila, tómese su tiempo —sigue son su tono tranquilizador.

—Soy una observadora del Cuerpo Estelar de la República.

Me alegra recordarlo. Los observadores somos enviados a los confines del territorio de la República, a ciudades situadas en zonas conflictivas, colonias, estaciones espaciales y bases mineras. Nuestra misión es valorar la viabilidad de los asentamientos, su potencial. Sin nuestra aprobación, la República deja de enviarles fondos y recursos, condenándoles a perecer si no son rentables.

El logo del CER llega nítido a mi memoria y entonces me doy cuenta que lo he tenido todo el tiempo delante. Está dibujado en pequeño en algunas partes de la sala y en la mesa que tengo enfrente.

—¿Qué es lo último que recuerda con claridad? Sobre el cometido de su último trabajo.

—Una colonia minera en un planeta al borde —dudo unos instantes—. Sí, eso es. ¡Cretta! Mi misión era valorar la colonia minera del planeta Cretta.

—Excelente, nos alegra ver que su memoria se recupera, aunque sea poco a poco.

Sonrío, al igual que la mujer que tengo delante, que lo hace durante unos instantes, pero pronto su rostro se endurece de nuevo, en presagio de la mala noticia que tiene que darme.

—Señora Razdan, efectivamente usted fue a Cretta, estuvo allí. Y me appena tener que informarle de un terrible suceso.

Yo también dejo que mis labios borren el gesto de satisfacción. Los flashes regresan de nuevo a mi cabeza, reverberaciones de un aterrador desastre que fluyen como ondas en un estanque en el que algo ha golpeado contra el agua hace rato. La mujer que tengo enfrente sigue hablando, al tiempo que los hombres y mujeres que la acompañan asienten con la cabeza, mientras las imágenes de colonos muertos regresan.

—Algo ocurrió durante su estancia, un grave incidente que acabó con toda la colonia. Se han perdido mil vidas humanas y usted es la única superviviente.

—No...

Niego con la cabeza, pero mis visiones me dicen que es cierto. Todos y cada uno de los habitantes de Cretta, muertos, sin vida. La única colonia del planeta, desaparecida. Y entonces soy consciente de que, como observadora del cuerpo estelar, debería haberlo impedido y no lo he conseguido. El fracaso ha sido puesto ante mis pies, me siento al borde de un abismo y una voz me grita que salte. Pero eso sería dejarse llevar por la locura. No soy así. Y entonces sé cuál es mi misión, lo que estoy haciendo allí. La mujer de la mesa me lo corrobora al decírmelo.

—La rescataron y la han traído hasta aquí, pero necesitamos saber con exactitud qué es lo que sucedió en el planeta.

—Pero no lo recuerdo —me lamento.

—Mire a su izquierda —la mujer me señala el dispositivo tecnológico con aspecto de silla que hay mi lado—. Esto la ayudará. Le prometemos que es un proceso indoloro.

Me levanto, tambaleante, con la ayuda de los sanitarios. Me sujetan mientras me siento en el lugar indicado. No me enchufan cables, ni nada similar. Solo bajan una aureola metálica que no toca mi cabeza, la rodea.

—Es evidente que los traumáticos sucesos de las últimas horas de Cretta han sido bloqueados en su memoria —dice la mujer—. Debe regresar a un recuerdo estable, uno anterior a lo sucedido. A partir de ahí podrá ver con

detalle todo lo acontecido. Es importante que mantenga una cronología estricta y no se salte fragmentos, o perderá el hilo. El dispositivo nos mostrará sus recuerdos, así pues evite regresar a momentos anteriores o posteriores. Debe mantener la coherencia del relato. Si no intenta guardarse nada, los hechos fluirán libres en su mente y podremos reconstruir todo lo ocurrido.

Asiento con la cabeza para indicarles que he entendido las instrucciones. Sabía que me habían enviado a Cretta a valorar su viabilidad, a estudiar los riesgos que corrían sus habitantes. Así que cierro los ojos y centro mi consciencia, me anclo en un recuerdo estable, tal como me han pedido.

Sonrío al ver el bello rostro de mi hijo, pero pronto siento como algo me oprime el pecho. Revivir la muerte de mi marido y de mi hijo, años atrás, no es lo que pretendo. Siento una profunda rabia al verme en una ceremonia de entierro en la que no he tenido cuerpos que incinerar.

Fallecieron en un desgraciado accidente, junto a doscientas personas. Todo un módulo de una estación se desprendió y se desintegró contra la atmósfera de un planeta. Yo me había salvado solo porque ese día supervisaba la operación de carga de una enorme nave colonial.

Ni mi marido ni yo, ambos ingenieros, pudimos prever el fallo, a diferencia de los responsables de la estación, culpables de usar materiales baratos y recortar horas extras y personal. Aquellas decisiones, junto con la corrupción imperante, fueron las que se llevaron a mis seres queridos.

Sacudo la cabeza y maldigo por haber recordado eso con tanta nitidez. Por eso me hice observadora, no iba a permitir que algo así volviera a suceder. Sabía que colonias alejadas y estaciones mineras eran los lugares ideales para recortar en gastos y seguridad.

Los supervisores lo han visto todo a gran tamaño, las imágenes han aparecido de la nada, flotando tras de mí por encima. El nivel de luz ha descendido para hacerlas más visibles.

—Elika, céntrese —la voz de la mujer resulta estabilizadora.

Otro flash acude a mi mente, pero todo es oscuridad y un miedo atroz me invade. Tengo los ojos cerrados, porque no quiero ver lo que tengo delante, y noto unos filamentos tentaculares que me tocan el rostro. Se pasean por mi mentón primero y luego el pómulo. Después, recorren el contorno de mi cara y se enroscan alrededor de mi cuello, para a continuación tirar de mí con fuerza.

Cuando abro los ojos, no puedo ver el qué, pero algo me arrastra por un

pasillo muy estrecho, repleto de cables y tubos. Nunca jamás en mi vida he sentido un miedo como en ese mismo instante.

—Elika, vamos, usted puede hacerlo, tiene que ir más atrás.

Tiene razón y siento alivio, puesto que tengo la excusa perfecta para alejarme de ese recuerdo atroz y angustioso. Pienso en Cretta y la imagen exterior del planeta acude a mi memoria. Una gran esfera rojiza con inmensas tormentas en su atmósfera. Un lugar aterrador a primera vista, pero con abundancia de valiosos minerales.

—Estoy centrada en mi llegada al planeta —digo.

—Bien, Elika. Muéstranoslo todo.

Siento miedo, sé que voy a adentrarme en un horror traumático. No quiero atravesar esa frontera, pero debo. Y entonces recuerdo algo que siempre me decía mi madre, y que yo solía repetirle a mi hijo.

«Te dirán que el universo es la última frontera, pero es mentira, puesto que no tiene. Los únicos límites los pondrá tu mente».

CAPÍTULO I

LLEGADA

Llego al planeta Cretta el cinco de noviembre de 2587, según el calendario terrano. Sería lunes, de haber estado en la Tierra, pero allí en el espacio los días de la semana no tienen sentido para mí. Visualizo el momento en que la Andrómeda toma una órbita estable. Había visto fotos antes, por supuesto, pero aún así quedo fascinada con aquella imagen. Impresionantes tormentas surcan aquella atmósfera de tono carmesí y, a su alrededor, un anillo repleto de gigantescos asteroides que dan vueltas en una órbita circular, restos de una antigua luna destruida por causas desconocidas.

No soy la única observadora enviada a la colonia, somos un equipo de diez; tres principales y siete auxiliares. Uno de ellos, Alexey Makarov, es el encargado de supervisar toda la seguridad de las instalaciones, y para ello lleva consigo a los de menor rango, dado el gran volumen de trabajo. El segundo, Tao Cummings, tiene que inspeccionar los laboratorios, en los cuales se llevan a cabo experimentos genéticos. Mi trabajo es bastante concreto, estudiar la viabilidad del Sistema Autónomo de Minería «SAM».

Todos nosotros, así como un grupo numeroso de operarios de la colonia, que han viajado a modo de relevo, nos montamos en el transporte para personas anclado a la Andrómeda. Después de la lanzadera, también tendrá que descender un transporte de carga con materiales para las instalaciones.

El descenso no resulta fácil. Bello y plácido al principio, a medida que nos acercamos al planeta, y evitamos el campo de asteroides, pero pronto se torna una experiencia angustiosa. Ya nos habían avisado: la gruesa atmósfera de Cretta y su habitual inestabilidad hacen de la reentrada toda una aventura no apta para cardíacos.

El transporte es zarandeado con fuerza a pesar de su tamaño. Aunque estamos más que informados de la seguridad del descenso y de la fortaleza de aquella nave, los continuos crujidos juegan malas pasadas en mi mente. No puedo evitar pensar que el vehículo espacial se despedazará de un momento a otro, que moriremos en el acto, pero aquello no ocurre, como tampoco ha

ocurrido la cincuentena de veces que aquella misma nave ha hecho el mismo trayecto. El vuelo es seguro, tengo que convencerme de ello.

Los cuatro edificios principales de la colonia tienen forma de cúpula semienterrada, instalados en una planicie justo al lado de un enorme cañón. Están cerca de un gran y variado depósito de minerales, pero asentado en una zona con unos cimientos estables, aunque próximo a uno de sus grandes océanos ocultos. Hay pequeños mares congelados repartidos en parte de su geografía, pero casi la totalidad del agua de Cretta está bajo el suelo, en gigantescas cavidades subterráneas. Es agua muy salada, pero potabilizable con la tecnología actual. A pesar de ello, su atmósfera no es respirable y su temperatura media, en la zona de la colonia, de treinta grados bajo cero.

Desde la nave puedo vislumbrar los descomunales cañones de su superficie, arterias vacías en un cuerpo muerto. No puedo dejar de preguntarme si aquel planeta albergó vida en un tiempo muy lejano. Nosotros solo llegamos allí para escarbar entre sus restos, para arañar los ricos minerales de este cadáver.

El aterrizaje es más suave de lo esperado, gracias a los potentes retrocohetes de frenado de la gran lanzadera. Toma tierra en una gran pista de aterrizaje que finaliza en un hangar de puertas enormes que se cierran a su entrada. Sé el momento exacto en que la nave accede al interior, cuando el incesante viento deja de azotarla, de zarandearnos. Al cesar el tembleque, es cuando me permito el lujo de respirar aliviada.

La primera sensación que tengo al descender de la nave no es buena. Un fuerte malestar se apodera de mí, una pesadez interna difícil de describir. Alguien deja mi equipaje de mano a mi lado cuando me agacho, apoyándome en mis propias rodillas. Ni siquiera veo quién me ha ayudado y no acierto a agradecerse.

Cuando me siento un poco mejor, cojo mi bolsa y la levanto con algo de esfuerzo. A pesar de que lo esperaba, me sorprende.

—Cuesta acostumbrarse a la gravedad, pero lo conseguirá enseguida. Deje que de momento le lleve yo la bolsa.

No he visto acercarse al hombre que me acaba de hablar con un decidido tono de voz. Levanto la vista y me topo con sus ojos, de un azul oscuro intenso. Lo encuentro muy atractivo: más alto que yo, de complexión fuerte, de tupido cabello rubio y de rasgos agradables. Diría que es de una edad

similar a la mía; tengo que preguntárselo más adelante. Sonríe con una impoluta dentadura al tiempo que me tiende la mano.

—Hans Fellner, jefe de seguridad de la colonia de Cretta. —Su sonrisa se amplía justo después de decirlo.

—Elika Razdan, observadora del Cuerpo Estelar de la República — acierto a decir al fin.

Estrecho la mano que me ofrece y él aprieta lo justo para parecer tan firme como delicado. Otra maniobra muy medida, igual que la expresión de su rostro. Nunca he sabido si fiarme de la gente que mide tanto sus actos, pero supongo que por ahora me dejaré llevar.

Me giro para despedirme de mis compañeros del cuerpo, pero veo que se están alejando de mí, acompañados por personal de la colonia.

—Señora Razdan, yo seré su enlace durante su estancia —dice él al darse cuenta.

Se agacha a mi lado y hace el gesto de coger mi bolsa, tal como se ha ofrecido al principio.

—¡No, yo la llevaré!

Me lamento tarde al darme cuenta que he sonado un tanto brusca, así que decido suavizarlo.

—Llámame Elika, por favor. Y ya estoy mejor, tengo que acostumbrarme a esta gravedad. Apenas es mayor que la estándar.

—De todas maneras, por aquí intentamos no cargar mucho peso.

Hace un gesto con la mano y señala un exoesqueleto de tres metros pilotado por un hombre que pasa cerca nuestro. Se mueve con un contenedor a cuestas, que traslada gracias a unas extremidades robóticas que finalizan en anclajes magnéticos.

—Las normas aquí son claras: nada de menores, ni embarazadas. Las simulaciones no son muy optimistas en lo que se refiere al crecimiento de niños, o de un feto, en este entorno. En cuanto a los adultos, hay que tomarse el suplemento diario, y solo se nos permiten estancias de tres años. Lo cual me hace recordar que estoy al límite.

—Entonces estás aquí desde el principio.

Él asiente y me hace un gesto para que lo acompañe. Puedo apreciar que camina con porte regio y mucha seguridad.

—¿Fellner? —pregunto con la intención de iniciar una conversación—. ¿Tiene algo que ver con los famosos Fellner por los que estamos aquí?

—Por supuesto —corrobor—. Soy hijo de Gustav Fellner, el ideólogo y

diseñador del Sistema Autónomo de Minería. Y de Idonia Fellner, diseñadora de este modelo colonial.

—Pero ellos no están aquí, recuerdo haber leído que estaban retirados.

—Jubilación anticipada —vuelve a corroborar, esta vez con una risa—. Mi madre estaba harta de vivir en la estación espacial minera, donde lo idearon todo. Así que en cuanto pudieron se largaron a vivir a un entorno paradisíaco. Ellos pueden permitírselo, Industrias Hoppeneng les pagó muy bien por el desarrollo del SAM y por el diseño de estos edificios.

—¿Y el hijo siguió los pasos de sus padres? —pregunto de nuevo.

Sé que Gustav es un genio de la robótica y la computación, y su esposa una afamada arquitecta en entornos espaciales.

—No, más bien no —contesta echándose la mano tras la cabeza—. Mi hermana melliza sí que quiso al menos hacer algo similar, así que estudió gestión y administración. Ahora es la directora de la colonia y es el enlace de los observadores que van a supervisar toda la seguridad de las instalaciones. Como podrás suponer, Industrias Hoppeneng nos dio trabajo a toda la familia.

Salimos del hangar y nos metemos en una cápsula, junto con más gente, que nos lleva hasta la siguiente cúpula a través de un tubo semitransparente desde el que puedo observar el paisaje bermellón. A la salida, nos encaminamos por un pasillo hasta un ascensor, el cual desciende. Deduzco que estamos ya bajo el nivel del suelo.

Mantenemos silencio durante todo el trayecto, hasta que nos apeamos, dado que hay otras personas que nos acompañan. A la salida, puedo ver que estamos en una zona residencial. Hay una sala central bastante amplia, de varios pisos, con vegetación, fuentes de agua y hologramas que simulan naturaleza salvaje. Aquel lugar no tiene el aspecto industrializado que he visto en el hangar y sus alrededores.

—Tu estancia está por aquí.

Él comienza a caminar de nuevo y le sigo el paso.

—Si has acabado aquí, como jefe de seguridad... —me aventuro para seguir con la interrumpida conversación—. ¿Militar entonces?

—Sí, ejército de tierra, sargento en los Rangers —su tono se ensombrece al decirlo—. Retirado y sin intenciones de regresar.

—Vaya, deduzco que estuviste en la campaña Orkhan.

—Así es, me tiré casi seis meses metido en aquellos túneles y cavernas, bajo tierra, sin ver la luz natural. Me juré que jamás volvería a aquel planeta,

un puto queso gruyere.

—No... No sé lo que es —tengo que reconocer—. El queso gruyere, me refiero.

—Es un tipo de queso, originario de Europa, de un antiguo país llamado Suiza —explica muy servicial—. Lo probé de pequeño, aunque no me gustó mucho. Lo recuerdo porque cuando lo cortaban a lonchas, quedaban como graciosos agujeros. Mi madre bromeó diciéndome que usaban topos diminutos que se metían dentro y hacían túneles. Creo que mi padre le reprendió por meterme tonterías en la cabeza y me explicó alguna gilipollez científica sobre su proceso de curación. Fue en unas vacaciones hace mucho tiempo.

Por unos instantes, veo la añoranza en su mirada y me parece divertido. Él también sonrío al darse cuenta que ha divagado y decide devolverme la pelota.

—¿Y cómo acaba una mujer como tú en este trabajo?

Enseguida soy consciente de que no le gusta hablar de su pasado militar, puesto que no ha tardado nada en desviar el tema.

—¿Una mujer como yo?

Después de lo agradable que ha sido me da la impresión de que va a fastidiarlo con la típica pregunta absurda. Odio la gente que se hace ideas preconcebidas y que se deja llevar por los clichés. Se para en seco.

—Me refiero a... —suelta una carcajada al darse cuenta de su error—. Perdona, pero me imaginaba que todos los observadores eran de más edad, con más experiencia. ¡Que no digo que no la tengas! O sea, que me pareces joven todavía. Todos los observadores principales que han venido contigo eran mayores que tú, no me digas que no.

Yo también me río, para darle a entender que me divierto con la situación. Me parece entretenido torturarlo un poco. Espero que no crea que estoy coqueteando con él, no parecería profesional.

—Tranquilo, yo también trabajé para el ejército como ingeniera, Cuerpo de Ingeniería Aeroespacial. Y también estuve en la campaña Orkhan, pero tengo que reconocer que jamás puse un pie en el planeta gruyere. Lo mío era haceros llegar la intendencia.

—Gracias pues, fuisteis de mucha ayuda.

No sé si lo dice en tono irónico o en serio.

—En mi defensa debo alegar que durante meses intenté diseñar un vehículo que os ayudara bajo tierra, que os diera algo de ventaja, pero

fracasé.

—Tranquila... Nos las apañamos con lo que nos dieron.

Él reemprende la marcha durante un pasillo más y se detiene frente a una puerta.

—En un rato te traerán el equipaje. Puedes instalarte con tranquilidad. Dentro de dos horas pasaré a recogerte, han preparado una presentación para ti. Después, si quieres, te enseñaré el resto de las instalaciones.

—De acuerdo, aprovecharé para descansar, pues.

Él sincroniza la cerradura genética con mis datos y se aleja pasillo abajo. Sin dejar de moverse, se gira y sonrío de nuevo.

«Tengo un flash que no se corresponde a ese momento. No puedo controlarlo y es tan veloz que no sé si a mis supervisores les dará tiempo de interpretarlo. Veo a Hans, de frente, me observa con la mirada desencajada. Un apéndice metálico, de color oscuro, le atraviesa el torso desde la espalda, hacia mí. Me salpican restos de sangre en la cara. Estoy horrorizada, pero lo peor de todo, es que también siento alivio.

—Regrese a la línea temporal —oigo decir a la mujer de siempre. Me centro, y regreso al momento antes del flash».

Veo a Hans alejarse por el pasillo, se ha girado sonriente.

—¡Bienvenida a Cretta! —me dice.

Ahora sé que presencié su muerte.

CAPÍTULO II

INFORME

Aprovecho el tiempo para refrescarme después del viaje. Solo ha sido un mes y medio desde el último puerto orbital, pero odio dormir en pequeños compartimentos individuales como el que he tenido que usar durante el viaje. Cuando se cierran son como ataúdes. La Andrómeda es una nave enorme, pero lenta, muy lenta. No entiendo por qué no nos envían con lanzaderas rápidas o con exploradores ligeros. Tener que viajar en aquellos monstruos es muy incómodo, aunque sé que mucho más barato.

Mi habitáculo en la colonia se me antoja pequeño, pero muy acogedor. Dispone de las comodidades más básicas, aunque echo en falta alguna *holopantalla* o similar. Saco mi terminal portátil y lo coloco encima de una mesa. Anoto en un archivo mis primeras impresiones sobre la colonia, ideas sueltas, ahora que las tengo frescas.

Me quito la ropa, me ducho con agua muy caliente y me tumbo un rato sobre la cama. Dormito hasta que suena la alarma en mi terminal, la he programado un poco antes de quedar con Hans. Me visto de nuevo con un mono protector gris de *sinteseda* que lleva el logo del CER sobre el pecho izquierdo; la vestimenta que me suelo poner cuando trabajo en entornos espaciales o potencialmente peligrosos. Aunque aquella colonia, a primera vista, parece segura, no puedo olvidar que estamos en un entorno extraterrestre y no habitable.

Después, decido salir al pasillo y, algo aburrida, me muevo hasta el balcón más cercano a la zona central. Desde allí observo el trajín de colonos. Me parece que están muy ociosos, quizá sabiendo que dentro de poco tiempo abandonarán la colonia de manera definitiva, tal como está previsto.

A pesar de que no estoy en mi habitáculo, Hans Fellner no tiene problemas en encontrarme. Viene directo hacia mí, con su cautivadora sonrisa.

—¿Lista para la presentación?

—¿Será conjunta con los otros observadores?

—No, en estos momentos están haciéndosela a Alexey Makarov y los suyos —aclara—. Luego va la tuya. A Tao Cummings se la están haciendo en los laboratorios, en esta cúpula, unos pisos más abajo.

Asiento conforme y dejo que me lleve hasta el lugar elegido.

Salimos de la cúpula residencial y, mediante otro tubo, llegamos a la tercera estructura similar que visito aquel día. Nos dirigimos sin dilación a su zona más superior, donde está la sala de control principal de toda la colonia.

Adjunta, hay una sala de reuniones, cuya puerta se abre cuando llegamos. Sale Alexey Makarov, seguido por su séquito de observadores del CER. Se detiene a saludarme de manera escueta y luego sigue su camino. Creo que nunca le he caído muy bien, aunque desconozco el motivo. También es cierto que siempre le he visto acompañado de más personas, sin tener la oportunidad de dirigirme a él en privado.

Tras ellos camina una mujer que aparenta mi misma edad, muy alta y de cabello corto platino. Nada más verla sonreír, sé que es Coraline Fellner, la hermana melliza de mi enlace, la directora de la colonia. Tiene la misma boca y el mismo gesto amable. Me estrecha la mano con la misma fuerza que lo ha hecho su hermano horas antes. Éste hace las oportunas presentaciones.

—Vaya, veo que Hans ha tenido más suerte que yo —me dice ella en voz baja, mientras mira detrás de mí.

—¿A qué se refiere? —pregunto haciéndome la tonta para provocarla.

—Al menos el zoquete se alegrará la vista —contesta refiriéndose a su propio hermano—. Yo no voy a poder...

No termina la frase al entender que a lo mejor está metiendo la pata. Decido sonreír para dejarle claro que puede relajarse, cosa que ella agradece. Veo de refilón que Hans parece ruborizarse y se da la vuelta, hacia la sala, no sé si para evitar que nuestras miradas se crucen.

—Pásese esta noche por el club, para que podamos tomar algo y conocernos mejor —me dice ella antes de irse.

«Otro abrupto flash desordenado. Estoy con Coraline y el suelo metálico se inclina bajo nuestros pies. Caemos sin remedio. Rodamos y nos precipitamos al vacío. Yo logro agarrarme un momento al acabarse la rampa, lo que ralentiza mi caída, pero al final me suelto. El suelo rojizo del planeta me recibe con dureza.»

Hay mucho polvo a mi alrededor y miro para localizarla. La veo, con un exotraje azul, tumbada unos metros más allá. Creo que tiene las piernas rotas y levanta su mano desesperada, pide una ayuda que no va a llegar a tiempo. Algo grande y metálico, de color gris con franjas amarillas, desciende desde arriba y la aplasta. La mata en el acto.

—¿Está bien, Elika? —la voz de la supervisora resulta un curioso anclaje—. Debe centrarse.

—Sí, sí, regreso al pasillo —digo, más para mí misma que para ellos».

Coraline enseguida reanuda la marcha, para ir en busca de su grupo de observadores. Yo entro en la sala de reuniones, acompañada de Hans. Dentro me espera un hombre menudo, de muy baja estatura y con sobrepeso. Tiene la piel morena, una cara redonda adornada con unos ojos rasgados, unos cuarenta años y apenas le queda cabello.

—Bienvenida, siéntense, soy Yjo Turunen, ingeniero jefe del Sistema Autónomo de Minería.

Sobre la mesa aparece el holograma esquemático de la colonia. Aunque desde arriba todos los edificios tienen forma de cúpula al verlos desde el exterior, en verdad tres de ellos son cilindros que continúan en el subsuelo.

El primer edificio, el único que no se adentra bajo tierra, se corresponde con el hangar de personas y carga. Éste está conectado, a través de dos tubos dobles de unos cien metros de largo, con las dos siguientes cúpulas, que tienen forma de cilindro enterrado.

Una de ellas es el complejo residencial, que a su vez contiene los laboratorios en los pisos inferiores. La otra se corresponde con las instalaciones del SAM y es donde nos encontramos en estos instantes. La cuarta cúpula, también con la misma forma que las dos anteriores y conectada a éstas también mediante dos tubos dobles, contiene el generador de energía y el sistema de soporte vital.

El holograma se acerca, las instalaciones donde estamos se hacen más grandes.

—Empecemos —dice Yjo—. Le explicaré en qué consiste el Sistema Autónomo de Minería; su función, objetivo y la seguridad que ofrece a todos los colonos. Como bien sabrá ya —supone el ingeniero—, el SAM se diseñó con la intención de extraer recursos mineros de lugares no habitables para el ser humano, ya sean asteroides, satélites, planetoides o planetas.

Las imágenes que flotan sobre la mesa vuelven a transformarse, esta vez aparece un esquema que va fluctuando a medida que Yjo habla, en perfecta sincronía. Intento prestarle la máxima atención y enseguida compruebo que ha preparado la presentación a conciencia.

—Simplificando mucho, el SAM está compuesto por dos elementos básicos: un servidor que contiene un programa informático y las unidades autónomas de minería «UAM». Nosotros le decimos al programa lo que queremos: en qué zona debe trabajar y qué es lo que queremos minar. El sistema informa a cada unidad, que son básicamente robots, manejadas cada una mediante otro programa del tipo inteligencia virtual. La unidad recopila la información sobre lo que debe analizar y devuelve esos datos al servidor. El programa, teniendo en cuenta esa información colectiva, decide el mejor curso de acción para acometer el trabajo y vuelve a informar a las unidades, que trabajan de manera coordinada y precisa.

—¿Todos los robots son iguales? —pregunto, dispuesta a hacer aquella presentación un poco más dinámica.

—No, en absoluto —el ingeniero se muestra ofendido por la pregunta—. Hay multitud de unidades, cada una con funcionalidades diferentes.

Sobre la mesa aparecen varios tipos de robots. Algunos de ellos de gran tamaño, con muchas similitudes con vehículos pesados. Pocos de ellos tienen una estructura humanoide: cabeza, tronco y extremidades superiores e inferiores.

—No, las unidades de minería no se parecen en nada a un ser humano con un pico —dice Yjo, que acto seguido se pone a reír.

—Hábleme de ese programa principal —comento para continuar—. Debe ser muy potente. ¿Tiene capacidad de aprendizaje?

—Tiene mucho más que eso, pero no tiene nada que temer. Me han preguntado multitud de veces si el SAM podría convertirse en una inteligencia artificial, pero eso es totalmente imposible, porque carece de una sinapsis y, por lo tanto, de consciencia propia. El programa principal está contenido en un potente servidor, al igual que el resto de inteligencias virtuales «IV», situado a pocos metros de aquí, bajo nuestros pies. Luego la llevaré allí, solo hay que descender un nivel. En realidad hay un pasillo que conecta directamente desde la sala de control, por donde viaja todo el cableado, pero es muy estrecho y siempre hace mucho frío.

—Esa información es irrelevante —le recrimino muy seria—, la del pasillo, digo. Reitero mi pregunta: ¿ese programa se puede convertir en una

¿A si se aumenta su capacidad de procesamiento?

Yjo pone unos ojos como platos y echa la cabeza hacia atrás, contrariado. Apaga el holograma y se queda unos segundos en silencio. Lo he sacado de su presentación, que era mi intención. Quiero que me explique aquello con sus propias palabras, haciendo uso de la improvisación. Es una táctica que suelo utilizar para evitar que me mientan cuando llevo a cabo una investigación.

—En la primera versión del SAM que diseñó el padre de Hans —señala a mi enlace—, era el programa quien dirigía a las unidades. Digamos que era el que tomaba todas las decisiones. Pero había un problema, y es que con un número pequeño de unidades de minería funcionaba bien. Al aumentar el número, el programa tardaba cada vez más en responder y cometía errores. Es decir, era estable para operaciones pequeñas, pero no se podía usar en grandes depósitos. Para solucionar ese problema, el señor Fellner diseñó un programa muy diferente. No toma decisiones por sí mismo, no tiene esa capacidad. En realidad, solo recopila los datos que le entrega cada unidad y establece un espacio común donde las inteligencias virtuales de cada una toman la decisión por consenso. Es como una especie de democracia informática. Toman la mejor decisión usando su propia programación y experiencia, y se reprograman para aprender la nueva directriz. Así que no, el programa principal no puede convertirse en una inteligencia artificial, es imposible.

Me quedo en silencio y asiento con la cabeza. Quiero demostrarle que lo está haciendo bien. Así le dejo claro que aquellas vehementes explicaciones son las que busco.

—En cuanto a las decisiones que toma el SAM, en consenso. ¿Hablamos solo de cambiar un punto de perforación, o es algo más complejo que eso?

—Tal como ha supuesto, el asunto va más allá —corroborra el ingeniero—. Bajo nuestros pies hay toda una factoría, pero no solo sirve para que las unidades se autorreparen. Cuando arrancamos el SAM, lo dotamos de un número determinado de unidades y le damos unos objetivos. El SAM puede diseñar nuevas herramientas y usa la factoría para fabricarlas. Puede llegar incluso a crear nuevas unidades, a las cuales les instala el clon de una de las inteligencias virtuales que ya conoce. Así que si tiene suficiente material inicial, puede expandirse para cumplir con nuestros objetivos, aunque nosotros hayamos calculado mal. Al fin y al cabo la única limitación no es la capacidad de procesamiento del programa principal, puesto que él solo

establece pautas para que las IV colaboren, sino la capacidad del servidor que va a contener cada una de ellas, y un servidor informático siempre podemos ampliarlo, ¿no cree?

Asiento de nuevo, para darle a entender que lo he comprendido. Él parece respirar aliviado.

—La idea de todo esto es bien sencilla. Llegamos a un lugar como este, hacemos las instalaciones, comenzamos con un número determinado de UAMs —unidades autónomas de minería—, le damos unos objetivos a cumplir, acotamos el terreno a cubrir y el SAM se convierte en un sistema autónomo y autosuficiente.

Lo último lo ha dicho alzando la voz. Es evidente que aquel hombre siente auténtica pasión por el proyecto y lo que significa.

—Y eso no es el final, dado que la presencia humana es innecesaria. Pero es que podemos implementar sistemas similares para el transporte de la mercancía y para la construcción de estructuras. De manera que los humanos nos podremos quedar en nuestros maravillosos planetas paradisíacos, a recoger los beneficios de un trabajo que ni siquiera realizaremos.

—¿De cuántas unidades estamos hablando en la actualidad?

—¿Perdón? —pregunta él al no entender la pregunta.

—¿Que cuántos robots componen ahora mismo el SAM?

—Ah. Exactamente novecientos treinta y siete y, antes de que lo pregunte, todo está monitorizado. También hay que ser realistas y reconocer que muchas unidades son drones y robosensores que el SAM usa para analizar el terreno. Es decir, robots que son los ojos, oídos y geosensores del sistema.

Me parece lógico, claro. Él se prepara para lanzar su alegato final.

—Estamos en la última fase del proyecto, intervención mínima. Solo observamos. En unos meses podremos retirar casi toda la presencia humana de estas instalaciones. Dejaremos dos docenas de personas para acometer tareas menores de mantenimiento y transporte. Y en un futuro... Bueno, en un futuro se podría bombardear un asteroide con un SAM y largarnos de allí.

Se ríe ante su propia ocurrencia. Yo no, y Hans tampoco, pero este último es porque le aburre el tema. Cuando Yjo se da cuenta de que nadie le sigue la broma, se pone serio y abre la puerta que hay tras él.

«Veo a Yjo al final de una rampa de acceso, me mira con desprecio.»

Corro hacia él, pero cierra la puerta de la lanzadera antes de que llegue. Me deja atrás. A continuación, un fuerte estruendo me indica que la nave se pone en marcha y que tengo solo unos segundos para salir de allí antes de morir.

Esta vez no necesito ayuda externa para recuperar la línea temporal adecuada.

No sé si es cosa del flash, pero siento que no me cae bien; Yjo Turunen no me gusta».

—Si me acompaña, esta es la sala de control.

Me levanto y le sigo, al ver que la presentación teórica del SAM ha terminado. Ahora toca la visita a las instalaciones, ver con mis propios ojos de qué me ha estado hablando.

CAPÍTULO III

VISITA

Multitud de pantallas, tanto físicas como holográficas, forman un collage pintoresco en la sala de control. Un alud de colores nos da la bienvenida. Por fortuna, no hay sonido, puesto que solo lo reciben, mediante implantes cibernéticos, los tres operadores que hay allí. Al parecer, hacen guardias completas de varias horas, por lo que siempre hay el mismo número de operadores.

Yjo me explica con detalle qué es aquel lugar, el cual ocupa la parte más alta de la cúpula en la que estamos. Parece divertirse con las descripciones. Creo que no está acostumbrado a tener público, pero le encanta.

Me dice que desde allí no solo pueden controlar el SAM, sino también otros elementos de la colonia, como ciertas funciones de la cúpula que alberga el soporte vital y el generador de fisión. Por un momento me sorprende que no se use un núcleo de fusión, pero se había detectado una gran fuente de material radioactivo cerca de allí, el cual no hacía falta ni enriquecer, de ahí que se optara por esa variante al ser menos costosa. Además, el calor producido por la central nuclear, alimenta el sistema de soporte vital. Por otra parte, dado que la temperatura del agua de las profundidades es muy baja, ésta enfría el propio circuito energético del generador. Es un sistema que funciona en simbiosis y con mucha solvencia. Aunque todo aquello tiene que valorarlo mi colega, Alexey Makarov, no yo. Me centro, a pesar de mis divagaciones, en el SAM.

—Desde estas pantallas controlamos dónde está situada cada unidad en cada instante. Podemos buscar la que queramos y darle órdenes directas.

—Elija un dron de esos que sirven para ver todo desde arriba —le digo de repente.

—¿Qué, cómo?

—Que elija un dron —repito—. Uno que tenga cámara y que esté sobrevolando la zona minera, dentro del cañón, por ejemplo.

Yjo da la orden y uno de los operadores hace que uno de ellos aparezca

en el mapa holográfico. Recorre el interior del cañón, vuela sobre aquellas ruinas geológicas agotadas, recuerdos de un antiguo y poderoso río.

—Tome el control y hágalo volar en zig zag.

El operador así lo hace y vemos como el punto, que marca la posición del dron, se mueve haciendo eses.

—Conecte la cámara, que veamos lo que el dron ve.

Tal como pido, en una pantalla de alta resolución, aparece el interior del profundo cañón. La imagen se mueve entre sus gigantescas paredes, vuela a vista de águila. No puedo evitar pensar cuánto tiempo hace que no veo un ser vivo que no sea un humano.

Me doy por satisfecha y así se lo hago saber, así que la pantalla se apaga y el operador deja de tener el control del dron. Es curiosa la frase que él mismo usa al hacerlo: «Se lo devuelvo al SAM». Pero no comento nada al respecto.

—Quiero ver el servidor.

La sala que contiene los servidores centrales de aquella colonia y del SAM es grande. Después de descender un piso, entramos por el único acceso visible. Me obligan a ponerme un grueso abrigo; dentro hace mucho frío, pues hay que mantener los circuitos a baja temperatura para evitar que se sobrecalienten.

Los ordenadores se alzan en el centro mismo de la sala y tienen el aspecto de torres azuladas de dos metros de altura, ocupan una superficie total de treinta metros cuadrados. Justo encima un chorro de aire gélido escupe niebla sobre ellos. Parece la maqueta de una ciudad de grandes rascacielos y avanzada tecnología, como New Republic.

—¿Aquí están contenidos todos los programas que hacen funcionar el SAM? —pregunto.

—Sí, el programa principal y las inteligencias virtuales de cada unidad —contesta Yjo Turunen.

Me paseo por la sala, reviso los sistemas de seguridad y todo me parece muy correcto. Localizo la entrada al conducto que el ingeniero me ha explicado que asciende en diagonal hasta la sala de control.

—¿Si se apagase el servidor...? —me aventuro a preguntar.

—El SAM se desconectaría de inmediato.

Cuando me parece, salimos de allí para encaminar nuestros pasos hasta

un ascensor. Seguiremos nuestra visita por los niveles inferiores, el lugar donde el SAM es capaz de reparar y construir nuevas unidades de minería.

Allí abajo el ruido es ensordecedor y la temperatura también es muy baja, no he osado quitarme el abrigo. Varios pisos por debajo de la sala de control la maquinaria trabaja sin descanso. Esclavos mecanizados, sin alma ni voluntad, hacen posible la creación de nuevos robots a partir de diseños previos.

Hans, Yjo y yo descendemos por un montacargas sin paredes, desde el que podemos ver todo el cuerpo central del edificio. Mientras, el ingeniero jefe me explica algunos detalles sobre lo que estamos viendo, los cuales me resultaban redundantes y aburridos. El resumen es que la maquinaria, controlada por el SAM, se encarga de todo, sin necesidad de presencia humana.

Me sorprenden unos autómatas casi de tamaño humano, apenas un poco más pequeños, y con seis extremidades, que trepan por una gran máquina mientras manipulan su superficie.

—Las llamo unidades técnicas —me explica el ingeniero—. Fueron diseñadas por el señor Fellner para acometer las reparaciones en la propia factoría. El SAM las empezó a usar también al principio para ensamblar herramientas nuevas que él mismo diseñaba.

Una de ellas pasa cerca del ascensor, que sigue con su lento descenso. Avanza bocabajo por una viga horizontal, ayudado por cuatro extremidades, mientras con otras dos sujeta una pieza. Después, salta de manera ágil hacia otra viga vertical y se desliza hasta un robot de grandes dimensiones con aspecto inacabado. Me parece, a medida que nos acercamos a su base, que debe medir unos veinte metros por lo menos.

—¿Qué es eso? —pregunto al verlo.

Gran parte de él es de color amarillo, como los vehículos pesados fabricados por los humanos. La parte superior es similar a una cabeza, con un cuerpo robusto y dos extremidades superiores con perforadoras. El tren inferior son dos grandes orugas metálicas repletas de ruedas motrices.

—Es un hercúlius —contesta Yjo—, la segunda unidad de minería autónoma más grande que ha fabricado el SAM. La mayor de todas es un monstruo que sirve para perforar túneles, pero es muy lento. El hercúlius es mucho más rápido y versátil, y es capaz de hacer multitud de tareas. Hasta

ahora solo había uno de estos, pero al darle la orden al SAM de ampliar el radio de minería en cien kilómetros a la redonda, se ha puesto a fabricarlos en serie y este será el segundo. También está prevista por el SAM la fabricación automática de, al menos, doscientas unidades mineras más de diferentes tipos, durante las próximas semanas. Después le enviaré todos los datos a su terminal.

«Otro flash me invade. Conduzco deprisa un vehículo terrestre con aspecto de todoterreno. Miro por la cámara trasera y la visión del hercúlius circulando tras de mí, al tiempo que destruye las rocas del desfiladero a su paso, resulta aterradora. Aprieto más el acelerador, porque si me atrapa, estoy muerta.

Regreso enseguida, solo ha sido una imagen rápida».

—Sí, leí en un informe que la ampliación se hará en breve. Me irá bien tener todos los datos, gracias.

—Los materiales que ha transportado la Andrómeda hoy mismo ayudarán al SAM a realizar las nuevas construcciones necesarias para ello. Ya están descargándolo todo.

El ascensor se posa en el suelo y nos apeamos de él. Me acerco a aquel enorme monstruo de metal y, aunque su diseño se me antoja algo tosco, no puedo evitar reconocer que tiene un aspecto robusto y fiable.

—¿Cómo salen del edificio? —pregunto a la vez que miro hacia arriba—. Estamos bastantes metros bajo tierra.

—Este edificio desciende junto a la pared del cañón. Toda la maquinaria sale por un lateral, directamente al exterior. Desde el edificio residencial también se puede salir al interior del cañón, a pesar de estar más adentro, gracias a diversos túneles. Y todos los caminos llevan a las zonas de extracción actuales, como a Roma.

El ingeniero vuelve a sonreír con su ocurrencia, aunque ni le miro. El hombre no tiene ninguna gracia, a pesar de su esfuerzo. No sé si se da cuenta, o no, dado que me doy la vuelta y comienzo a caminar por la zona.

Me doy un paseo por la factoría, acompañada en todo momento por Hans, el cual no se separa ni un instante de mí. No sé si se siente a gusto conmigo o solo hace su trabajo. No creo que desconfíe, pero el espionaje industrial es un grave problema y ni siquiera un observador de la República está exento de

sospecha.

Aunque me faciliten toda la información escrita y especificaciones técnicas que solicite, no podría sacar nada de aquello del planeta. Al igual que no puedo tomar imágenes, ni fotográficas, ni de vídeo, ni holográficas, de ciertos lugares, como por ejemplo el interior de la factoría. De Cretta solo podrá salir el informe que redacte, el cual será confidencial y solo mis superiores podrán leer.

Me cuesta dos horas recorrer todo el complejo y ver por encima la maquinaria que hay allí, así como inspeccionar el diseño de los autómatas que están en reparación, a medio construir, o sin una inteligencia virtual cargada.

Todo aquel asunto de maquinaria autómatas que se fabrica a sí misma es un tema escabroso que requiere de muchas consideraciones. En aquel instante incluso empiezo a dudar que sea la persona más idónea para estudiar la viabilidad del proyecto.

El SAM es un sistema mastodóntico y que además está a punto de crecer, pero que ni aun así alcanzará todo su potencial. ¿Es acertado enviarme a mí sola a estudiarlo, sin ayuda? A Alexey Makarov le han otorgado otros observadores para su tarea, pero a mí no. Y el SAM es una parte muy importante de aquella colonia.

Aunque soy experta en ingeniería espacial y mi especialidad es la maquinaria minera y los vehículos pesados, la informática avanzada no es mi fuerte. No es que se me diera mal, ya que mis conocimientos en la materia son amplios, pero aquí hablamos de un sistema capaz de controlar casi mil inteligencias virtuales, autorreplicarse e incluso diseñar nuevos modelos de autómatas. Considero que es un error no haber enviado un experto más amplio en la materia.

Incluso llego a sospechar que el Cuerpo de Observadores me haya enviado a mí, precisamente, con la clara intención de que no sea capaz de estudiar todas las opciones posibles, para que mi informe sea favorable. No puedo pasar por alto el impacto que el SAM puede tener a nivel económico en un futuro no muy lejano.

No solo se trata de su potencial en entornos no habitables o muy difíciles de terraformar —como era el caso de Cretta, demasiado costoso—, sino que es un sistema aplicable a todo tipo de tareas y entornos. Extracción de recursos, construcción, fabricación y transporte son solo algunas de las muchas e importantes tareas que el SAM puede llevar a cabo en el futuro.

Prescindir de la mano de obra humana es algo que se prevé fácil e inevitable.

No es difícil pues vislumbrar un futuro en el que las especies inteligentes —aunque no creo que los humanos compartan sus conocimientos con el resto— vivirán a cuerpo de rey, sin necesidad de llevar a cabo tareas físicas o peligrosas. Y la última pregunta es inevitable. ¿Ese bienestar será para toda la población o solo para los dueños de esos sistemas? ¿No serán las clases sociales medias e inferiores condenadas a una existencia de pobreza extrema a causa de la falta de trabajo? ¿O por el contrario la clase dirigente les dejará beneficiarse de un sistema que no les pertenece?

Noto que me empieza a doler la cabeza, así que doy mi visita por terminada, de momento. Una mala sensación se apodera de mí en aquel instante, pero quiero mantener una total neutralidad en aquel asunto. Tener una gran distancia intelectual es imprescindible si quiero que mi informe sea fiable y veraz.

No es mi obligación ver el futuro, solo valorar lo que tengo delante, me digo.

«La vívida imagen del hercúlius persiguiéndome regresa de nuevo. Destrucción, polvo, rocas... Una explosión y una sensación de angustia, de miedo, de certeza ante una muerte segura.

—Regrese, Erika, regrese —la voz de la supervisora es insistente.

¿Pero cómo no voy a tener una mala sensación? Ya no sé si lo que siento es cosa del ahora, o es lo que sentía en aquel momento. Las líneas temporales se entrecruzan en mi cabeza.

Debo esforzarme, tener una imagen clara de lo ocurrido en Cretta, no solo retazos de muerte y destrucción».

CAPÍTULO IV

RECREO

En cuanto salimos del interior de la factoría del SAM, me despido de Yjo, puesto que ya no me interesa seguir hablando con él. Enseguida, Hans Fellner se muestra atento conmigo y se ofrece a mostrarme el resto de la colonia. Me tomo mi tiempo para decidirme.

Ya he estudiado la disposición de la colonia. La primera cúpula se corresponde a los dos hangares, ambos ocupados en estos momentos por dos transportes de personas. La nave de carga de la Andrómeda ha aterrizado fuera y su contenido ya ha sido descargado. Gran parte de esa carga se ha bajado al cañón mediante una enorme grúa para después meterlo en la factoría por la parte inferior.

La primera cúpula está conectada por la superficie con otros dos edificios con la misma forma. Uno de ellos, tocando con el borde del cañón, es el que contiene toda la infraestructura del SAM. El otro, más en el interior, es el que se corresponde con las residencias, los laboratorios y las instalaciones hidropónicas que sintetizan el alimento de los colonos. Éstos están conectados a su vez con la última estructura, la que contiene el generador de fisión, el soporte vital que hace habitable toda la colonia, y el sistema de extracción de agua del subsuelo.

Alexey Makarov es quien se encarga de valorar la viabilidad del resto de la colonia, así que no le veo sentido a visitar el resto de los edificios. Al igual que hacía Tao Cummings con los laboratorios. Nada de lo que fuera a ver me resultaría de utilidad. Así que, una vez tomada mi decisión, me giro hacia Hans.

—Tengo hambre, mucha hambre.

Él suelta una carcajada y me pide que le acompañe.

—A eso puedo ponerle solución. Además, hoy es día de comer carne.

—¿Cómo? —pregunto confusa.

—Cuando llega la Andrómeda es día de carne —aclara—. Hoy han traído provisiones y durante unos días se puede comer la que han traído congelada.

Aunque se gasta enseguida.

Al regresar a la cúpula residencial, Hans me lleva a uno de los comedores del complejo. Según él, es el de mayor calidad; funciona como un restaurante —con servicio en las mesas—, y solo se lo pueden permitir los trabajadores de mayor poder adquisitivo. Yo tengo todos los gastos pagados durante mi estancia en Cretta.

Nos sientan en una de las mejores mesas, a resguardo de miradas indiscretas, y pronto nos sirven unos filetes de ternera acompañados de verduras, de los que damos buena cuenta. Se me hace la boca agua nada más verlos y corto la carne con cierta ansia. Salivo al ver el tono rojizo que tiene el filete en su interior, al punto, y disfruto del primer trozo, el cual saboreo sin reparos. Regamos el plato con un buen vino que, espero, no me haga perder la profesionalidad.

—Tengo la espalda destrozada —comento.

—Es lógico, cuesta un poco acostumbrarse a esta gravedad. Aprovecha para dormir un poco más hoy, mañana tenemos todo el día por delante. También te recomiendo que uses electroestimulación esta noche, relajará tus músculos al mismo tiempo que los fortalecerá. Los médicos recomiendan su uso diario.

Todo eso ya lo sé, porque he leído los manuales de seguridad para aquel viaje, es por ello que no le contesto. Nos quedamos en silencio, este filete me sabe a gloria.

—¿Qué tal, cómo va la investigación? —pregunta cuando acabo mi plato.

—La normativa me prohíbe hablar sobre mis conclusiones con cualquier empleado de la colonia, hasta que todo el informe se desconfidencialice. Si es que llega ese momento...

Él asiente y levanta una mano en modo de disculpa mientras bebe de su copa.

—Tengo otra pregunta, a ver si me la puedes responder.

—Adelante pues.

—Cuando hiciste tus preguntas a Yjo, vi que iban muy encaminadas a descartar que el programa que gestiona el SAM pudiera convertirse en una IA. ¿Pero no te preocupa que lo puedan hacer cualquiera de las muchas inteligencias virtuales de las unidades mineras?

—No, por supuesto que no —niego—. Una inteligencia virtual es un

programa bastante simple: da respuesta a problemas para los que previamente ha sido preparado, eso es todo. La ciencia ha descartado que una IV pueda convertirse en una IA si no tiene una sinapsis apropiada. Creí que esas cosas ya se las habrías preguntado a tu padre en su momento, cuando estaba enfrascado en su diseño.

—Verás, en aquella época no es que mostrara mucho interés por lo que hacía mi padre —acompaña la explicación de una carcajada al final—. A mi hermana sí que parecía interesarle más, pero yo supongo que siempre encaminé mis pasos hacia el mundo militar, aunque ahora lo deteste.

—Es curioso —empiezo a decir justo cuando detecto que su mirada se ensombrece; ahora soy yo la que no quiero que hable de la parte de su pasado que intuyo que lo deprime—, yo tampoco mostré nunca mucho interés por el trabajo de mis padres. Eran colonos de tercera generación y sus conocimientos nada tenían que ver con la ingeniería, más bien con la agricultura. Aun así ellos siempre me empujaron a perseguir mis sueños. Alimentaron mis gustos. Ya de niña me gustaba la robótica, la exploración espacial...

Me callo un momento. Acostumbrada a vivir siempre tan lejos del que fue mi hogar de pequeña, por unos instantes siento una fuerte morriña.

—Creo que cuando regrese pediré un largo permiso para visitarlos. Los echo de menos. ¡Y a mis muchos hermanos! Todos siguieron sus pasos, menos yo.

—¡Un brindis por nuestros padres! —alza su copa—. Por permitirnos perseguir nuestros sueños.

—Por no ponernos fronteras —añado.

Nuestras copas chocan con delicadeza, como si temiéramos romperlas, al igual que no quiero que ocurra con aquel momento mágico de complicidad. Acostumbrados a vivir en entornos hostiles, sin amistades estables, estas situaciones son las que mantienen nuestra cordura social.

Nuestras miradas en cambio no chocan, se entrecruzan de forma cada vez más urgente. Doy por hecho que es el vino, que me deshinibe y me parece que a él le ocurre lo mismo.

Poco más tarde estamos en una discoteca. Disfruto de la música electrónica con un vaso en la mano. y muevo mi cuerpo al mismo e hipnótico ritmo. No somos un grupo pequeño, puesto que se han añadido a nosotros el

resto de observadores y toda la dirección de la colonia. A pesar de ello no interactúo con ellos, solo con mi guía. Con el único que tengo ganas de estar es con él, ya que me siento a gusto con la relación que se ha generado entre ambos.

En un momento dado me retiro a la barra, cuando me he terminado mi bebida. Miro a mi alrededor, pero he perdido de vista a Hans. Me sorprende a mí misma el hecho de estar buscándolo con la mirada, como una simple adolescente enamoradiza.

De repente, su hermana, Caroline, me entra por el flanco. Me pone una mano en el hombro para llamar mi atención y le hace un gesto al camarero. Pide por las dos. Luego mueve la cabeza y me invita a que la acompañe, nos retiramos a un lugar donde la música no es un obstáculo para mantener una charla.

—¿Qué tal tu estancia en Cretta? —me pregunta con la habitual sonrisa propia de su familia—. ¿Cómoda? Si hay cualquier cosa que pueda hacer para que mejore, no dudes en pedírmelo.

—Tranquila, soy una mujer de gustos sencillos —le contesto—. Además, no quiero que nadie piense que mi informe puede volverse favorable a cambio de alguna comodidad extra.

Ella suelta una carcajada.

—¿Han intentado sobornarte alguna vez?

—Nunca de manera directa, aunque estoy acostumbrada al peloteo nivel extremo, lo que me molesta bastante —digo con una mueca.

—Bueno, algo me dice que no estarás muchos días por aquí.

—Nunca se sabe, la Andrómeda partirá en cinco días.— Sé por los informes que es el tiempo que tardarán en cargar en la gran nave todo el mineral recogido—. Si para entonces no me marchó, porque no he terminado, me quedaré aquí atrapada tres meses.

—Me sé de alguien a quien no le importaría —dice con mirada coqueta.

—No sé de quién me hablas. —Decido hacerme la tonta.

—Tranquila, que no le diré nada, pero he visto cómo le miras —insiste—. Y soy su hermana, le conozco, hacía días que no lo veía tan animado. Creo que es evidente que le gustas.

No puedo evitar ruborizarme un poco.

—No es fácil vivir tanto tiempo en un lugar así, sin una pareja estable —enseguida se ríe—. Bueno, con una pareja tampoco. Sin duda alguna eres la mujer más guapa que ha visto en muchos meses.

—No he venido aquí a...

—Soy una cotilla, lo sé —me toca en el brazo, es evidente que quiere parecer próxima—. Solo digo que: ¿de qué sirve todo esto si no podemos disfrutarlo?

Asiento con la cabeza, ante aquella obviedad y entonces noto su presencia. Giro la cabeza y le veo mirándome, apenas a unos metros de dónde estamos. Él ya no sonrío, está serio, pero no preocupado. Por un instante tengo la sensación de que sabe lo que estoy hablando con su hermana y que tiene los mismos sentimientos que yo. En aquel momento, me parece el hombre más atractivo que he visto en mucho tiempo.

Tomo una decisión, así que choco de nuevo mi vaso con el de Coraline y lo apuro de un trago. Luego, camino hacia Hans, le cojo de la mano y lo saco de allí.

Él no se resiste, ni tampoco hace preguntas, puesto que ya sabe lo que quiero: lo mismo que él.

CAPÍTULO V

NOCTURNOS

Caemos sobre mi cama mientras nos comemos la boca con pasión y frenesí. No tengo manera de saber cuánto tiempo lleva este hombre sin mantener una relación sexual, pero yo llevo meses. Y por su manera de besarme, algo me dice que está en la misma situación.

Nos dejamos arrastrar por el ansia como dos novatos, aunque sea obvio que no lo somos. Ni siquiera me preocupa si aquel arranque hará que se corra demasiado rápido. Parece un hombre resistente; estoy segura que, en caso de que eso suceda, se recuperará rápido.

Nos ayudamos a quitarnos la ropa. Es un deleite sentir aquellas fuertes manos bajándome el mono de sinteseda. Con mi ropa interior no tiene problemas, el sujetador es deportivo, tan cómodo como fácil de retirar.

«Abro los ojos, ruborizada y escudriño los rostros de los supervisores. Están algo iluminados entre la penumbra de la sala, bañados a la luz que emiten los recuerdos que flotan tras de mí. Por su impasibilidad, diría que no me están juzgando.

Soy consciente de que la escena está a punto de pasar de lo erótico a lo pornográfico y, aunque no hice nada incorrecto, siento una profunda vergüenza. No me gusta que tres desconocidos, y además superiores míos, vayan a ver tales intimidades.

—No pierda la concentración, Elika —dice la mujer de siempre.

—Pero esto no tiene ningún interés —replico.

—Todo lo que aquí va a desvelarse es confidencial, incluidos sus encuentros amorosos. Si pierde el hilo, podemos perder información. Siga, por favor, no se desconcentre.

Obedezco y vuelvo a cerrar los ojos, tan ruborizada como excitada por lo que estoy recordando».

Cuando lo tengo desnudo, gasto unos segundos en admirar su trabajado torso, aunque enseguida me pueden las ganas de poseerlo y me lanzo de nuevo sobre él. Lo hago tumbarse sobre la cama y me siento encima. Nuestros genitales se buscan, como si tuvieran vida propia. Su erección y mi excitación son tales, que no hay ningún impedimento para la penetración. Posa sus manos sobre mis pechos, los masajea con delicadeza. Le suplico que apriete más.

Quiero moverme despacio, para alargar el acto lo máximo posible, pero no puedo evitar hacerlo cada vez más rápido. Mi ritmo pronto se vuelve frenético y mis jadeos se mezclan con los de Hans, que por su cara parece que casi no se crea lo que está ocurriendo.

Me agarra de las nalgas para ayudarme en el frenético movimiento. Me aprieta contra él en el momento de la penetración y luego me deja ir, para repetir el proceso una y otra vez. Reconozco que aquello me excita tanto, que noto que el orgasmo se acerca sin remedio.

Ahora soy yo quién no me lo creo. Le aviso y Hans aguanta lo suficiente como para que nos corramos juntos. Mi orgasmo es explosivo. Mis músculos abdominales se contraen, me dan espasmos incontrolables. Siento un placer inmenso y pronto una gran paz se apodera de mí.

Cuando acabo me deslizo a su lado. Abrazo su musculado pecho.

—Creí que no llegaría a tiempo —le digo.

—Sí, bueno, siento que haya sido tan rápido.

—Calla, tonto.

Me levanto y me voy al baño para asearme un momento. No es necesario el uso de preservativos en aquel lugar. Las enfermedades de transmisión sexual no son un problema, puesto que todos nos hacemos estrictos controles médicos antes de un viaje como este. Por otro lado, la medicación anticonceptiva también es obligatoria para ambos géneros.

Él entra después de mí y repite el proceso, me alegra ver que es una persona limpia y aseada. Lo espero en la cama, semiacostada. Él se acerca y se tumba a mi lado después de besarme, esta vez más despacio, ya una vez nuestra ansia ha sido aplacada.

No decimos nada, solo sigo saboreando sus labios. Él me tumba del todo y pasea su lengua por todo mi cuerpo, para mi deleite y satisfacción. Sus manos son firmes y me agarraban con tanta ternura como decisión.

Se toma su tiempo, pero al final llega a mi entrepierna, donde se entretiene un buen rato para darme placer. No lo hubiera dicho, pero al final

siento que el orgasmo me alcanzaba de nuevo. Por mi manera de arquear la espalda él lo sabe y me masajea de nuevo los pechos mientras sigue con su trabajo oral. Se fija en los detalles y ha descubierto que eso me excita, por eso lo hace de nuevo. Sigue así hasta que me corro en su boca. No es tan intenso como el anterior, pero me sabe a gloria.

Le hago subir hacia mí y me hace gracia ver que se limpia con el antebrazo. No puedo evitar soltar una carcajada. Miro más abajo, su erección es completa, está más que listo para otro asalto.

—Túmbate —le ordeno.

Obedece sin rechistar y sonriendo. A mí se me ha antojado devolverle el favor, así que agarro su pene y paseo mi lengua por él. Juego, me encanta, noto las pulsiones de la sangre dentro de su sexo cada vez que mi lengua lo roza.

Así que me lo introduzco en la boca y le practico una felación durante unos minutos. Pero no se corre, no me deja terminar el trabajo, quiere penetrarme. Se pone de rodillas y yo sobre él. Uso sus hombros como punto de apoyo, pero aun así me ayuda a subir y bajar con su fuerza. Para esos musculados brazos, yo soy poca cosa.

Sé que en esa postura no llegaré al orgasmo, así que me pongo a gatas sobre la cama y él me penetra vaginalmente por detrás.

Es impulsivo, pero detallista. Usa la fuerza, pero la controla. En definitiva, es un buen amante. Sabe cuando acelerar y cuando frenar. Sin conocerme, sabe cómo hacer que llegue al frenesí y eso no es lo habitual.

Me está penetrando durante un buen rato, tiempo suficiente para tener dos orgasmos más. Uno de ellos es brutal, apoteósico y más que placentero. Él tarda un poco más, pero al final también acaba, exhausto y sudoroso, como yo.

Después de aquello tarda poco en quedarse dormido en mi cama. No me pide permiso para quedarse, pero tampoco me importa. Incluso estoy tentada a despertarlo a mitad de noche, cuando me despierto yo, para tener otra ración de sexo. Pero me apiado de él, en realidad estoy más que satisfecha.

«Ahora sé que va a morir, de una manera horrenda y sangrienta. Veo de nuevo la pieza metálica atravesándole el pecho, su sangre me salpica. Y vuelvo a sentir de nuevo, para mi desesperación, alivio».

CAPÍTULO VI

MINA

Lo primero que veo al despertarme es su excelente y trabajada figura. Supongo que un hombre como él no tiene problema alguno para encontrar cuántas amantes quiera, pero en un entorno tan limitado como en la colonia, y si es muy selectivo, no lo habrá tenido tan fácil.

Tampoco es que de repente vaya a sentir lástima por él, ni nada parecido. Ha sido un sano encuentro en el que ambos hemos obtenido lo que buscamos, una vía de escape a nuestros naturales deseos sexuales. Tengo muy claro que mi trabajo es lo primero, lo más importante. En mi vida hay poco espacio para las relaciones personales, esa fue mi elección después de perder a mi marido y a mi hijo en aquel trágico pero evitable accidente.

Me ducho sin prisa y al salir me deleito durante unos minutos más con la presencia de Hans en mi habitación, hasta que su dispositivo de pulsera vibra, le llaman. Él hace un gesto con la mano, para silenciarlo y me mira con una amplia sonrisa en el rostro.

—Creo que te buscan —le digo desde un asiento, con una taza de té entre mis manos—. ¿No contestas? Eres el jefe de seguridad.

—No son horas de buscarme, ya deberían saberlo —comenta desperezándose—. Nunca les he contestado tan pronto, así que tampoco van a preocuparse.

Se levanta y va al lavabo. Cuando sale se viste ante mi atenta mirada.

—¿No has olvidado mi visita guiada a las minas, verdad? —le pregunto.

—No, claro que no, pero intuyo que tendrá que ser tú y yo solos. Yjo Turunen siempre encuentra una excusa para no salir al exterior; creo que no lo soporta. Me ha mandado un mensaje para avisarme que tiene otros asuntos que atender, pero que estará en la sala de control mientras estamos ahí fuera —dice mientras comprueba su dispositivo portátil.

—Tampoco creo que le necesitemos, ¿me equivoco?

—No creo que te aporte mucho más de lo que ya te ha contado —comenta con su habitual sonrisa.

—Mándale un mensaje de mi parte. Dile que ya me está bien que esté en la sala de control, le pediré un par de cosas.

—Bien, ¿dentro de una hora te parece bien? Para quedar digo, para nuestra excursión.

Asiento con la cabeza.

—Pues nos vemos en una hora en el garaje que hay en el nivel inferior, no tiene pérdida. Lleva puesto el exotraje.

—No, si te parece llevaré vaqueros.

Él se ríe a carcajadas ante la ocurrencia y sale de mi habitación.

Después del desayuno, me visto con el exotraje que me dieron para esta misión. Es de color azul claro, de un material muy flexible y resistente ante roturas. Al principio me sorprendió que no fuera de color naranja o rojo, más visible, pero me contaron que, dado que en la zona en la que se asienta la colonia en Cretta la superficie tiene un tono bermellón, habían buscado algo más diferenciador.

El traje me protegerá de la fría temperatura del exterior y me aportará una atmósfera respirable bajo el casco. Además, es muy ligero, cosa que se agradece, puesto que en caso de no ser así, y dado que la gravedad de Cretta es mayor, los paseos por la superficie resultarían demasiado agotadores.

Ya preparada, desciendo varios niveles del edificio residencial, hasta el último. Sigo las indicaciones de algunos colonos hasta el garaje, donde me topo con un vehículo de exploración que me maravilla.

Tiene el perfil de un robusto todoterreno, un tanto más grande, y de enormes ruedas con un gran juego de amortiguación. Presenta un color blanco impoluto que no dudo que enseguida quedará manchado por el polvo del exterior. Lo que más me llama la atención es la parte posterior, más larga de lo normal. Pronto veo que es un sistema de soporte vital portátil.

Hans no tarda en llegar, apenas se retrasa cinco minutos y me pilla subida a la parte trasera, sobre el vehículo, inspeccionando parte de sus sistemas.

—¿A que es una maravilla? —pregunta nada más entrar en el garaje.

—Bueno, he visto muchos similares. Pero reconozco que este modelo aún no.

—Lo diseñaron específicamente para este entorno.

El jefe de seguridad abre el habitáculo y le freno cuando veo que va a ponerse en el lado del conductor.

—Yo conduzco —le digo para su sorpresa.

—Pero no conoces el camino.

—¿Acaso vamos a perdernos? ¿No vas a saber guiarme? ¿Se olvidaron de ponerle GPS?

Él hace un divertido gesto de derrota y se cambia de lado sin hacer un solo comentario al respecto. Yo me meto de un salto por la puerta que hay en la esquina superior izquierda, y sonrío con satisfacción al asir el volante con fuerza.

El motor emite un agradable zumbido cuando se pone en marcha y el vehículo responde con suavidad a mis órdenes al acelerar para salir del garaje. La compuerta se abre rápido y avanzo por un túnel de doscientos metros hasta otra compuerta. Al abrirse ésta, una inusitada calma nos da la bienvenida. Creía que me encontraría con un fuerte viento azotando el lugar y levantando polvo rojo, pero, al estar en la parte inferior del cañón, la salida queda bastante resguardada.

Avanzo con decisión y cierta parsimonia por una carretera sin asfaltar que asciende poco a poco por un lateral del cañón. Me paro al ver una intersección; hay un desvío a la derecha que cruza a la otra orilla del cañón, pero una barrera impide el paso.

—Es la antigua carretera, pero un desprendimiento la inutilizó, falta un tramo entero —explica Hans al ver que detengo el vehículo—. El SAM enseguida encontró una ruta alternativa y más segura. En menos de dos días teníamos una nueva carretera aplanada y transitable. El hercúlius es un buen constructor de caminos.

Vuelvo a acelerar conforme con la explicación y sigo la única ruta posible. Aun así, una pantalla dentro del habitáculo me indica el camino a seguir hasta el destino que ha marcado mi guía. Llego hasta alguna intersección más, pero sigo la ruta que me marca el GPS.

—Aquel de la derecha de momento también está cerrado —explica Hans refiriéndose a una gran gruta que se veía dentro del cañón—. El SAM perforó por ahí durante semanas, pero lleva a una zona de cierta inestabilidad tectónica. Algunos científicos insinuaron la posibilidad de construir una central tectotérmica, pero de momento lo han descartado.

—Conozco muy bien el funcionamiento de dichas centrales. Antes de especializarme en ingeniería aeroespacial realicé varios estudios sobre la materia. Aprovechar la actividad tectónica del subsuelo como generador energético. Las pocas que hay en funcionamiento son para alimentar grandes

terraformadores y son gigantescas.

—De todas formas, dado que los humanos no vamos a quedarnos colonizando el planeta, dijeron que era una empresa demasiado colosal.

—No son fáciles de construir, el generador de fusión sigue siendo la opción más viable casi siempre. Pero muchos terraformadores son máquinas colosales y necesitan de una cantidad ingente de energía; las placas tectónicas en movimiento aseguran un suministro ilimitado. En mis estudios determiné que versiones más pequeñas también son viables, aunque es cierto que su construcción es compleja.

Él me mira, pero veo que finge interés; le aburren los temas científicos, ahora lo recuerdo. Así que cambio de tema.

—¿Vamos a entrar dentro de una mina? —pregunto con curiosidad.

—Bueno, eso es tan innecesario como peligroso. Ha habido bastantes desprendimientos, así que el SAM ha comenzado a realizar excavaciones más verticales. Reduce el riesgo, pero también hace que sea impracticable para nuestro vehículo. Aun así te llevaré a ver algunas unidades que trabajan en el exterior.

Tuerzo el gesto algo decepcionada, pero no me queda otra que claudicar. He leído los informes y sé que no es seguro adentrarse en la parte interior de las minas. Si una unidad queda inservible por aplastamiento es una pérdida asumible, pero la vida de un ser humano es irremplazable.

«Aquel pensamiento me hace recordar un flash que he tenido antes. Conduzco deprisa aquel mismo vehículo. Miro por la cámara trasera y la visión del hercúlius que circula tras de mí, destruyendo las rocas del desfiladero a su paso, resulta aterradora. Aprieto más el acelerador, porque si me atrapa, estoy muerta.

Sé que me acerco a ese momento de manera irremediable, a ese recuerdo. No quiero, puesto que además voy con Hans, que sé que va a morir frente a mí.

—Elika, aguante, siga, por favor —la supervisora es insistente.

Nos acercamos al incidente, lo sé».

Seguimos el ascenso hasta que llegamos a una explanada dentro del cañón. Dos unidades de minería retiran rocas de una pared que se ha desprendido cortando la carretera. Nos detenemos a unos metros, frente a

ellas.

—Esta parte del cañón es algo inestable —comenta Hans—. El SAM quiere hacer una carretera segura hasta llegar a otra zona donde ha detectado una veta grande y firme de un mineral muy resistente, la wolframita.

—Sí, he leído los informes. Ese mineral va a ser muy útil para seguir con la producción de cerámica. La demanda se ha disparado y, con ella, el precio.

Nos apeamos del vehículo. El exotraje es perfecto y no noto nada extraño al salir de la seguridad del habitáculo del vehículo. Al saltar al suelo, lo hago con cuidado. La gravedad al caminar por la superficie me sigue pareciendo algo molesta, aunque no del todo incómoda. Miro las unidades con curiosidad.

—Bien, contactemos con Yjo —digo—. Vamos a hacer la última prueba para demostrar que el SAM es totalmente seguro.

«Siento alivio al ver que el hercúlius no está en la zona. Quizá los flashes no sean correctos. Sé que me engaño a mí misma, pero aún no sé cómo enfrentarme de nuevo a algo que mi mente ha bloqueado».

CAPÍTULO VII

INCIDENTE

Estamos a unos cuantos metros de las dos unidades mineras que trabajaban por la zona. Un dron de reconocimiento se aleja, acaba de sobrevolar el lugar. Me acerco al borde de la explanada y me asomo para ver la caída. A lo lejos puedo vislumbrar más unidades que entran y salen de un orificio en la parte inferior del cañón. Aquella es la mina de mayor actividad por el momento.

Hans me hace una señal para indicarme que Yjo Turunen, el ingeniero jefe del SAM, está en línea y a la escucha.

—Hola Turunen, ¿me recibe?

—Alto y claro, señora Razdan —contesta una voz.

—Es hora de hacer unas últimas pruebas. Supongo que ve en sus pantallas nuestras señales y las de las unidades que están en la zona.

—Sí, por supuesto. También tenemos imagen gracias a la cámara de sus exotrajés. Usted me dirá qué necesita.

Me giro, estoy a unos veinte metros de las dos unidades que operan retirando rocas. Son dos robots de gran tamaño, casi tanto como nuestro vehículo, armados con palas y perforadoras que tiran el material sobrante cañón abajo.

—Genial, voy a enfocar uno de los autómatas. Cuando haya identificado a la unidad, quiero que le ordene detener toda tarea.

—¿Quiere que la detengamos?

—Sí, sencillo, que deje de trabajar —aclaro.

Apunto con la minicámara del casco.

—Se ven dos unidades, nuestras pantallas las identifican sin problemas.

—La de la derecha, de la orden a la de la derecha.

Espero unos segundos y no hay ningún cambio, ambos robots siguen a lo suyo como si nada.

—Hecho —se oye la voz de Yjo.

—¿Está de broma? —le pregunto sin esperar respuesta—. Ordénele

detener su tarea.

—Ya lo hemos hecho. Según nuestro monitor, se ha detenido.

Me acerco dos metros, sin dar crédito a lo que estoy oyendo.

—¿Acaso no ve la imagen de mi cámara? Mire, sigue trabajando.

Un incómodo silencio se apodera de las comunicaciones. El ingeniero debe de haberse quedado sin palabras o sin explicación para lo que ocurre.

—Ordénele moverse a su derecha, inmediatamente —le pido—. Tome el control y muévalo.

Silencio de nuevo, tensa espera.

—Ya lo hemos hecho —contesta al fin Yjo—. Según nuestros monitores se ha desplazado tres metros a su derecha, hacia el precipicio.

—Pues mire mi cámara —digo yo.

—Ya lo hago. Tiene que haber algún tipo de problema con la cobertura.

La voz del ingeniero suena trémula, confusa. La mía sonaría igual si no tuviera la templanza de la que siempre he hecho gala en situaciones difíciles y complejas. En este momento soy yo la que no entiende lo que sucede. Mi mente trabaja deprisa, analiza lo que ve, los datos que tiene, y ninguna de las hipótesis que barajo me gustan.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Hans a mi lado—. ¿El SAM no obedece?

—No —le contesto—. El problema es que el sistema envía información falsa a la sala de control para que creamos que sí que lo hace.

El dron que sobrevuela la zona se acerca y pasa por encima nuestro. Entonces, por arte de magia, el robot de la derecha se detiene y deja de trabajar. Pasados unos dos segundos se comienza a desplazar a un lado. Obedece las órdenes con tal retraso que casi resulta una broma.

—Bien, ya le dije que debía haber algún problema con la cobertura.

Es obvio que Yjo se acaba de mentir a sí mismo, ni siquiera él se puede creer semejante gilipollez.

—No deje de enfocarlos —dice el ingeniero más animado—. Ahora tomaré el control del otro robot y lo haré también moverse. ¿Ve? Obedece al acto, todo está en orden.

La otra unidad también cesa sus tareas y se desplaza unos metros.

—Aquí no hay nada que esté en orden —digo sin ocultar la preocupación en mi tono de voz—. ¿Acaso no ve lo que pasa?

—A mí también vas a tener que hacerme un resumen —interviene Hans—. No comprendo el motivo.

—Las unidades no obedecen las órdenes de la sala de control, a pesar de que los monitores muestran todo lo contrario. Y han comenzado a obedecer cuando el sistema se ha dado cuenta de nuestra presencia.

—¿Espera, qué quieres decir con eso? —pregunta Hans.

—Cuando el dron nos ha sobrevolado nos ha detectado. Ha sido entonces cuando las unidades han obedecido las órdenes que les habíamos dado. Estoy diciendo que como el sistema no sabía que estábamos aquí, por eso no obedecía las órdenes.

—Eso es absurdo —dice de repente Yjo sin poder evitarlo.

Se oye otra voz por el comunicador. Es otra de las personas que están en la sala de control y que hasta el momento había permanecido callada.

—Creo que hay otro problema —dice—. Señora Razdan, ¿puede hacer una panorámica de la zona con su cámara?

Obedezco y comienzo a girar sobre mí misma, para captar todo lo que pudiera alrededor de mí.

—Falta una unidad —dice la misma voz.

—¿Qué, qué unidad? —pregunta Hans.

—Según los monitores, más a la izquierda de las otras dos, tiene que estar el hercúlius haciendo tareas de sujeción. Según el monitor, asegura la zona para evitar más desprendimientos.

—Pues tal como veis, aquí no hay nada más.

El jefe de seguridad y yo nos miramos estupefactos, pero enseguida retomo el control de la situación.

—Señor Turunen, no tiene el control del SAM, esto no es un fallo fortuito.

—Habrá que estudiar lo que... —comienza a decir el ingeniero.

—¿Según el protocolo, cómo debe actuar en caso de perder el control del sistema? —le interrumpo.

—Primero hay que corroborar la pérdida del sistema —contesta Yjo.

—Hay que desconectarlo —aclara Hans con inmediatez—. La seguridad del SAM debe haberse visto comprometida de algún modo. No queda otra que detenerlo del todo.

El silencio que se apodera de las comunicaciones me enerva. Soy testigo de un fallo gravísimo y el ingeniero jefe no está reaccionando tal como se espera de su cargo.

—Señor Turunen, ya sabe la autoridad que ostento —me pongo todo lo seria que requiere la situación—. Desconecte el SAM inmediatamente, sin

dilación, o habrá graves consecuencias.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Denme unos segundos! Habrá que informar de todo a la directora.

—Creo que sus hombres pueden desconectar el sistema mientras usted llama a mi hermana —le espeta Hans, tan cabreado como yo ante la indecisión del ingeniero.

Los segundos pasan y las dos unidades que tenemos enfrente permanecen quietas, gárgolas metálicas que ya no parecen tan inofensivas como antes. Por culpa del exotraje no podemos oír el sonido de nuestro alrededor, solo un tenue zumbido y la vibración del terreno. En aquel momento no puedo dejar de preguntarme algo: ¿pueden estos robots ser usados como arma? Si en la colonia han perdido el control del sistema, desconectarlo debe ser una prioridad.

—Ya está —informa Yjo—. Hemos procedido a la desconexión del SAM.

No puedo evitar regresar al borde del precipicio y mirar al interior del cañón. Desde mi posición se ve el gran boquete que hace las funciones de entrada a la mina. Cuento una docena de unidades de diferente tamaño que salen de ella por el camino de tierra artificial. Circulan en fila india en una única dirección posible.

—Hans, las unidades regresan a la colonia —le digo—. Creía que al desconectar el SAM se quedarían todas en sus posiciones, apagadas.

Él también se asoma y su rostro se congestiona. No puede evitar exclamar por su comunicador.

—¡Maldita sea, Yjo! ¡No tenemos el control del sistema desde la sala de control! ¡Hay que apagar el puto servidor!

—¡Os informaré! —exclama también el ingeniero—. ¡Vamos ahora mismo a la sala del servidor!

Las dos unidades que tenemos a escasos metros siguen impertérritas, quietas, y un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Tiene sentido que sigamos aquí? —Acompaño la pregunta de un gesto con la cabeza.

—Bueno, si apagan el servidor —dice Hans—, desde aquí veremos si las unidades se detienen o la mina sigue con su actividad. Pero me puedes esperar en el vehículo.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia el todoterreno. Lo pondré en marcha y me prepararé para irme de allí. Una vez desconectado el SAM, quedará

averiguar lo que ha sucedido. ¿Se trata de un sabotaje? ¿O alguien les ha arrebatado el control del SAM y lo usa a su antojo? ¿O puede que me haya equivocado con el SAM y sea capaz de operar por su cuenta? Son tantas las preguntas que quedan por responder, que ya comienzo a sospechar que no me podré marchar de aquella colonia cuando lo pretendo.

«Siempre es la mano humana», me digo. «Ya sea accidental o intencionado, siempre está detrás la mano humana». Mi experiencia en catástrofes es lo que me dicta.

Me subo al todoterreno y arranco el motor. Espero ansiosa el anuncio del ingeniero jefe, para poder irnos de aquel lugar.

Pasados unos minutos, las unidades que tenemos enfrente, estáticas estatuas de metal, se ponen en movimiento. Dan la vuelta sobre sí mismas. Una parece mirar a Hans, que está cerca del precipicio, la otra se encara en mi dirección. La voz de Yjo se oye alta y clara por el comunicador.

—Servidor desconectado. Repito, servidor desconectado.

—Aquí no hay nada desconectado —acierto a decir al ver que aquellas moles robóticas ponen rumbo de colisión hacia nosotros.

CAPÍTULO VIII

PERSECUCIÓN

Acelero el todoterreno y exprimo sus caballos de potencia. Aprieto el acelerador y deseo que el agarre no me juegue una mala pasada. Pongo rumbo de huida hacia delante, hacia el precipicio, supongo que para sorpresa de Hans, dado que dudo que en aquel momento sea capaz de comprender cuál es mi plan. Ni siquiera yo lo tengo claro, solo actúo.

Ambos robots también han arrancado. El de más a la derecha va a por Hans, el de más a la izquierda a por el todoterreno que yo conduzco. Es imposible saber cuáles son las intenciones de aquellos autómatas sin consciencia y con aspecto de vehículo pesado, incapaces de comunicarse como lo haríamos nosotros. Está claro que se trata de un ataque, pero me pregunto si están siendo controlados en aquel momento o siguen las directrices de una orden externa. Pero no me voy a esperar a comprobarlo.

La unidad que va a por mí tiene que empezar a virar a medida que acelera, dado que yo me aparto rápido de su trayectoria, hasta el punto de tener casi que detenerse para no perder la tracción. Hans se pone a correr en dirección contraria, pero yendo a pie no tiene ninguna posibilidad de evitar la mole que va a por él. Si la unidad de la derecha sigue su camino, lo atropellará sin remedio.

Yo sigo acelerando, piso a fondo, precisamente hacia esa segunda unidad. En apenas unos segundos mi trayectoria me lleva directa hacia ella. Tengo que interceptarla antes de que alcance a mi compañero. Pego un volantazo hacia la izquierda y derrapo para impactar contra su lateral. Deseo que el todoterreno aguante el embiste y pronto veo que la energía cinética es suficiente para cumplir mi objetivo. Toda la cabina del vehículo se tambalea y el cristal del lado derecho se resquebraja. Al robot, literalmente, lo tiro por el cañón. La unidad sale despedida por el precipicio y cae hacia abajo dando vueltas de campana y, casi con toda seguridad, acaba destruida varias decenas de metros más abajo.

La otra unidad gira para poder alcanzarme, pero ya la he esquivado.

Derrapo hacia la izquierda y decido rodearla aprovechando la explanada en la que estamos. Si logro la suficiente distancia con ella, podré recoger a Hans a mi vuelta, siempre y cuando siga centrada en mí. Manejo los mandos con habilidad para darle potencia a los ejes traseros y hacerles perder algo de tracción. Describo una parábola que me mantiene alejada de la unidad y que me hace pasar frente a la zona del derrumbe.

Oigo un estruendo, muy atenuado por mi casco, que viene de la zona de la pared derruida. Piedras y polvo salen despedidos hacia mí y hacia arriba, desde el derrumbe. ¿Una explosión? No, mucho peor. Una enorme mole robótica avanza, despacio no obstante, entre la nube de escombros. Lo arrasa todo a su paso. El hercúlius que faltaba y que, desde la sala de control han indicado que debía estar allí, ha aparecido al fin.

A pesar de aquella nueva situación, sigo con mi maniobra tal como he previsto, puesto que nada más puedo hacer. Acabo de describir el arco con el todoterreno y enderezo para tomar de nuevo el camino de vuelta. Freno ligeramente al ver a Hans que corre hacia mí con la intención de subirse en marcha. Deseo que aquel trasto no fuera más rápido que nosotros, pero el corazón me da un vuelco cuando le veo acelerar con gran potencia con sus orugas articuladas. La otra unidad también arranca en nuestra dirección.

Apenas Hans se ha enganchado a un lateral, lo oigo por el comunicador pedirme desesperado que nos vayamos de allí. Él conoce bien las capacidades de aquellos robots, así que pregunto.

—¿Somos más veloces que ellos?

—¡En terreno abierto! ¡Pero aquí abajo la cosa está jodida! ¡Ese grandullón es mucho más rápido de lo que aparenta!

Tomo rumbo de vuelta por el mismo camino que hemos venido. Veo por la cámara trasera cómo los dos robots vienen tras nosotros. La imagen de aquel monstruo de veinte metros, desplazándose a tal velocidad, que rompe y chafa rocas a su paso, es algo sobrecogedor.

—¿Puedes coger el arma, tras de ti? —me pregunta el jefe de seguridad.

Un fusil de asalto está anclado en la parte central trasera. Lo desencajo con una sola mano y alargó el brazo hacia el cristal que está roto. Hans es ágil y, sin perder la sujeción, toma el arma por el hueco y trepa al techo del vehículo.

Pronto se oye el sonido de los disparos, muy amortiguados por la insonorización de mi casco. Veo por la pantalla como alcanza a la unidad más pequeña, en la parte superior. Debe dañar sus sistemas de guiado, puesto que

enseguida comienza a hacer esos por el camino.

Aquello le hace perder velocidad y por un momento parece que va a molestar el avance del hercúlius, pero la mole le embiste sin piedad. Metal contra metal, el menor de los robots se pone de lado y vuelca frente al mayor, dando vueltas de campana. Uno de los gigantescos brazos del hercúlius lo aparta a un lado, como si fuera una simple molestia, y lo lanza por el precipicio del cañón, para sufrir la misma suerte que la otra unidad minera.

Sin nada que interfiera ahora su camino, golpea con el mismo brazo una gran roca que sobresale de la pared del cañón. Sale despedida hacia delante, pero enseguida pierde velocidad y no nos alcanza por poco. Se estrella a nuestro lado, resquebrajada.

—¡Esa cosa quiere destruirnos! —exclamo ante la evidencia.

—¡Pues no pares, o estamos jodidos! —responde Hans—. ¡Porque a ese trasto las balas poco le pueden hacer!

Me acerco a una encrucijada de caminos. Sé que la derecha es la adecuada, y me alegro al recordar que hay un paso estrecho. Supongo que el hercúlius tendrá que frenar para pasar por allí con seguridad, lo que me permitirá poner distancia entre nosotros.

Enseguida veo dos objetos no muy grandes volando por encima, describen una parábola sobre nuestras cabezas. Acaban de salir disparadas de la zona del hombro del gran robot. Impactan una decena de metros más adelante, frente a nosotros, sobre el paso. Enseguida una potente explosión destruye el camino, lo que me obliga a derrapar para frenar un poco.

—¡A la izquierda, toma el de la izquierda! —me grita Hans por el comunicador.

Hago caso, pero también memoria y, aunque doy un golpe de volante, no puedo evitar replicarle.

—¡Antes me has dicho que ese antiguo camino está derruido!

—¡Y este también! ¡Pero el otro no tiene escombros, es una caída libre!

—¿Esta cosa tiene retropropulsores?

—¡El panel de tu derecha!

Acelero el vehículo todo lo que su potencia da de sí, dado que no puedo hacer otra cosa. Nos encaminamos por la nueva ruta a un destino incierto, huyendo de una muerte segura.

Apenas unos segundos más tarde veo el paso elevado, como un puente que ha sido destruido. Según Hans, era fruto de un derrumbe, pero en aquel momento empiezo a dudarlo. ¿Podría haber sido algo intencionado para

asegurarse que el camino destruido por el Hercúlius hace un momento se convierta en la única ruta de entrada y salida de la colonia por el cañón? Aquella idea me cruza la mente: ¿Y si había sido algo planificado? Pura estrategia. ¿Pero quién?.

Nos acercamos rápido hacia el salto. Veo la ruta cortada, la caída libre, el hueco de más de seis metros. El todoterreno se acerca, inexorable. Espero que Hans pueda sujetarse bien, porque sé que puede salir volando del vehículo. Pero ha sido militar y ha estado en situaciones peligrosas, tengo que confiar en que podrá apañárselas solo. Además, recuerdo que las botas del exotraje tienen suela magnética. Me he estado preguntando qué utilidad podían tener en aquel planeta, bonita manera de descubrirlo.

Preparo los retropropulsores y nos precipitamos hacia el borde.

—¡Proyectiles en camino! —me avisa.

El hercúlius ha vuelto a disparar las mismas granadas que antes nos han barrado el paso. Miro por la pantalla y, por el arco que describen, creo que quiere impactarnos directamente. Me da igual, ya estamos en el extremo y activo los retropropulsores al máximo.

El vehículo vuela hacia el otro lado, al mismo tiempo que los proyectiles impactan justo por detrás nuestro, borrando toda la orilla de la que hemos saltado. Escapamos de la explosión justo a tiempo. Los retropropulsores nos mantienen en el aire más tiempo del que la gravedad nos permitiría.

Aterrizamos en el otro lado, obligando a la suspensión del vehículo a emplearse a fondo. Intento controlar el todoterreno para no perder el control después del fuerte impacto. Deseo que Hans siga allí, porque en aquel momento no sé si aún lo tengo encima o no. Me alegro al oír su voz.

—¡No pares, nos vuelve a disparar!

Tal como dice, nos vuelve a bombardear con más granadas voladoras desde su orilla del cañón. Derrapo, pero acelero de nuevo, tomo el nuevo camino a sabiendas que esta vez la monstruosidad mecánica no podrá seguirnos.

Más explosiones se suceden a nuestro alrededor, pero ninguna da en el blanco. Ahora veo claro que el software que usa la unidad para disparar las granadas está pensado para lanzar proyectiles explosivos a objetivos inmóviles; para hacer demoliciones a distancia. No está diseñado para disparar a un vehículo en movimiento, como nosotros.

Así que conseguimos huir, poner distancia de por medio. Nos alejamos de él y deseo que sea la última vez que tenga que ver aquel inmenso robot.

Tras un recoveco, a distancia segura del hercúlius, paro el todoterreno para que Hans pueda subirse conmigo.

—¿La suela magnética ha sido suficiente para mantenerte sujeto al vehículo? —le pregunto nada más verle.

—También me he anclado con un cable de seguridad y aun así me he dado un golpe en el pecho.

—¿Quieres que te lo mire?

—No, sigue, estoy bien. Lo has hecho de maravilla —me felicita forzando su famosa sonrisa—. Regresemos.

«Me alegra ver que el flash estaba mal. Hans sigue conmigo, no ha muerto con nada atravesándole el pecho. Acto seguido me lamento por ser tan estúpida. Soy la única superviviente, así que el destino de aquel hombre está sellado. Y el mío es verle morir, quiera o no.

Varias imágenes fugaces cruzan mi mente, colonos muertos, asesinados por doquier. Ninguna es lo suficiente nítida como para tener una idea clara de lo ocurrido, pero están ahí, al acecho, esperando su turno para regresar a mi memoria.

No puedo desconcentrarme. Esta vez, ni siquiera hace falta que la voz de la mujer me haga regresar al rumbo correcto. Lo hago yo misma. Me sitúo de nuevo en el todoterreno, avanzamos veloces de nuevo hacia la colonia».

CAPÍTULO IX

RETORNO

Por un momento, Hans y yo nos planteamos regresar a la colonia a través de la entrada a la factoría. Pero allí es el lugar donde hay más unidades mineras en proceso de fabricación o reparación. Si alguien ha tomado el control del SAM, acceder por ese lugar será demasiado difícil. Hubiera sido lo mejor, puesto que desde allí se podría ascender directos a la sala de los servidores, nuestro destino prioritario. Hans lo tiene claro: hay que desconectar el servidor y apagar el SAM, ya que es evidente que el ingeniero jefe no lo ha conseguido, a pesar de lo que él mismo había dicho.

Intentamos contactar por radio con control, pero no hay señal. Nos miramos preocupados al percatarnos de ello. El hecho de que las comunicaciones también hayan sido intervenidas es un síntoma inequívoco de sabotaje. Solo podemos hablar entre nosotros dos porque es conexión directa, sin pasar por control.

Otra prioridad para Hans es hablar con su hermana, Coraline, la directora de la colonia, pero es obvio que tendrá que buscarla en persona a nuestro regreso.

Conduzco deprisa, pero con cierta cautela también. Me aterra pensar que en cualquier momento aparecerán más de esas unidades para cerrarnos el paso o aplastarnos bajo sus orugas. Por el momento no hay indicios de más maquinaria minera por la zona.

Miro a mi compañero. Lo veo contenido, silencioso, pensativo. Una gravedad, que no he visto antes, inunda su mirada.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

—En todo.

—Tranquilo, ella estará bien —le digo al suponer que está preocupado por su hermana.

—Eso es lo de menos. —Acto seguido hace una mueca y me mira—. No quería decir eso. Me refiero a que claro que quiero que esté bien, pero es una mujer que sabe valerse sola. Es todo esto lo que me tiene consternado. Saber

que alguien se ha hecho con el control del sistema... —se queda unos instantes dubitativo—. No alcanzo a comprender el motivo.

—Dinero —le digo sin más—. Por experiencia propia siempre es el dinero; lo corrompe todo.

—Si descubro quién ha sido, le mataré yo mismo.

Veo determinación en su mirada, lo dice en serio. En aquel momento no veo necesario decirle lo importante que sería capturarlo con vida, en pos de la posterior investigación.

—¿Cómo puede alguien tomar el control del sistema? —pregunta—. Me refiero a sin usar la sala de control.

—No lo sé —reconozco—. Pero está claro que han tenido que manipular el servidor, desviar los permisos de seguridad a otro sitio, y luego han creado algún programa que envía información falsa a la sala de control.

—En resumen, que tiene que haber una segunda sala de control.

—Tienen que estar controlando el sistema desde otro sitio.

Él sigue pensativo, le da vueltas a todo aquello.

—Hay tres maneras de parar todo esto —concluye—. Podemos encontrar la sala de control real, destruir el servidor o destruir la antena de la tercera cúpula.

—Lo de la antena es nuevo para mí.

—Es una antena situada en la parte superior de la cúpula, es la que permite la conexión entre el servidor y todos los autómatas. Si la antena cae, el sistema no podrá comunicarse con las unidades y, por lo tanto, si hay alguien manipulando los robots dejará de hacerlo.

—Algo leí en los informes. —Solo tengo un vago recuerdo, puesto que me salté esa parte porque era muy aburrida—. Supongo que la antena no es pequeña.

—No está mal. Está pensada para dar cobertura a cuatrocientos kilómetros a la redonda. Creo que el servidor sigue siendo la mejor opción.

—Estoy de acuerdo.

Me callo y me pongo en tensión al ver que llegamos al final del camino. Veo la barrera, que corta aquella carretera desde el otro lado, y la atravieso con el vehículo, que la destroza sin problemas. Giro a la izquierda y tomo de nuevo la carretera que, en muy poco tiempo, me lleva de nuevo al garaje de la cúpula residencial.

Freno y me acerco despacio, aliviada al comprobar que no hay rastro de ningún robot. Hans vuelve a intentar comunicar con el interior, para solicitar

la apertura del portón, pero no hay respuesta.

—¿Podrás abrir la puerta desde este lado?

—Soy el jefe de seguridad, claro que puedo —contesta con voz decidida—. Espérame aquí.

Coge su fusil y sale del vehículo. Se baja sin quejarse. Parece ser que el golpe en el pecho ya no le duele, o al menos lo disimula. Se acerca directo, sin entretenerse lo más mínimo, hasta un panel que hay en el lateral y que comienza a manipular.

Grito por el comunicador al ver movimiento justo por encima de él. Hay una unidad entre las rocas del cañón. Estaba tan quieta que no la hemos visto. Es un poco más grande que una persona, tiene forma humanoide y poderosas extremidades.

Salta hacia Hans, que se echa hacia atrás para impedir que le aplaste. El robot aterriza levantando el polvo rojizo tan típico del lugar. El suelo se resquebraja bajo sus metálicos pies. El soldado levanta el arma, dispuesto a vaciarle el cargador, pero la ráfaga no le da de lleno. El robot es muy rápido y su brazo se extiende hacia delante, arrebatándole el arma de las manos con una de sus pinzas metálicas. Apenas le han impactado un par de balas, ninguna le ha dado en una zona sensible. Recoge el brazo de nuevo, con el arma sujeta, y la aplasta con las pinzas. Adiós al fusil, Hans está desarmado.

Retrocede sin perderlo de vista y tengo claro que el robot se prepara para otro ataque. Este avanza hacia él, mientras mi compañero retrocede. Levanta otra vez el brazo, va a extenderlo a gran velocidad. No voy a permitirlo. Ya he acelerado todo lo que puedo y lo atropello justo a tiempo, aplastándolo contra la pared al lado del portón.

El golpe no es todo lo fuerte que me gustaría y el robot resiste sin destruirse. Noto el impacto y el cinturón de seguridad impide que me golpee el casco contra el volante. Estoy algo aturdida, pero acierto a ver cómo levanta el brazo por delante del parabrisas.

—¡Sal, joder, sal! —exclama Hans por el comunicador.

—¡Abre la puerta! —le ordeno, confiada en que podré salir a tiempo.

El robot, atrapado entre el vehículo y la roca, lanza su primer ataque contra mí. Su mano, dividida en una pinza de tres apéndices, golpea el cristal frontal, que se resquebraja. Sé que no aguantará un segundo impacto. Me suelto el cinturón y me levanto, al mismo tiempo que intento abrir mi puerta sin éxito, pues el brazo del robot se ha extendido y la sujeta. Me quiere dentro, atrapada.

Levanta el otro brazo y lo lanza de frente. El cristal se hunde, pero no salta en cientos de pedazos, se mantiene unido. Salgo disparada hacia atrás, empujada por un gran trozo del parabrisas. Me golpeo contra la parte de atrás y el casco me protege del golpe. El brazo sigue empujando, trata de cogerme, pero no me puede alcanzar. No sé cuánto aguantará el cristal, que me presiona contra la zona posterior del habitáculo.

Oigo unos disparos, es Hans, que dispara al tronco superior de la unidad con un arma corta. El robot replega sus extremidades superiores, va a atacarle a él.

—¡Ahora, sal! —me grita.

Aprovecho que ya no noto la presión para apartar el cristal y salir por la puerta del copiloto. Salto al suelo al mismo tiempo que le veo enfundar el arma descargada. La puerta del garaje está abierta, veo que mi compañero ha conseguido abrirla, así que corro hacia ella sin mirar atrás.

El robot logra apartar hacia atrás el todoterreno y se libera. Entramos al hangar y me dirijo a un lado, al pulsador de cierre de emergencia. El portón se cierra al mismo tiempo que el robot lo impide al extender los brazos y sujetar ambas hojas correderas; aparte de ser muy rápido, tiene mucha fuerza. El robot se acerca sin soltar el portón, pero Hans ya ha cambiado el cargador y le dispara a bocajarro en cuanto lo tiene enfrente. Le impacta directo en la zona de la cabeza, destruyendo sus sensores y cegándolo. El robot retrocede y suelta el portón.

—¡Bloquéalo!

Activo la secuencia y hago que se bloquee de manera mecánica. Hará falta mucha fuerza para abrirla, pero soy consciente de todos los robots mineros que están ahí fuera, en el cañón. Me pregunto si realmente esa entrada puede impedirles el acceso durante mucho tiempo.

Corremos por el túnel los doscientos metros que separan el cañón de los niveles inferiores del edificio residencial. Una vez llegados al acceso, mi compañero no tiene ningún problema en abrir la puerta con su perfil.

Hans maldice al entrar en la zona que hay tras el garaje. Va a una sala de seguridad para coger más armas. Al acercarme veo a una mujer del personal de vigilancia, muerta. Tiene un grave traumatismo en la cabeza. Debe haber perecido de manera rápida y brutal.

—Da igual que hayamos cerrado la puerta —digo ante la obviedad—. Ya están dentro.

—Ya estaban dentro antes de entrar nosotros —reconoce Hans—. Deben

ser las unidades de mantenimiento de la cúpula del SAM. Han llegado muy rápido.

Tengo el rostro desencajado, no puedo evitar sentirme asustada. El casco de mi extroaje se retira hacia atrás, quedando recogido sobre la nuca. No me lo quito, por si me hiciera falta más adelante. Tengo muy claro que tengo que estar preparada para cualquier cosa.

Me apoyo e intento recuperar el aliento.

CAPÍTULO X

MUERTE

Hans y yo nos armamos sin reparos, ya que ahora sabemos que no estaremos a salvo dentro de la cúpula residencial. Él se coge un fusil de asalto y hace acopio de munición, tanto para este como para la pistola. Yo cojo otra de estas últimas, pues nunca he sido muy diestra con armas largas y no confío en mi respuesta con ellas en un entorno cerrado. Me siento mejor si tengo las manos libres.

Tampoco tengo problemas en manejar armas balísticas, pero quizá, en una situación como esta, no nos vendría mal tener a mano algo más moderno.

—Echo en falta armas más avanzadas que estas —le digo.

—No te creas —contesta mientras manipula las suyas—. Esto es una instalación minera en una zona sin conflictos, por eso la empresa pensó que las armas balísticas eran suficientes para mantener el orden. Son más baratas.

—Sí, pero un fusil láser no nos vendría mal —le suelto sin pensarlo mucho.

—No estoy de acuerdo —me contradice—. Las armas láser no serían muy útiles contra los esqueletos metálicos de los autómatas. Y las bláster, antes de que lo digas, son prohibitivamente caras. Yo lo que echo en falta es algún arma pesada; solo hay un par y están contadas. —Tuerce el gesto y muestra decepción—. Aquí no hay ninguna, están guardadas en un búnquer cerca de la sala de control, en la cúpula del SAM.

—Tienes razón —admito—. Veo que las armas se te dan mejor a ti.

—Pongámonos en marcha —dice el jefe de seguridad con determinación cuando considera que ya hemos terminado de prepararnos.

—¿Usamos el ascensor?

—Ni por asomo. Subiremos por las escaleras y confiaremos que las comunicaciones directas funcionen al acercarnos a alguien. Si todo el mundo tiene sus dispositivos personales encendidos, podremos encontrar a otras personas.

Descubrimos, al comenzar a ascender dentro de la cúpula residencial, que

se han cumplido nuestros presagios más pesimistas. Allí dentro ya han atacado a los colonos. Los cadáveres cada vez son más numerosos. Algunos han muerto por golpes contundentes, producidos con gran fuerza, en la cabeza o en el torso. Otros tienen heridas punzantes, producidas por una herramienta estrecha y afilada.

Nos paramos en cada nivel y comprobamos nuestros dispositivos personales antes de continuar. Mandamos mensajes cada vez, pero nadie responde.

A los pocos pisos recibimos un mensaje de socorro, que proviene de dos niveles por encima, así que subimos con decisión. Atravesamos una entrada y dejamos las escaleras atrás, nos dirigimos a una gran sala de personal, cerca de los laboratorios.

Al abrir la puerta, me tengo que sujetar al marco de la misma a causa de la impresión. Una escena dantesca se muestra ante mis ojos. Hay más de una docena de colonos muertos, asesinados de manera brutal. Los cuerpos están tirados de cualquier manera, esparcidos por la sala.

Hans sí que entra y detecta un superviviente. Se agacha rápido a su lado, pero pronto tuerce el gesto.

—Los robots... —balbucea el herido con mucha dificultad.

Un escáner superficial revela una grave hemorragia interna. Mi compañero me mira y niega con la cabeza, sabe que no se puede hacer nada por él. Sabemos que ni siquiera con una gran dosis de nanogel podremos salvarlo. Ninguno de los dos queremos abandonarlo a su suerte, pero el tiempo apremia.

—¡Ayuda!

Oigo la petición de socorro y disparos. Voy en busca de su origen y Hans corre tras de mí.

Veo como Tao Cummings, uno de los observadores del Cuerpo Estelar, aparece por una esquina, choca contra la pared del pasillo y mira atrás de manera desesperada. Al instante aparece un hombre del personal de seguridad, que se gira y dispara el fusil de asalto en diagonal hacia arriba. Un robot estilizado, algo más pequeño que un humano, se mueve rápido saltando desde arriba. Le aterriza encima atravesándole la cabeza con una de sus seis extremidades, que usa a modo de arpón al juntar los dedos.

Es una unidad técnica pensada para reparar el cableado y maquinaria que tuviera que ver con el SAM y su factoría. Diseñada para recorrer pasillos y conductos de ventilación, ha dejado de ser el robot inofensivo, que vi trepar

por una viga durante mi visita a las instalaciones principales del sistema, para convertirse en una eficaz arma.

—¡Apartad! —exclama Hans al tiempo que alza su fusil de asalto.

Tao Cummings se abalanza sobre mí, tan aterrado que no es capaz de actuar con claridad. Yo dejo que se me abrace y no evito que su peso me venza hacia atrás. Solo me giro para no caer de espaldas y ser yo quien lo haga sobre él, dado que no quiero que me aplaste. Y si permito todo esto, es para que mi compañero tenga una línea de tiro clara.

El jefe de seguridad dispara en dirección al robot, en ráfagas de tres tiros. Los primeros le impactan en el torso y los siguientes en la cabeza, la cual se despedaza. Enseguida me doy cuenta que ese modelo es de un material sintético más blando que otras unidades mineras; no es solo metal. Seguro que eso lo hace más ligero y más fácil de fabricar. Cae al suelo inutilizado.

—¡Sacadme de aquí! —exclama Tao—. ¡Quiere matarme!

Me levanto y lo ayudo a que él haga lo mismo. Mientras tanto, Hans se acerca al robot para comprobar que no volverá a ser un problema. Luego inspecciona el cuerpo del hombre al que aquella cosa acaba de matar sin miramiento alguno.

—¡Tenemos que largarnos de aquí! —vuelve a gritar Tao—. Hay más de esas cosas. ¡Están matando a todos!

—¿Tiene idea de dónde pueden estar el resto de los Observadores del Cuerpo Estelar? —le pregunto.

—Habíamos quedado para encontrarnos con ellos hace un rato, cinco niveles por encima. La Directora Fellner también iba a estar presente.

Aquello último hace que Hans se gire y venga de nuevo hacia nosotros.

—Vamos, al lugar de la reunión, ya —ordena sin ocultar su nerviosismo.

Nos retiramos con premura, sin dejar de estar atentos a nuestro entorno. Yo voy la primera, acompañada por un aterrado Tao. Hans cierra la comitiva dándonos la espalda, con el fusil levantado todo el tiempo.

Regresamos a las escaleras y subimos de nuevo. Al hacerlo escuchamos algo tan terrible como angustioso. Gritos y disparos se entremezclan, lejanos. Nos miramos, pero nadie dice nada. Nos limitamos a apretar el paso. Hans se pone nervioso, nos adelanta y comienza a subir escalones de tres en tres. Le comprendo, si el que estuviera en peligro fuera uno de mis familiares...

Abre una puerta, llegados al nivel indicado, y por el ruido sabemos que el combate es allí. Tardo unos segundos en percatarme, por la decoración, que estamos en la zona de viviendas. Algunos colonos pasan a nuestro lado,

asustados y desarmados.

Corremos y llegamos a la gran plaza que está en el centro del edificio. El cuerpo de un hombre cae a plomo desde arriba con un grito desgarrador. El sonido que hace al impactar contra el suelo me estremece. Alzamos la vista y vemos los balcones de los pisos que están por encima nuestro. El caos se ha apoderado de la colonia, aquello es un exterminio.

Varios robots van golpeando y atravesando con sus extremidades a cuantos colonos se cruzan en su camino. Es una caza, van de uno a otro sin miramientos, no permiten que nada los detenga. Algunos miembros del equipo de seguridad disparan sus armas, pero por cada unidad que cae, diez humanos mueren.

Las bajas serán incontables, eso seguro, y el curso lógico de acción que acude a mi mente es la inmediata evacuación de la colonia. Ahora tengo claro que la intervención armada del Cuerpo Estelar de la República es inevitable. Hace falta el ejército para recuperar el control de este lugar; con los medios actuales, parece imposible.

Intento apartar la vista de los cadáveres. Sé que debo ignorar a los heridos graves, pero cada grito humano retumba en mi cabeza y me desgarrar el corazón. Cada muerto va a ser una mella en mi memoria.

Uno de los robots salta desde dos niveles por encima. Tao es el único que no lo ve, pero lo aparto de su trayectoria. La unidad toca suelo y rueda, se desliza y al final se para cuando clava una extremidad a modo de ancla. Da igual si se prepara para un nuevo ataque, Hans y yo descargamos con furia nuestras armas sobre él. Lo destrozamos con el mismo miramiento que él está teniendo al exterminar a los colonos, ninguno.

Nos miramos, el odio empapa nuestros rostros. Cummings me coge de la mano y me estira al mismo tiempo que murmura un tímido gracias.

—Vamos, el punto de reunión está aquí cerca —añade.

Ahora vamos corriendo, no nos queda otra. Cada vez nos cruzamos con menos colonos; un par se unen al grupo. Hans les sugiere que vayan hacia el hangar, pero ellos se niegan, prefieren ir con personas armadas.

Nos cruzamos con otro robot, pero al dispararle se aparta de nuestra trayectoria y no nos ataca. No le hemos dado. Nos paramos un momento, esperamos su regreso, pero no lo hace. Nos extraña, pero no podemos esperar más, debemos continuar.

Llegamos a una sala que está cerrada. Tao llama a la puerta y grita que nos dejen pasar. Después de unos tensos segundos, se abre y entramos al ver

que dentro solo hay humanos. En cabeza nos recibe Alexey Makarov, acompañado por todo su séquito de observadores y algunos colonos más.

—¿Qué está pasando? —pregunta el observador a Hans.

—Ni idea, ¿dónde está mi hermana?

—¿Cómo que no tiene ni idea? ¡Usted es el jefe de seguridad! —Su tono es amenazador—. Le he hecho una pregunta sencilla, ¿qué está pasando?

—Que los robots están matando a los colonos —me sorprende la frialdad con la que le ha contestado—. ¿Sabe algo de mi hermana?

—¡Como jefe de seguridad ya debería haber desconectado el sistema!

—Y eso es lo que voy a hacer —dice calmado—. Estoy buscando a la directora, no contesta a su dispositivo.

—La señal de los dispositivos se ha perdido —corroborra Cummings—. Esto quiere decir que los robots han conseguido desactivar los repetidores inalámbricos. El sabotaje es más que evidente.

—La directora se ha largado cuando los dispositivos han dejado de funcionar —dice Alexey—. Quería dar la orden de evacuación, pero al caer la red inalámbrica, no ha podido. Nos ha dicho que esperáramos aquí hasta su regreso.

—¿Tienes idea de a dónde ha podido ir? —le pregunto a Hans.

—Sí, a la sala de seguridad de este edificio, para dar la orden desde allí con sus credenciales.

El jefe de seguridad cambia el cargador de su fusil de asalto.

—Está bien —digo—, vamos para allá.

—No —contesta tajante.

—No me voy a quedar aquí, como un ratón agazapado —le replico.

—No te pido que lo hagas, id todos hacia el tubo. Tenéis que llegar al hangar cuanto antes.

—¿Ir hasta allí sin escolta? ¡Qué idiotez! —exclama Alexey.

Me fijo que hay al menos tres colonos armados con pistolas, como la mía.

—Si os encontráis con algún robot, deberéis encargáros de él sin dudar —contesta el jefe de seguridad—. Cuanto más tardéis, menos probabilidades de éxito tendréis. Y si tienes miedo, Elika se encargará de protegerte.

Esto último lo ha dicho mirándole fijamente. Lo desafía, le está llamando cobarde en su cara. No sé si lo hace para insultarlo o es una táctica para hacer que reaccione y obedezca.

—Si estoy aquí, vivo, es gracias a ella —añade—. Me ha salvado gracias a su determinación, adiestramiento y nervios de acero. Estoy impresionado.

Había dado por hecho que, si ella ha reaccionado así, todos los observadores estáis preparados para intervenir con solvencia ante todo tipo de situaciones peligrosas y complejas.

Un tenso silencio los rodea de repente. Veo como una vena del cuello de Alexey se hincha; parece a punto de saltar, pero se contiene. Quería parecer autoritario, no un cobarde. Se percata que en esta situación tiene las de perder contra Hans, así que me mira y hace mención de tomar el mando. No le conocía de antes de aquella misión, pero ahora veo que es un engreído y un obseso del control.

—Señora Razdan, nos vamos hacia el hangar. Se viene con nosotros, al igual que el resto de observadores y colonos que hay aquí. Tenemos una obligación para con ellos —luego se gira hacia el jefe de seguridad—. Usted haga lo que quiera, pero más le vale que encuentre la manera de arreglar este desaguisado, porque sus manos están manchadas de sangre.

Intuyo que a Hans, este intento por humillarlo o hacerle sentir culpable le resbala sobremanera. Me parece que solo le importa su hermana. Creo que ni siquiera yo. No le culpo, me acuerdo de mi hijo y mi marido, y habría matado por ellos de haber tenido la oportunidad de haberles salvado la vida.

De repente, la voz de la directora se oye por todas partes, alta y fuerte. Al mismo tiempo varias luces rotativas indican que existe algún tipo de emergencia.

—Al habla Coraline Fellner, esto es una orden de evacuación inmediata. Todo el personal de la colonia, diríjense al hangar para abandonar el planeta. No es un simulacro, repito, evacuación inmediata. Deben dirigirse al hangar.

Lo ha conseguido, esto demuestra que ha llegado a la sala de seguridad y ha dado la alarma. Seguro que hay gente que, viendo lo ocurrido, habrá decidido ir al hangar por su cuenta, incluso antes del anuncio. Colonos que habrán deducido que la mejor opción es la evacuación, o se habrán adelantado a ir al hangar, por si acaso la dirección tomaba esa opción. Así que seguro que ya hay mucho personal que habrá llegado al lugar indicado.

Lo que me preocupa es que, si nadie lo ha hecho antes, significa que los robots lo han impedido. Es decir, ¿cómo es posible que no se hubiera dado la alarma desde el mismo momento en que comenzó el ataque? Si los robots habían sido capaces de tomar medidas para que eso no ocurriera, quería decir que quedaba demostrada su planificación.

Quiero creer que la mano humana está detrás del sabotaje, necesito creerlo. Que alguien ha tomado el control del sistema y lo está usando para

cumplir con sus planes, sean cuales sean.

Hans alza su arma y sale de allí con tanta determinación como la que ha demostrado hasta ahora. Veo al soldado, al militar.

El resto salimos enseguida, con las armas preparadas las que las tenemos, y nos movemos con paso decidido y ligero.

La evacuación es nuestra única prioridad.

CAPÍTULO XI

HUIDA

Desconozco qué ruta será la mejor para llegar al tubo que nos llevará hasta el hangar. Ir de manera directa, nos haría atravesar de nuevo toda la gran plaza del centro de la cúpula, donde se ha cometido una indecente masacre. Allí no hay lugares en los que esconderse, seríamos un blanco fácil. Pero dar un rodeo, significaría tardar más, aparte que también podrían sorprendernos en los pasillos. En ese caso el grupo estaría limitado para correr en caso de necesitarlo.

Mientras trato de decidirme, Alexey Makarov toma la ruta de la plaza. Sé que no servirá de nada que discuta, necesita sentir que tiene el control. Se obceca en una ilusión, puesto que hace rato que ninguno lo tiene. Al menos ninguno de nosotros, por lo que parece.

Es una idea terrible que mi mente lucha por negar, pero es posible que esta vez el responsable no sea el hombre. Al menos no de manera intencionada. Y también sé que no se trata de un fallo, de un simple error o de un mal funcionamiento.

¿Hasta qué punto es posible que el sistema haya tomado el control? Si todas las especificaciones técnicas que me han pasado son correctas, es imposible que el programa principal sea una inteligencia artificial, puesto que carece de una sinapsis para desarrollar voluntad o consciencia propias. En cuanto a las unidades mineras, controladas por una inteligencia virtual, ocurre exactamente lo mismo, no pueden tomar consciencia de sí mismas.

Así pues, la explicación más plausible por ahora es el sabotaje. Pero tal como están actuando los robots hasta el momento, implica una planificación digna de alguien que se ha preparado para tal eventualidad. Sigo sin alcanzar a comprender los motivos que pueden empujar a alguien a provocar un genocidio como aquel. ¿Venganza? ¿Locura? ¿Ambas?

Una de las observadoras levanta la mano y todos nos detenemos tras ella. ¿Ha escuchado algo? Se oye un grito por arriba y los servos de un robot, luego el sonido humano se corta en seco. Otro colono más que ha caído.

Seguimos nuestro avance, puesto que ya no hay marcha atrás. Apretamos el paso y entonces lo veo, un presagio sintético de muerte. Una sombra grisácea salta desde el piso superior, va a caer sobre la observadora que va en cabeza. Alzo mi arma y disparo dos veces seguidas sin pensarlo y le impacto cuando aún está en el aire. Tao Cummings, que también se había percatado del ataque, hace un placaje sobre la víctima y la aparta evitando que muera aplastada.

El robot rueda, pero enseguida se revuelve y se pone en pie. No le voy a dar opción a volver a atacarnos, puesto que me adelanto al grupo y le apunto con mi pistola. Antes de que pueda moverse de nuevo, le disparo. Tras cada impacto vuelvo a apretar el gatillo con suavidad. No quiero fallar ni una sola vez. Repito el proceso varias veces, hasta que veo que tiene un agujero enorme justo en el centro de su pecho. Apenas se mueve, ahora ya no es más que un trozo de chatarra tembloroso. Me tomo mi tiempo para apuntar un último disparo, directo a la cabeza, pero al apretar el gatillo no ocurre nada. Sorprendida, miro el arma y veo que tiene la recámara abierta, humeante. Ni siquiera me he dado cuenta de que me he quedado sin munición.

El robot se mueve un poco, hacia mí, no tan inofensivo como creía, pero un disparo le da en la cabeza. Es la observadora que iba a morir bajo él que, ya recuperada del susto y en pie, ha disparado. Cuando la unidad cae al suelo, se acerca y le descerraja dos disparos más. Está claro que necesita desquitarse.

Nos mira a Tao y a mí y nos hace un gesto de agradecimiento con la cabeza. Le sonrío, no quiero perder a nadie del grupo. Extraigo el cargador y meto otro lleno. Al colocarlo, de manera automática, la corredera se libera regresando a su sitio. Mi arma vuelve a estar cargada y a punto para otro combate.

—Démonos prisa —exige Alexey—. Han podido oír los disparos y vendrán hacia aquí.

Tiene razón, así que más nos vale darnos prisa. Al trote, nos ponemos de nuevo en camino. Pronto dejamos la zona central y tomamos unas escaleras que nos llevarán hasta la cápsula. Ascendemos con mucha prisa, pero sin dejar a nadie atrás. Algunos están cansados, exhaustos. A veces nos animamos entre nosotros, para no desfallecer, para no detenernos. No quiero hacerme ilusiones, puesto que la situación es crítica, pero me encantaría no ver morir a nadie más.

Llegamos al piso indicado, última carrera. Nos acercamos a nuestro

destino, pero el corazón nos da un pequeño vuelco cuando vemos que la cápsula no está preparada para partir. Con toda seguridad alguien la ha usado recientemente, así que aprietan el botón de llamada y esperan a que regrese.

Me giro y controlo el pasillo que lleva hasta nuestra posición. Si alguien viene, tendrá que hacerlo por allí.

Ding.

El pitido del ascensor que hay al final del pasillo indica que ha llegado a nuestro piso. Nosotros no lo hemos usado para evitar ser un blanco fácil o quedarnos encerrados dentro. La puerta se abre y aparece otra unidad técnica. Disparo sin reparos, pero se mueve rápido. Salta a un lado, se sube a la pared y luego al techo, usa sus muchas extremidades para sujetarse.

Todos los observadores que van armados se unen a la causa, para frenarlo. Alguien le impacta al final en la cabeza y cae al suelo, inerte. Es difícil saber quién de nosotros ha sido, puesto que hemos decorado todo el pasillo con nuestras balas.

La puerta de las escaleras se abre, aparece otro, repetimos el proceso. Alguien se queda sin munición y grita. Vuelvo a vaciar la pistola y el robot cae poco antes de llegar a nosotros. Cambio el cargador, es el último que me queda.

—¡Ya viene la cápsula! —exclama Alexey.

Otro robot hace su entrada. Es como si estuvieran viniendo todos hacia nosotros y disparo de nuevo para frenarlo, pero no lo consigo. El medio de transporte se coloca en posición y las puertas se abren, entrando en tropel todos los que pueden.

—¡Vamos, atrás! —me grita la observadora a la que antes le he salvado la vida.

¿Acaso quiere devolverme el favor? Ya han entrado todos y solo quedamos nosotras dos. Retrocedo mientras disparo, pero el robot coge un jarrón pesado, un elemento de decoración, y lo lanza contra ella. La veo caer de espaldas y perder el arma. Yo me detengo y la cojo de la mano, pero, cuando la estoy ayudando a levantarse, el robot salta hacia delante y le clava una extremidad superior en el centro del pecho. La sangre me salpica. Intento dispararle, con rabia, pero me golpea con otra extremidad y me lanza a un lado. Noto el impacto, como si me hubieran dado una patada en un costado; salgo disparada y me golpeo contra la pared, quedo aturdida.

Busco el arma, que ha saltado de mis manos, pero no la encuentro, me cuesta respirar. El robot me ignora y desclava su extremidad de la

observadora, que escupe sangre por la boca de manera agonizante. Salta de nuevo hacia delante, a por la cápsula, para matar a todo el grupo.

Ellos ya han cerrado la puerta y pulsán un botón para ponerse en marcha. Me dejan atrás, pero siento alivio por verlos partir rumbo al hangar. El robot ya no puede hacer nada, tendría que perseguirlos por la pasarela peatonal que transcurre por debajo del tubo y la cápsula es muy rápida. Aun así, en aquel momento no parece ser consciente, y se pone a intentar forzar la puerta.

Siento auténtico pavor, dado que si se gira estaré a su merced. Tengo que recuperarme, respirar, coger fuerzas. Calculo la distancia que hay hasta la puerta que me llevará a las escaleras, pero no lo veo claro; una vez allí no habrá nada que me dé ventaja sobre el robot.

Estoy mareada y mi vista se nubla, tengo que pensar con claridad. Entonces sé que el robot no me va a dar tiempo, se gira hacia mí. Mi tiempo se acaba, termina, voy a morir.

«Tengo los ojos cerrados y noto unos filamentos tentaculares que me tocan el rostro. Se pasean por el mentón, luego el pómulos. Después recorren el contorno de mi cara y se enroscan alrededor de mi cuello. Tiran de mí con fuerza.

Cuando abro los ojos, ya no puedo ver el qué, pero algo me arrastra por un pasillo muy estrecho, repleto de cables y tubos.

—No, Elika, no está en el momento adecuado, ha saltado demasiado adelante. —La voz de la supervisora regresa, salvadora.

Al menos sé que ese no era el momento en el que un ser se me llevaba, puesto que no es el mismo lugar, y encuentro fuerzas para regresar al recuerdo anterior. Sea lo que sea lo que he pasado, he sobrevivido. Puedo afrontarlo».

CAPÍTULO XII

DESCENSO

El robot se ha girado hacia mí y sé que va a matarme si no hago nada para evitarlo. Intento mover las piernas y noto que me responden, así que es mi momento. Veo que el arma que tenía la observadora que acaba de morir está junto a ella.

Ruedo hacia delante y cojo la pistola, justo al mismo tiempo que el robot salta. Disparo una, otra y otra vez. Debe de ser la adrenalina, porque a pesar del mareo consigo acertarle todas las veces en la cabeza.

La unidad cae sobre mí, neutralizada, y de ella emana un líquido aceitoso que me impregna cara y cuello. Se me mete por el exotraje. Grito para liberar la tensión, pero no sé si servirá de algo. Aparto el cuerpo sintético, no sin esfuerzo, y me levanto, exhausta.

Me acerco a la puerta del tubo y pulso el botón de llamada, para que la cápsula vuelva a por mí, para ir hasta el hangar. Enseguida me doy cuenta de mi error: oigo que otra unidad sube por las escaleras. Ese sonido me aterra.

Miro la pistola y un indicador me chiva que solo queda la mitad del cargador; no sé si será suficiente para un nuevo enfrentamiento. Un aviso sobre el acceso a la cápsula me informa que esta tardará un minuto y medio en regresar. Para entonces podría estar muerta.

Estoy agotada, pero corro de regreso a las escaleras, un aparente suicidio. Llego a la puerta justo cuando el robot está casi cruzando el umbral. Pulso el cierre de emergencia y la hoja hace el intento, pero el ser sintético ha interpuesto dos extremidades impidiéndolo. Le disparo, pero se agacha, se aparta y se oculta detrás de la propia puerta, sin apartar los brazos.

Decido continuar y corro hacia el ascensor, en el que entro sin dudar. Aprieto muchas veces para que baje, única opción posible. El robot ya está en el pasillo, se mueve rápido y disparo, ya a la desesperada.

El ascensor empieza a cerrarse y mis balas ya no surten el efecto esperado, puesto que no se acerca en línea recta, sino zigzagueando. Parece que haya aprendido lo que le ha pasado al resto; se adaptan, lo que me hace

descartar casi por completo la idea de que alguien los esté controlando uno a uno. Solo un par de proyectiles le dan en el torso, pero no son suficientes para detenerlo.

Lanza las dos extremidades superiores hacia delante y las usa para bloquear las puertas del ascensor, justo antes de que se cierren del todo. Me ataca con otra y se me clava en la parte frontal del muslo justo cuando retrocedo. Noto un golpe seco y luego un dolor punzante. Miro hacia abajo, veo que no me ha atravesado del todo, no es grave, y la extremidad se desclava. Estoy atrapada. Disparo lo que me queda a los brazos con los que sujeta las puertas. Logro que los retire, pero usa los otros dos que tiene libres para impedir que se cierre el ascensor.

Saco mi multiherramienta y con solo un gesto, rápido y preciso, abro el panel de control del aparato. Pulso el botón adecuado en la herramienta de alta tecnología, la clavo dentro del panel y obligo al ascensor a descender saltándose todos los elementos de seguridad pasiva; un truco que aprendí trabajando en una estación espacial. Desciendo con rapidez, sin que las puertas se hayan cerrado, y las extremidades medias del robot, las que intentaban abrir las puertas con determinación, son seccionadas.

Quiero respirar aliviada, pero no puedo. Oigo un golpe sobre el techo: el robot ha saltado encima. De repente veo aparecer uno de sus brazos encima de mí a modo de lanza. Me agacho y el brazo desaparece, para descender de nuevo al cabo de unas décimas. Así ataca un par de veces más, hasta que giro la multiherramienta y hago que el ascensor se detenga es seco.

Salgo en la planta donde estoy; ni siquiera me fijo en cuál. Miro a mi alrededor desesperada, mientras oigo al robot atravesando el techo del ascensor. No va a detenerse hasta que yo muera.

Veo un hombre con un mono de mecánico, por su quietud doy por hecho que está muerto. Al acercarme, la sangre que le empapa el pecho me lo confirma. Cuando estoy a punto de dejarme derrotar por la desesperanza, veo que las manos del fallecido aferran algo que puede cambiarlo todo.

Cojo la herramienta de alta tecnología del colono al mismo tiempo que oigo los servos del robot acercarse hacia mí, por la espalda. Me aparto a un lado y me giro, activando la cortadora de plasma que acabo de recoger.

La punta incandescente en forma de arco corta metal, material plástico y cerámico como si se tratara de mantequilla. Lo primero que secciono es la extremidad con la que me atacaba, que me rasga el exotraje a la altura del hombro izquierdo. Después, sigo con el tajo en diagonal y corto al robot en

dos partes, que caen a mi lado, contra la pared contra la que chocamos.

Solo cuando constato que mi enemigo sintético no se mueve, me atrevo a soltar la cortadora de plasma. Quiero pensar en la suerte que he tenido al encontrarla, en mi fuerza de voluntad y mi determinación para sobrevivir. Pero una congoja me oprime el pecho y vuelvo a gritar para liberar tensión. No puedo evitar ponerme a llorar al no encontrar consuelo en ninguno de esos pensamientos positivos.

¿Debería ver el vaso medio lleno? ¿Pero cómo puedo hacerlo? Toda una legión de robots mineros están asesinando al millar de colonos que habitan el planeta, los cuales se encuentran bajo la protección de la República Estelar, poderosa institución a la que represento.

¿Cómo luchar contra algo así? Los objetivos no son soldados, excepto el pequeño grupo que forma el equipo de seguridad. El resto son ingenieros, mecánicos, científicos e informáticos, entre otros. Hombres y mujeres de ciencia que solo anhelan una cosa: conquistar aquella enorme roca rojiza, volverla un posible hogar, aunque temporal.

¿Cuánto tiempo puedo quedarme aquí, llorando y lamentándome? ¿Cuánto tiempo hasta que me encuentre otro robot? ¿Qué hacer a continuación? Puedo ir a buscar a Hans y su hermana, pero ahora mismo me hallo algo perdida. La mejor opción que tengo es intentar llegar de nuevo al hangar.

Hago un esfuerzo para recomponerme. Aplico la reestructuración cognitiva, un recurso psicológico que se nos enseña a todas las personas que trabajamos en el espacio. Analizo la situación, valoro mis probabilidades y tomo el curso de acción más idóneo. Y mientras tanto, ya no me queda tiempo para pensar de manera negativa. Muy útil cuando alguien se queda bloqueado y sin capacidad de reacción ante una situación adversa.

Abro la pequeña bolsa precintada que llevo a la espalda del exotraje. Saco una aplicación de nanogel y me la inyecto directo en la herida de la pierna. Los nanobots médicos que contiene la sustancia detendrán la hemorragia y formarán un tapón en la herida, a la vez que ayudarán a la regeneración de todo el tejido dañado, aunque sea el músculo. Noto un cosquilleo que se mezcla con el dolor; eso es bueno, quiere decir que funciona.

Después saco dos parches; coloco el primero sobre el muslo y el segundo sobre la rasgadura del hombro izquierdo. Quiero mantener la integridad del traje dado que, aunque espero no volver a poner un pie en el exterior, ahora sé que no puedo dar nada por hecho. Aquella pesadilla me está poniendo en

situaciones que no podría haber previsto.

Me levanto y me engancho la cortadora de plasma a un lado del cinturón, ya que podría volver a ser útil en el futuro. Y justo cuando entro en el ascensor, aparece por la puerta de la sala en la que estoy una de las unidades de mantenimiento asesinas. No la he oído llegar ni acercarse. Parece que siguen con su adaptación; esta ha aprendido del error que cometió su antecesora.

Pero en su afán por pillarme por sorpresa, ha sido lenta. Giro la multiherramienta, que aún está clavada en el panel del ascensor, y el aparato sube rápido hacia mi salvación; tengo que tratar de llegar de nuevo a la cápsula para alcanzar el hangar. Intuyo que el robot se acaba de colar en el hueco y va a ascender para seguirme. Nuestro destino está tan solo unos niveles por encima.

Cojo de nuevo la cortadora de plasma y no puedo evitar mirar hacia arriba. Veo el hueco que el anterior robot ha formado y un escalofrío me recorre la espalda, aunque solo se ve oscuridad.

El ascensor se detiene y vuelvo a ver el pasillo que lleva hasta la cápsula que une la cúpula residencial con la del hangar. Alguien se gira hacia mí en mitad del pasillo, pero siento un profundo alivio e incluso alegría cuando veo se trata de Hans Fellner, su hermana Coraline, también vestida con un exotraje, y una pareja de seguridad, que acaban de llegar por las escaleras. Todos me miran claramente sorprendidos y el jefe de seguridad sonríe. El rostro de su hermana, en cambio, denota gravedad.

Salgo del ascensor al mismo tiempo que giro la multiherramienta y la desclavo, para recuperarla. Al segundo de poner un pie fuera, el ascensor desciende a máxima velocidad. La idea es que no se detenga hasta llegar al nivel inferior. Un estruendo metálico me indica que ha arrastrado al robot que ascendía por el hueco, tal como pretendía.

Hans parece que está a punto de preguntar el motivo de aquella maniobra, pero enseguida se acerca y me da un abrazo.

—Me alegro de ver que estás bien, pero ¿por qué no estás en el hangar?

—Es una absurda y triste historia, como el resto de todo lo que está ocurriendo.

—Ya nos la contarás en otro momento —dice Coraline—, ahora entra en la cápsula.

Su voz suena tajante y noto cierta tirantez hacia mí.

—Claro, os acompaño —disimulo—. ¿Cuál es el plan?

—Para ti, subirte al transporte y abandonar el planeta —vuelve a intervenir Coraline—. Ya has hecho suficiente.

El comentario no lo dice para alabarme, al contrario. En circunstancias normales sería diplomática, pero esto es de todo menos normal. Así que no evito la confrontación.

—¿Tienes algo que decirme? ¿No estarás tentada a culparme de lo que está sucediendo?

—Vamos, este no es el momento... —Hans intenta poner paz, pero ambas le ignoramos.

—Todo esto ha comenzado al hacer tus maravillosas pruebas. ¡Claro que no eres la culpable, solo el detonante!

—¿Pero cómo te atreves?

—Si tenías sospechas de que no teníamos el control del sistema, podrías haberme informado —me recrimina—. Habríamos preparado las pruebas de otra manera y nos habríamos asegurado que la seguridad no fallara. ¡Fuiste irresponsable al actuar sin ninguna medida de contención!

—¡Son pruebas estándar para comprobar que tenemos el control sobre el sistema! ¿Cómo podía tan siquiera sospechar que no lo teníais? ¡Si lo hubiera sospechado, no habría puesto un pie en esta puta roca! Puedo entender que estés enfadada, pero ni se te ocurra pagarlo conmigo. Tenéis ingenieros e informáticos revisando el sistema de manera continua. ¡Algo así no se os tendría que haber pasado por alto!

—¡Todos tenemos parte de culpa! —intervino Hans—. Y unos más que otros, pero ahora nuestra prioridad es asegurar la evacuación de la colonia.

Las dos nos llamamos y asentimos. El hombre y la mujer que nos acompañan, del equipo de seguridad, permanecen callados sin intervenir mientras controlan el acceso por las escaleras.

—Tienes razón —dice al fin Coraline, que ha dejado de mirarme fijamente y mira hacia la cápsula.

Yo doy el tema por zanjado. Ella le da un beso en la mejilla a su hermano, para despedirse, y empieza a caminar hacia el transporte.

—Vamos, Elika, por aquí —dice sin mirarme.

—Espera, ¿tú no vienes? —le pregunto a Hans.

—No, claro que no —contesta como si fuera obvio—. Esta cápsula lleva hasta el hangar, pero no es mi objetivo. Iré al otro tubo, el que lleva hasta la cúpula del SAM. Voy a desconectar el servidor y a acabar con esto.

—Entonces voy contigo —le contesto decidida.

—De eso nada —me replica—. Tú te vas con mi hermana al hangar y, mientras ella supervisa la evacuación, tú abandonarás el planeta.

—¡Soy libre de decidir...!

—¡No! —me interrumpe Coraline—. Todos y cada uno de los observadores sois responsabilidad nuestra, vuestra seguridad debe ser nuestra prioridad. No voy a permitir que ninguno más de vosotros muera aquí abajo. —Señala el cuerpo de la compañera que antes me ha salvado la vida en ese mismo pasillo—. Si mueren cientos de colonos, la compañía puede soportarlo. Pero si mueren los observadores que el Cuerpo Estelar nos ha enviado para supervisar la seguridad de la colonia, ¿en qué situación nos deja eso? Tú te vienes conmigo, te subes en el primer transporte disponible y abandonas el planeta. ¿Ha quedado claro?

—No es negociable —apuntilla Hans.

Sé que voy a perder la discusión y que el equipo de seguridad está muy nervioso al permanecer en este lugar. Claudico al fin y me pongo a caminar hasta el comienzo del tubo. No me he despedido de Hans, no puedo.

Solo le miro por última vez cuando me monto en la cápsula. Él permanece allí, de pie, con mirada serena, y me dedica una de sus preciosas sonrisas. Sé que solo quiere tranquilizarme, pero es inútil. Tengo la sensación de que es la última vez que le veré sonreír.

«Veo a Hans, de frente, que me observa con la mirada desencajada. Un apéndice metálico, de color oscuro, le atraviesa el torso desde la espalda, hacia mí. Me salpican restos de sangre en la cara. Estoy horrorizada, pero lo peor de todo, es que también siento alivio.»

¿Cómo es eso posible? Soy consciente que volveré a encontrarlo, pero para verlo morir de una forma horrenda. Además, ¿cómo puedo sentir alivio? No tiene sentido, nada lo tiene en aquella pesadilla.

—Elika, regrese a su traslado hacia el hangar, por favor. Sé que es difícil, pero tiene que continuar.

Claro que es difícil, es una jodida tortura de la que no puedo librarme».

CAPÍTULO XIII

EVACUACIÓN

La cápsula, con capacidad para quince personas, se cierra y arranca. Noto el tirón y siento que dejo atrás el segundo peor episodio de toda mi vida. Levanto la vista y miro el paisaje a través de un ventanal. El tono sangría del terreno se mezcla con el bermellón del cielo en una orgía de tonalidades sangrientas. El ser humano, cuando decidió colonizar Cretta, no supo apreciar el presagio de muerte que la coloración del planeta advertía, a modo de aviso.

El rojo siempre ha sido sinónimo de peligro. ¿Es posible que aquí, a millones de años luz de nuestro planeta de origen, la naturaleza siga actuando con las mismas reglas? ¿O acaso ha sido todo una desafortunada casualidad?

Además, el origen de todo el problema parece ser el SAM, el cual es creación nuestra; así que el planeta no tiene la culpa. El cielo podría ser de un esperanzador y nostálgico color azul, y estaríamos muriendo por igual. Como siempre, el problema somos los humanos, incapaces de hacer una a derechas sin antes meter la pata cinco veces.

—Siento mucho lo que he dicho antes. —Es Coraline, que aprovecha el minuto de soledad para intentar disculparse.

—No, no es necesario —levanto una mano y niego con la cabeza.

—No debería haberte echado a ti la culpa.

—Los colonos están muriendo —le suelto para hacer que calle—. No los conocía y no puedo evitar que me afecte. Así que puedo imaginarme por lo que estáis pasando. Tiene que ser duro, y es lógico buscar alguien a quien dirigir la ira.

La cápsula se detiene, ha recorrido los doscientos metros que separaban una cúpula de otra en muy poco tiempo. La puerta se abre de forma automática y una pareja de seguridad nos apunta con sus armas, pero, al comprobar quienes somos, las bajan tras soltar un suspiro de alivio.

—Directora Fellner, al fin, todo está listo para la evacuación —dice una mujer.

—Informe de la situación —ordena Coraline.

—Los dos transportes están en ambos hangares. El primero está listo para partir y solo espera luz verde del controlador. En el segundo aún están embarcando. No hay presencia de hostiles en toda la cúpula, pero mantenemos la alerta máxima.

Una de las naves es la que venía con la Andrómeda, la otra es la que se queda siempre en Cretta. Ambas se turnan en cada viaje de esta, de manera que siempre hay un transporte en el planeta. La suerte es que estén las dos al mismo tiempo. Los cinco días que tarda en partir la Andrómeda, es el tiempo que tardan en cargar todo el mineral recogido en las minas usando el carguero que también se acopla a la gran nave.

—¿Serán suficientes los dos transportes para evacuar a todo el personal? —pregunto al ver que los números no me cuadran.

—No, pero en la Andrómeda está anclado un carguero —explica la directora—, que descenderá y recogerá a los que no hayamos podido ser evacuados en los transportes.

—Por lo que sé —interviene la guardia—, el carguero ya está descendiendo y atracará en el primer hangar, que ya estará libre por entonces, dado que la nave que hay en él ya está lista. Pero las comunicaciones han caído y esa información puede estar desactualizada.

—Me voy a control a supervisar todo, espero que desde allí haya comunicación directa a los transportes —sigue Coraline, que gira hacia mí—. Tú te vas en el segundo transporte, el primero debe partir ya.

Cuando empieza a encaminarse pasillo abajo, una idea fugaz recorre mi mente.

—¿Las comunicaciones también han caído aquí? —pregunto a la guardia mientras sujeto el brazo de Coraline, que me mira extrañada.

—Sí —contesta la aludida—. Han caído y no podemos hacer nada por recuperarlas. Supongo que habría que reiniciar el sistema y establecer una nueva codificación.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta la directora, intrigada.

—A veces pienso que soy una estúpida. En mi afán por buscar respuestas rápidas, he dado por hecho algunos datos que no están corroborados. Para cancelar las comunicaciones hay que conocer la codificación, y muy pocas personas tienen acceso a los códigos. El saboteador tiene que tener acceso a ellos.

—Mi hermano es una de esas personas, ¿qué insinúas?

—No estoy hablando de Hans, por supuesto que no. Pero piensa, cuando

estaba con él, ahí fuera, cuando todo empezó... ¿Cuál fue el detonante del ataque?

—Que tú descubriste que no teníamos el control sobre el SAM —contesta Coraline.

—No, estás equivocada. El detonante fue cuando Yjo Turunen dijo que había desconectado el servidor. Ese fue el momento exacto en el que todo se vino abajo, en el que los robots atacaron.

—Yjo desconectó el servidor y entonces atacaron —repitió ella como un loro—. No hay tiempo, ¿a dónde quieres llegar?

—Yo en ningún momento llegué a comprobar que no tuviéramos el control sobre el sistema, tampoco le vi desconectar el servidor. Todo eso es lo que él nos dijo por radio, pero ninguno de nosotros lo hemos podido corroborar. ¿Tú estabas en la sala de control del SAM?

Ella se queda pensativa unos segundos, dándole vueltas, y entonces empieza a atar cabos.

—Él tiene acceso a la codificación de las comunicaciones, incluso a los dispositivos personales de cada colono. Por favor, es el ingeniero jefe de la colonia. Si él fuera un saboteador, podría hacer lo que quisiera. ¿Pero por qué iba a hacer algo así?

El guardia varón decide intervenir también en la conversación, ambos han estado escuchando de manera atenta, sin poder evitarlo.

—El ingeniero jefe está en el primer transporte, a punto de partir. A los observadores también los hemos enviado hacia allí cuando han llegado con la cápsula. Hemos decidido que era mejor que el personal más importante fuera el primero en ser evacuado.

—Han hecho lo correcto —les aclara la directora—. ¡Elika, corre hacia el primer transporte, yo intentaré aplazar el despegue!

Las dos salimos corriendo, ella en dirección a control de los hangares y yo hacia el pasillo que lleva a la primera nave que debería partir. A ambas nos sorprende que Yjo tenga esa prisa por abandonar el planeta. No podemos culparlo por no quedarse a intentar arreglar el desaguizado que se ha montado con el SAM, si se ha sentido en peligro, pero es un dato muy revelador que él mismo, en ausencia de la directora, no haya decidido supervisar la evacuación. O es un cobarde o alguien que intenta ocultar algo. No le voy a permitir dejar atrás la colonia sin haber dado explicaciones por todo lo que está ocurriendo.

Odio la gravedad de Cretta, siento que de haber sido menor me movería

con más libertad, con más agilidad. Quiero correr más y no hay lugar para la fatiga en mi mente, tengo que llegar antes de que la nave despegue.

Cruzo una esquina a toda velocidad y un guardia me da el alto, acaba de cerrar la puerta que lleva al transporte al que me dirijo.

—Observadora Erika Razdan —me identifico—. ¡Abra!

—Pero van a despegar...

—¡Abra!

Seguro que el guardia se confunde conmigo, que cree que soy otra cobarde que tiene prisa por irse, pero aun así abre la puerta de acceso al hangar.

Ante mí se extiende una rampa que sube hasta la lanzadera, al final de la cual está Yjo. Parece que sí que está supervisando la evacuación, pero montado en el primer transporte que va a largarse de allí.

Es evidente que me ha visto y corro hacia él. Me mira con desprecio y hace un gesto tras la puerta de la lanzadera, que se cierra y, con un silbido característico, me indica que sella al vacío. Grito de rabia, pero un fuerte zumbido me anuncia que la nave se pone en marcha y que tengo solo unos segundos para salir de allí antes de morir.

—¡Traidor, cobarde!

Me doy media vuelta y al hacerlo veo algo que me deja bloqueada. A través del tubo semitransparente de acceso a la nave veo parte de la zona posterior del transporte. Sin ninguna duda, observo a un robot saliendo de un salto de dentro de uno de los propulsores principales, justo antes de que se encienda con un fogonazo que seguro que lo habría destruido. La unidad tiene aspecto humanoide, un poco más grande, y es similar a la que nos ha atacado a Hans y a mí antes de entrar en el edificio residencial. Pronto desaparece de mi ángulo de visión. No tengo ni idea de a dónde ha podido ir.

Corro hacia la puerta del hangar y veo al guardia que me hace señas para que salga, al menos él sí que me espera. Debe estar gritando, pero no lo oigo porque el ruido es ensordecedor. El estruendo se acrecenta y la nave arranca motores al mismo tiempo que los portones principales del hangar se abren. La luz rojiza del exterior lo inunda todo.

Salto y entro en el pasillo justo a tiempo para que la puerta se cierre tras de mí. El guardia se gira y me ayuda a levantarme, al mismo tiempo que me habla.

—No debería haberte dejado entrar, tendrás que ir al segundo transporte.

—¡No puede despegar! —le espeto al recuperar algo de oxígeno.

—El otro trans...

—¡Lo han saboteado, no puede despegar!

Pero debería saber que aquel guardia poco puede hacer, ni siquiera puede comunicarse con control, mucho menos con la nave.

A pesar del cierre de seguridad de la puerta y del grueso de las paredes que nos rodean, oímos con claridad la explosión. Me levanto y miro por un ventanal que da al hangar. La nave acaba de estallar en llamas y una lengua de fuego la rodea, toma todo el hangar. Se ha desatado el apocalipsis ante mis ojos sin que nada haya podido hacer por detenerlo.

Dos explosiones más se suceden, en la parte posterior y central de la nave, y el guardia tira de mí al entender que esa sección del pasillo podría no ser segura. Aun así la lanzadera hace el amago de arrancar, pero enseguida estalla en multitud de fragmentos y, lo que es peor, repleta de seres humanos. Nada puede haber sobrevivido a esto, nada...

Me aparto con los ojos llorosos y me dejo arrastrar por el guardia, que grita con rabia y frustración. Trescientas cincuenta personas han fallecido de una sola tacada. Entre las víctimas están todos los observadores del Cuerpo Estelar e Yjo Turunen, el ingeniero jefe, mi sospechoso.

—Hay que ir a control, avisarles que no dejen arrancar la otra nave hasta que sepamos que es seguro —le digo entre sollozos, en un intento por reponerme.

Él asiente e incluso se me adelanta. Pronto pasamos por la puerta que lleva al segundo hangar. Allí hay otro guardia, que enseguida nos pregunta lo que está sucediendo.

—¡Han saboteado la nave! —le contesta el otro.

Decido que debo asegurar, por todos los medios, que esa lanzadera sí que salga del planeta.

—El transporte ha explotado y el otro hangar ha quedado inutilizado —le explico—. No podemos permitir que vuelva a suceder. Además, si también inutilizan este hangar, el carguero no tendrá ningún lugar en el que aterrizar.

Él pone unos ojos como platos, al darse cuenta de la gravedad de la situación. Yo me asomo por un ventanal y miro dentro del hangar. El corazón me da un vuelco al ver una gran rejilla caer al suelo desde una pared. Por el hueco aparece la misma unidad que he visto en el otro hangar, la que ha saboteado la otra nave.

Levanta la cabeza un instante. Creo que me mira. No sé si me desafía o se ríe de mí, o ambas cosas. Pero solo es un robot, controlado a distancia por

alguien, tiene que ser eso.

Se dirigirá hacia el transporte. Sé que quiere repetir la maniobra, volver a asesinar a cientos de personas inocentes, pero no voy a permitirselo.

CAPÍTULO XIV

HANGAR

Me doy la vuelta y me alejo de la puerta que lleva al segundo hangar. No puedo entrar ahí, sin más, a enfrentarme a un robot capaz de destruir una nave espacial entera él solo. Pero tengo una idea, tan descabellada, como absurda, digna de una película que sé que no protagonizo; ese tipo de cosas que solo salen bien en las historias de acción, pero que en la vida real significan la muerte.

Mientras tanto, oigo una reconocible voz femenina por el comunicador de mi exotraje.

—Elika, ¿me recibes?

—¿Coraline, eres tú? ¿Cómo es posible? ¿Has podido reiniciar todas las comunicaciones?

—No, solo he establecido una conexión directa con tu comunicador. No está cifrada, así que puede que alguien más nos oiga. Aunque supongo que a estas alturas ya da igual.

Mientras hablo con la directora he llegado a una esclusa de mantenimiento que desciende a un nivel inferior. La abro y me deslizo por una escalera de mano.

—El primer transporte ha explotado en mil pedazos, han muerto todos sus tripulantes y pasajeros —me explica ella—. Intentamos averiguar lo sucedido antes de que despegue la segunda. ¿Ya estás a bordo?

—No. He visto como un robot ha saboteado un propulsor del transporte, lo que ha provocado la explosión. Creo va a suceder lo mismo con el segundo —le digo al mismo tiempo que enciendo las luces de un garaje.

—Maldita sea, tendremos que anular la evacuación.

—De eso nada —le suelto—. Solo aplaza el despegue hasta que te diga.

—El carguero de la Andrómeda ya está entrando en la atmósfera, si el segundo hangar no está despejado cuando aterrice, no habrá servido de nada.

—Estará despejado para entonces.

Me esfuerzo para que mi voz suene segura, que mi confianza no muestre

fisura alguna. Deseo que Hans lleve a cabo su misión con éxito, que logre destruir el servidor y el SAM quede inutilizado. Pero no puedo confiar en ello, la evacuación es prioritaria si queremos que alguien abandone el planeta con vida.

Alzo la vista y miro el exoesqueleto que se levanta frente a mí. Tiene tres metros de altura con cuatro poderosas extremidades y en su tercio superior tiene un hueco donde se monta el operador. Sirve para las pesadas tareas de carga y transporte de material dentro del hangar. También se pueden hacer tareas en el exterior, pero como no va sellado, es necesario el uso de un exotraje como el que tengo puesto ahora. Me subo y me sujeto el arnés todo lo rápido que puedo, a la vez que pulso los botones que ponen en marcha el sistema de control. Conozco el modelo, es muy similar a otros que he usado en el pasado.

Rápido, muevo las extremidades robóticas y compruebo que todo funciona a la perfección.

—Coraline, abre puerta dos punto cuatro, voy a entrar.

El casco de mi exotraje se cierra de manera automática, queda sellado.

—¡Desde aquí arriba acabamos de ver el robot que decías! Se habrá estado moviendo despacio para que no lo viéramos. ¡Está a punto de entrar por uno de los propulsores principales!

Una robusta y ancha hoja metálica, que hay frente a mí, se levanta y salgo como una exhalación en cuanto tengo suficiente espacio. Me muevo todo lo deprisa que me lo permiten los servos del exoesqueleto, que es más que si corriera a pie; delante tengo la parte posterior de la nave y veo los grandes propulsores.

El robot está ya dentro de uno de ellos, a punto de meterse más para hacer estragos, como ha hecho con el otro transporte. No se lo voy a permitir.

Levanto ambos brazos y hago que se extiendan hacia delante, gracias a un sistema ideado para coger mercancía que esté en alto. El extremo son dos potentes ganchos electromagnéticos. En cuanto golpean al robot, noto que se han imantado sobre su superficie metálica, así que tiro con fuerza y hago que caiga fuera del propulsor, con gran estrépito. Suelto los ganchos, puesto que si lo mantengo sujeto podría destrozarme los brazos robóticos con facilidad.

El robot se revuelve en el suelo y levanta la cabeza hacia mí. Vuelve a mirarme como el resto, incapaz de mostrar sus intenciones, pero a estas alturas puedo hacerme una idea. Corre con la intención de embestirme, así que anclo mis pies en el suelo, mediante magnetismo, al tiempo que le hablo

a Coraline.

—¡Cierra la puerta dos punto cuatro!

Mi enemigo me alcanza e intenta golpearme con un brazo. Yo me he agachado justo a tiempo y me levanto volviendo a imantar mis manos sobre su cuerpo, al mismo tiempo que suelto mis pies. Aprovecho su impulso y lo levanto sobre mí. Aterrizamos apenas dos metros por detrás y lo arrastro por el suelo, hasta que su cabeza queda bajo la puerta que se cierra.

La pesada hoja le aplasta el cráneo de metal y el ser sintético deja de moverse al instante. Levanto el pesado exoesqueleto, tan satisfecha como sorprendida por lo fácil que me ha resultado.

—Coraline, abre las puertas del hangar: es hora de que el transporte despegue.

Los propulsores empiezan a rugir al mismo tiempo que las grandiosas puertas se mueven lateralmente. El rojizo sangriento de Cretta inunda de nuevo el segundo hangar, se repite el mismo presagio que en el primero.

—¡Han entrado dos más desde el exterior! —oigo gritar a la directora por el comunicador, aunque su voz suena muy apagada por culpa del ruido ambiental.

Me pongo a correr para rodear la nave y enseguida, al tener ángulo de visión, veo a los dos enemigos. Son como el que acabo de destruir, de gran tamaño y potentes. De dejarlos obrar a sus anchas, estoy segura que la nave no tendrá ninguna oportunidad de partir.

—¡Que la nave despegue ya, que despegue ya! —le grito a la directora.

—¡Pero tú morirías!

—¡Y qué más da! ¡Que despeguen!

—¡Su piloto me dice que necesita un par de minutos más!

Maldigo, pero no he dejado de correr hacia delante, y estoy a punto de alcanzar al primer robot casi en el frontal de la nave. Le intento golpear, pero me esquivo. Acto seguido me ataca. Salgo disparada y ruedo hacia un lateral.

Veo como el otro robot me ignora y se encarama por la nave, para trepar sobre ella. El primero salta y quiere caer sobre mí. A pesar de que tengo unas barras de protección a mi alrededor, no hay un habitáculo sellado, así que podría llegar a aplastarme con una extremidad. Mientras sigo tumbada, extiendo un brazo hacia una pared del hangar y hago que se magnetice, lo recojo y eso hace que me aparte a tiempo antes de ser aplastada por el robot. Cuando llego a la pared magnetizo los pies y comienzo a andar por ella, hacia arriba, cogiendo altura.

Desde abajo, el robot me sigue con la cabeza; sé que se pregunta qué estoy haciendo. Si algo he aprendido de ellos es que se adaptan. Así que es inútil repetir tácticas con ellos, pero cuando se hacen cosas inesperadas, no suelen reaccionar rápido. En ese caso parecen quedarse a la expectativa.

Salto hacia él en cuanto creo que tengo suficiente altura y le golpeo con uno de los brazos en toda la cabeza al caer, sin que él haga nada por evitarlo. Nuestros metales son de la misma aleación, igual de duros pues. El puño metálico de mi exoesqueleto se hunde en su cabeza y lo neutraliza al instante. Por desgracia, esa extremidad se destroza en el proceso y queda inutilizada.

Aún me queda otra y otro robot al que destruir. Extiendo el brazo hacia arriba y lo magnetizo en un lateral de la nave. Lo recojo todo lo rápido que puedo, para tomar impulso y de esa manera salto sobre el transporte. Me tengo que sujetar con los pies magnéticos para no resbalarme otra vez hacia abajo, pero resisto. Veo al último robot, que avanza sobre la nave, en busca de un punto débil. Todo el exterior está recubierto de acerámica, un metal muy resistente para el que no tiene herramientas que lo atraviese.

Al detectarme comienza a correr de nuevo hacia el propulsor. Le lanzo el brazo y me magnetizo otra vez quedando sujeta a él. Me arrastra, pero recojo el brazo, es mi manera de alcanzarlo lo más rápido posible. Al hacerlo me lanzo en plancha y le hago tropezar, haciendo que ruede sobre la nave.

Pronto caemos sobre la entrada de uno de los propulsores. Magnetizo los dos pies del exoesqueleto: uno sobre la superficie de la nave, otro sobre el cuerpo del robot, así lo controlaré mejor si se revuelve. Con el único brazo lo hago bajar y le coloco medio cuerpo tras el propulsor.

—¡Ahora, Coraline, ignición!

Acto seguido, cumplida la orden, una gran lengua de fuego se extiende frente a mí y destruye parte del robot y el brazo que me quedaba. Libero los pies y salto hacia un lado del hangar, con toda la potencia del exoesqueleto. Aterrizo sobre el suelo al mismo tiempo que la temperatura del hangar sube de forma peligrosa.

Por fortuna, unas robustas lamas metálicas, que ayudan a disipar los torrente ígneos de los propulsores, se abren en los laterales del hangar, lo que me permite aterrizar detrás de una de ellas. Espero que me proteja del despegue de la lanzadera y no morir achicharrada.

La nave se mueve para salir disparada hacia el exterior, avanza decidida, pero una tremenda explosión interrumpe el ruido que producen los propulsores. En cuanto se disipa el fuego me asomo y quedo tan perpleja

como aterrada. Un hercúlius ha aparecido en la entrada del hangar, tapando con su brazo parte de la salida. La nave ha impactado contra la gran mole metálica durante el despegue y, aunque le ha arrancado la extremidad de cuajo, ha vuelto a caer.

No puedo evitar acercarme más, a pesar del peligro que corro. Aún veo la gran estructura de la lanzadera, dando vueltas de campana por la pista de aterrizaje, en llamas. Otras trescientas cincuenta personas asesinadas, eliminadas de una forma horrenda y absurda.

El gigantesco robot, con un brazo menos, se agacha y asoma la cabeza por la entrada del hangar. Un punto rojo en mitad de lo que debería ser su cara, brilla con intensidad.

—¿Pero qué demonios ocurre? —Coraline grita desesperada—. ¿Cómo ha subido esta cosa hasta aquí?

Se supone que el hercúlius estaba en la parte inferior del cañón, no allí arriba, pero se las ha apañado para subir hasta aquí e impedir el despegue de los colonos supervivientes. Está claro que no piensan dejar que nadie salga del planeta con vida.

—¡Anularemos el aterrizaje del carguero!

El hercúlius se alza y gira su rostro hacia el cielo, frente al hangar. Yo no lo veo, pero el carguero debe estar a punto de llegar a la pista de aterrizaje, ocupada con restos de un transporte en llamas. Así que es de esperar que alce de nuevo el vuelo, se aleje de allí y regrese a la Andrómeda.

Algo tan rojizo, como el ocaso de Cretta, brilla en la cara del colosal robot. Varias partes metálicas se abren, como si fueran los pétalos de una flor, dejando a la vista un potente láser minero que se dispara inmediatamente. El haz de luz atraviesa el cielo y produce un destello a cierta altura. Sé lo que acaba de ocurrir, ni siquiera hace falta que Coraline me lo diga por el comunicador.

—¡Ha destruido el carguero con el láser! ¡Lo ha partido por la mitad!

Corro hacia dentro, porque es posible que los restos de la nave caigan en la zona.

—¡Ábreme la puerta!

Suplico por el comunicador y, dicho y hecho, veo que el pesado portón se levanta de manera tímida y lenta tal como me acerco.

Me giro y veo fragmentos incandescentes llegar hasta el mismísimo hangar. El hercúlius se ha apartado, pero varios improvisados proyectiles entran por el acceso principal. Las explosiones se suceden a mi alrededor

mientras corro y hago que el exoesqueleto se deslice bajo la pesada puerta que lleva al garaje, la cual se cierra tras de mí.

No lo entiendo... Haga lo que haga, el infierno se desata a mi alrededor. ¿Es que acaso no hay nada que pueda hacer para salvarlos?

Al otro lado oigo el desesperante estruendo del metal retorciéndose, pero me dejo abrazar por la oscuridad que me rodea. Estoy tan agotada que no tengo fuerzas para levantar el exoesqueleto o para salir de él. Me quedo tendida, en la absoluta oscuridad, sabiendo que ya no quedan naves con las que abandonar el planeta. Me rindo, ya no hay nada que pueda hacer.

CAPÍTULO XV

COLOSO

Veo el tintineo de la linterna de un exotraje, se acerca hasta mí y me suelta el arnés que aún me tiene sujeta al exoesqueleto en el que estoy montada. Aprietan en un lateral de mi cuello y mi casco se recoge bajo mi nuca.

—Maldita sea, Elika, tenemos que salir de aquí —me dice una voz femenina y apremiante.

—Da igual —le digo, sin fuerzas—. Largaos, aunque tampoco queda ningún sitio al que ir.

—No me jodas, Elika, no puedes rendirte, tú no.

Veo el rostro de Coraline Fellner, que se pone enfrente y me mira con dureza. Le sonrío, pero no le hago mucho caso.

—Esas cosas deben estar entrando por el hangar, y no creo que tarden mucho en encontrarnos y matarnos. ¡Levántate!

—¿Y a dónde vamos a ir? Ya no quedan sitios seguros. En la cúpula residencial no sobreviviremos.

—Por lo pronto nos vamos de esta cúpula y, como dices que a la residencial no podemos ir, pues tendremos que ir a la del SAM.

—¿Ir a la casa del enemigo?

Me incorporo, salgo del exoesqueleto y también enciendo la linterna de mi exotraje.

—Dijiste que el culpable, casi con toda seguridad, era Yjo Turunen.

—Creo que me equivoqué —reconozco—. Turunen estaba a bordo del primer transporte y, aunque cerró la puerta en mis morros, murió con el resto del pasaje. No creo todo esto sea culpa de él, al menos de una manera consciente. Creo más bien que solo era un cobarde que no supo gestionar una situación que escapaba a su control.

—Pues no nos queda otra que ir a la cúpula del SAM, es a donde fue mi hermano, Hans. Vamos en su busca.

—Ya debería haber desconectado el servidor —le comento al ver el vaso

medio vacío.

—Si ha fracasado y no hay nada que podamos hacer para parar a los robots, desde allí nos vamos a la cuarta cúpula.

—Allí está el soporte vital —comento al entender su lógica.

—El soporte vital, el generador y los laboratorios hidropónicos —amplía ella—. Si conseguimos aislarnos allí dentro, podríamos sobrevivir durante un año, como mínimo. Lo único que me preocupa es que ese maldito hercúlius decida destruirlo todo, usando la fuerza bruta, con su láser minero.

—No lo hará —adelanto—. Si nadie los controla, si en realidad actúan movidos por la lógica, no se atreverán a intentarlo. No se arriesgarán a destruir el generador que también es su fuente de alimentación.

Me encuentro mejor, siento que una pequeña luz de esperanza me invade y me alegra que Coraline esté conmigo. Creo que no soportaría volver a quedarme sola en una situación como esta. Le cojo la mano y me levanto del todo. Luego subimos por las escalerillas y salimos del garaje, dirección a la cápsula que nos llevará a la siguiente cúpula. Nos damos prisa, puesto que no queremos que un robot que se haya colado en el hangar nos pueda atrapar.

Allí arriba, a través de una cristalera, veo el interior del hangar. Hay restos en llamas de la nave de carga que se ha estrellado contra el lateral de la cúpula. Es un desastre y, tal como ha predicho Coraline, veo varias unidades mineras deslizándose entre el metal y las llamas. El tiempo corre en nuestra contra y nos ponemos en camino.

—¿No había más gente contigo, en el control del hangar? —le pregunto al ver que estamos solas.

—Sí, pero he dejado que se adelanten. Son un grupo muy pequeño.

—Me alegra que hayas venido a por mí, aunque haya sido una estupidez.

—No digas eso, al menos has intentado salvar el segundo transporte. A todo esto, ¿dónde aprendiste a manejar así un exoesqueleto?

—Mi vida no siempre ha sido tranquila y un camino de rosas —le aclaro—. No es la primera vez que estoy en peligro de muerte. Pero lo del exoesqueleto, bueno, eso es una larga historia que mejor te cuento en otro momento.

Vamos al trote, ligeras, y ella se gira un momento para mirarme. Supongo que le he sorprendido, aunque todos mis esfuerzos no hayan servido de nada. Todo ha sido en vano. Por mi parte, admiro su entereza; me parece increíble, no tanto que esté luchando por sobrevivir, sino que se interese por mi pasado, infundirme ánimos e incluso que se haya preocupado por rescatarme.

Llegamos al acceso de la cápsula que nos llevará hasta la cúpula del SAM, pero no está en nuestro lado. Comprobamos el panel de control y vemos que, los que nos preceden, acaban de llegar a destino.

Pulsamos el botón de llamada, pero no ocurre nada. Volvemos a pulsar y tampoco. Nos extraña y Coraline comprueba de nuevo el panel.

—¡Mierda! ¡Han inutilizado la cápsula! ¡Han bloqueado el cierre!

—¿Quién? —pregunto a pesar de imaginar la respuesta.

—Si acaban de llegar al otro lado, ha tenido que ser el grupo que quedaba con vida.

—¿Acaso no eran conscientes que te habías quedado atrás?

—Les habrá podido el miedo —los exculpa—. Y habrán preferido anular la cápsula, para que nadie pueda perseguirlos.

Nuestras opciones se agotan y solo nos queda una cosa que podamos hacer.

—Tendremos que ir a pie —no puedo evitar decirlo a pesar de que es obvio.

—Está cerca, tranquila, lo conseguiremos.

Abrimos el acceso peatonal y bajamos hasta un pasillo que transcurre por debajo del tubo en el que viaja la cápsula. Allí hace mucho frío y, aunque el nivel de oxígeno es correcto, Coraline me recomienda que cierre el casco del exotraje.

Nos ponemos de nuevo al trote, a pesar de nuestro cansancio. El interior del túnel está iluminado a la perfección, por lo que podemos avanzar a buen ritmo. Solo hecho en falta alguna abertura que nos permita ver el exterior. Hubiera preferido ver la superficie del planeta mientras avanzo, más que nada para asegurarme que las unidades mineras no nos están siguiendo por fuera.

Pronto vemos el final de nuestro camino, cerca, muy cerca. Saboreamos nuestra victoria temporal y, por desgracia, pasajera. Puesto que enseguida todo se tuerce, tan deprisa como suele ocurrir en este maldito planeta. Una vibración y un molesto zumbido es la única señal que percibo, justo antes de que el infierno se desate de nuevo a mi alrededor. Quizá eso me hace frenar un momento y me quedo algo retrasada en relación a Coraline.

El techo del túnel se hunde de repente frente a nosotras y aparece una gran masa metálica que avanza de arriba hacia abajo. Sigue su camino y desaparece, llevándose consigo el suelo. El metal se retuerce y el pasadizo, partido por la mitad, se inclina hacia abajo. Se forma un terrorífico tobogán que nos arrastra hacia las profundidades.

Caemos sin remedio. Rodamos y nos precipitamos al vacío, mientras nuestras manos se mueven desesperadas en busca de un asidero que no encontramos. Yo logro agarrarme un momento al acabarse la rampa, lo que ralentiza mi caída, pero la inercia y la pesada gravedad de Cretta hacen que me suelte. El suelo rojizo del planeta me recibe con dureza.

No quedo muy aturdida. Me pregunto si tengo algo roto, me duele el costado y noto las piernas doloridas. Eso es bueno, dadas las circunstancias, ya que si las tuviera rotas el dolor sería más que patente. Por otra parte, si no las notara o no respondieran, podría tener una lesión medular.

Hay mucho polvo a mi alrededor y miro para localizar a mi compañera. La veo, con el exotraje azul, tumbada unos metros más allá; creo que tiene las piernas rotas. Levanta su mano desesperada, pide una ayuda que no va a llegar a tiempo. Algo grande y metálico, de color gris con franjas amarillas, desciende desde arriba y la aplasta. La mata en el acto.

Sé lo que es, lo mismo que ha destruido el túnel, una extremidad del hercúlius. Nos ha seguido y allí está, a mi lado, alzándose como una gigantesca mole asesina; una fuerza destructora imparable. Solo tiene que arrastrar el brazo hacia mí o pasarme por encima con una de las grandes orugas que tiene como medio de locomoción. Ya me ha demostrado su velocidad cuando me perseguía por el cañón.

Pruebo a levantarme y veo que mi cuerpo responde, la adrenalina se apodera de mí otra vez. Corro a trompicones, pero hacia mi enemigo y su brazo, que aún yace sobre el suelo. Me extraña que aún no me haya atacado. Me pregunto qué tipo de sensores tiene y si todo el rojizo polvo que se ha levantado ha servido para ocultarme. Me cojo al brazo justo a tiempo y noto el tirón al levantarse con velocidad y fuerza hacia los cielos. La aceleración es brutal y tengo que usar todas mis fuerzas para no salir despedida.

Lo levanta por encima de su cabeza para preparar otro ataque, pero no tiene claro cual va a ser su próximo objetivo, así que se detiene unos instantes. No me atrevo a mirar abajo, hay más de veinte metros hasta el suelo, no quiero que el vértigo se apodere de mí y me impida hacer lo que pretendo. Es una locura, pero si voy a morir, quiero hacer el mayor daño posible. Aprovecho su indecisión para incorporarme y activo las suelas magnéticas del exotraje, que me ayudan a mantener el equilibrio. Luego cojo carrerilla y salto, de modo suicida, en lo que es la maniobra más absurda que

nunca haya realizado.

No sé qué distancia hay hasta la cabeza del hercúlius o si la gravedad del planeta me va a jugar una mala pasada y me ha hecho calcular mal, pero me da igual; he saltado con las escasas fuerzas que me quedan. Choco contra el duro metal y me alegro por ello, pero reboto y ruedo hacia abajo. Si caigo desde allí, me puedo dar por muerta.

Con las botas activadas intento buscar un punto de apoyo, pero todo da vueltas a mi alrededor. Estoy aturdida y braceo desesperada al mismo tiempo que toco el liso metal. Vuelvo a notar un golpe en la espalda, doy una voltereta de manera inconsciente y noto que piso con ambas suelas al mismo tiempo. ¡Ahora sí! Me freno en seco y mi cuerpo se inclina hacia atrás mientras el magnetismo de las botas me ancla a la superficie. Hago fuerza con todo los músculos e intento ir hacia delante. El hercúlius no se mueve, ni siquiera se ha dado cuenta todavía de mi presencia.

Cuando recupero el equilibrio, me doy cuenta de que estoy justo en la parte de atrás de la cabeza, en la zona que podría considerarse la nuca. Veo una trampilla sellada frente a mí y sonrío, al fin un golpe de suerte. Recuerdo haber leído algo sobre ello en los informes que me facilitaron.

Camino hacia delante al mismo tiempo que desenfundo la cortadora de plasma que aún llevo conmigo, la enciendo y el fulgor azul del extremo me indica que funciona a la perfección. Empiezo a cortar a placer y compruebo lo rápido que avanzo rebanando los cierres de la trampilla.

Antes de lo esperado la placa cae y la aparto. Un panel de control está frente a mí, repleto de luces y botones. Noto otro tirón. El hercúlius se pone en movimiento, de modo que debo sujetarme para no perder el equilibrio. Justo delante veo la cúpula de control del SAM, que apenas se alza por encima del gigantesco robot. En su parte superior se eleva una antena en forma de torre.

Menudo golpe de suerte, esa debe ser la antena desde la que el servidor emite al resto de robots. Si la desactivara, inutilizara o destruyera, podría acabar con toda aquella pesadilla de un solo golpe. Miro de nuevo el panel y sé que no voy a entender nada, así que le meto la cortadora de plasma y lo frío todo.

Todo va mejor de lo esperado y el hercúlius se frena en seco para acto seguido inclinarse, como si perdiera el tono muscular. Su parte superior se va hacia la cúpula y aprovecho para correr, hacia un lado primero, y hacia delante después. El robot choca contra el resistente metal del edificio,

también recubierto de cerámica, y salto para salir disparada al frente.

Aterrizo en la dura superficie de la cúpula, aunque pronto empiezo a rodar hacia abajo. Esta vez me he preparado mejor y anclo enseguida la suela de modo que apenas descendo.

Miro arriba y veo la antena, unos metros más adelante. Ha llegado la hora de acabar con todo. La mole robótica descansa tras de mí, anulada, mientras me alejo de ella, contra todo pronóstico, todavía viva.

CAPÍTULO XVI

ANTENA

Me muevo despacio, dolorida, cansada, exhausta. Me falta la respiración dentro del exotraje, aunque los niveles de oxígeno están bien. Quiero que la pesadilla se acabe, pero no puedo aflojar, no tan cerca de la victoria. Si es que se le puede llamar así a sobrevivir después de que casi toda la colonia haya sido aniquilada.

Es curioso como mi mente es capaz de reaccionar a pesar de las adversidades, ofreciéndome una visión esperanzadora, aunque sé que la muerte de toda la población es una tragedia enorme. Veo la posibilidad de desconectar a los robots y me imagino que es mi particular final feliz en una pesadilla inimaginable.

Asciendo por la parte superior de la cúpula y ya llego a mi destino, el pináculo de diez metros de altura por dos de diámetro que hace la función de antena, pero me detengo en seco al ver lo que se asoma por detrás de él. Es un robot, uno que no había visto hasta ahora.

Es similar a los de mantenimiento que he visto matar a tantos colonos en la cúpula residencial, pero ligeramente más grande, del tamaño de un humano de complexión grande y fuerte. Parece mucho más robusto y se mueve con soltura, como si no tuviera articulaciones y toda su superficie sintética fuera flexible.

Su amenazante visor rojo parpadea y me mira, luego se mueve rodeando la antena, no tan rápido como esperaba. Me está evaluando, se fija en la cortadora de plasma que llevo en las manos. Me pregunto si me reconoce, si es consciente de todo lo que he hecho desde que ha empezado la pesadilla, si sabe a los robots que he inutilizado, si ha visto lo que acabo de hacerle al hercúlius.

—¡Tienes que salir de ahí!

Una reconocible voz invade mi sistema de comunicaciones. Levanto la cortadora de plasma de manera amenazadora y me muevo hacia un lado.

—¡Hans! ¿Dónde...?

—He realizado una conexión directa con tu traje. ¡Espera!

—¿Que espere a qué? ¡Voy a desconectar la antena!

—¡No, no lo hagas!

Sigo moviéndome a un lado y el robot hace lo mismo al contrario, mantiene la distancia. Me encanta saber que me considera peligrosa.

—Si la desconecto se acabó, el SAM dejará de controlar a las unidades.

—No, eso no ocurrirá, no servirá. Emiten de otro modo, no usan la antena, lo he comprobado.

—¿Qué?

Me he echado la mano a un lado de manera inconsciente, como si pudiera tocarme el oído a través del casco, como si no hubiera escuchado bien. Un estúpido gesto, puesto que el robot lo ha interpretado como un despiste y decide atacar.

Se desplaza rápido a por mí y levanto la cortadora para atacarle cuerpo a cuerpo en cuanto me alcance. Pero, de repente, oigo un martilleo automático y el robot se frena. Algunos impactos de bala le dan de lleno en el torso, pero se mueve rápido en zigzag para no ser un objetivo fácil. Por un lado, aparece Hans, disparando su fusil de manera precisa.

Me sorprende su puntería, igual que cuando disparaba desde el todoterreno dentro del cañón, o en el interior de la cúpula residencial. Aunque la gravedad de Cretta no era mucho mayor a la terrana, afectaba a los pequeños proyectiles, que perdían velocidad antes que en circunstancias normales. Un tirador experto debía disparar ligeramente por encima, a partir de cierta distancia, si quería obtener los mismos resultados que con una gravedad ordinaria.

Me pongo a correr hacia él, al mismo tiempo que cambia de arma, a una más pequeña, y dispara un proyectil explosivo. No es muy potente y cae antes de hora. Estalla frente al robot, que sale disparado hacia atrás y se desliza cúpula abajo. La onda expansiva hace que me caiga y me da miedo que algún fragmento de metralla me haya alcanzado, agujereándome el exotraje.

Él corre a mi encuentro y me ayuda a levantarme. Consulto el panel de información del antebrazo y veo que no se detectan fisuras.

—Lo siento, he disparado muy cerca.

Se gira al ver que el robot asciende de nuevo hacia nuestra posición. Va a por él y vuelve a disparar una ráfaga con el fusil, que lo hace detenerse, y después repite la maniobra del cambio de arma. Dispara otro proyectil explosivo, pero el robot salta hacia atrás y evita ser destruido a costa de

perderse por la pronunciada pendiente.

—¡Vámonos! —le digo—. ¡Olvídate de él!

—¡Sí! ¡Ahí atrás está la trampilla!

Corro y la veo, abierta, esperando nuestra llegada. Entro primera y desciendo por unas escaleras de mano. Hans me sigue y la cierra, para luego bloquearla desde dentro. Sigo bajando hasta llegar a otra trampilla abierta; y me deslizo por una última escalerilla que baja pegada a una pared. Desciendo cuatro metros de altura y llego a un lugar en el que ya he estado con anterioridad.

Es la sala donde se aloja el servidor del SAM, pero veo que algo es diferente a la otra vez que estuve. Las luces azules que le conferían a los servidores el aspecto de una ciudad futurista están apagadas. Observo daños físicos en las torretas de ordenador, disparos e incluso alguna explosión de pequeñas dimensiones.

Hans salta, cae detrás de mí y me coloca una mano en el hombro para hacerme reaccionar. Los cascos del exotraje de ambos se abren.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunto.

—Lo he intentado y esas cosas siguen funcionando, a pesar de todo. He acabado con el servidor y no ha servido de nada. Han muerto todos, solo quedo yo, para nada.

—A mí me has salvado.

Le sonrío, a pesar de todas las desgraciadas circunstancias, de las interminables penurias.

—¿Seguro que lo de la antena no habría funcionado? —vuelvo a preguntarle.

—Necesito la antena —me confiesa y, antes de que pueda volver a preguntar, me azuza—. ¡Muévete, esta zona no es segura, a la sala de control!

CAPÍTULO XVII

CONTROL

La cojera me retrasa, me duelen la cadera izquierda y el costado derecho, aunque noto una molestia generalizada en todo el cuerpo. Ya no sé si es debido a lesiones internas o por el cansancio acumulado. Tengo la garganta seca y el estómago me ruge. Me percató de que no he comido nada desde por la mañana.

Salimos de la sala del servidor y nos encaminamos a la de control. Hans va delante de mí, con el fusil de asalto preparado, listo por si aparece algún robot asesino. Pronto nos acercamos a la puerta sin que haya ninguna nueva sorpresa ni sobresalto. Casi no me lo creo. Él coloca un dedo en el lector genético y la puerta se abre con un silbido. No hace comprobaciones al entrar, solo cierra la puerta y me ayuda a sentarme en una silla.

—Cuando has llegado a la parte superior de la cúpula, te he visto desde aquí. Así que he ido en tu busca. Estaremos a salvo, los robots no han conseguido en ningún momento entrar aquí dentro.

Me derrumbo en mi asiento, al mismo tiempo que él me quita la cortadora de plasma para que esté más cómoda y la deja sobre una mesa. Luego se acerca a un gran panel de control y se inclina sobre él. Bebo un poco de agua de un botellín que saco de la pequeña mochila que llevo, me cuesta hablar.

—Tu hermana... —le digo sin saber muy bien cómo empezar.

—Me lo imagino, pero ya no importa —dice con gran pesar en su voz, a punto de romperse.

Me abro el exotraje por la parte delantera, siento que necesito respirar y quitarme esa segunda piel con la que llevo tantas horas. Al mirar a un lado veo un cadáver tapado con una manta térmica, de la que asoman los pies. Tal es mi agotamiento, que mi mente apenas procesa la información.

—Andrómeda, aquí Cretta, ¿me reciben? —Hans está sobre la consola principal y ha recuperado la compostura, serio y frío, como si nada hubiera ocurrido.

—Le recibimos a la perfección. —En una pantalla aparece el rostro del que doy por hecho que es el piloto de la nave que orbita el planeta—. Estamos en posición. T menos quince minutos para activar protocolo. Necesito los códigos de confirmación.

Hans aprieta unos cuantos comandos, introduce su huella genética en el sistema y un holograma, que representan una serie de letras y números, aparece frente a él.

—H 45 A 60 C 85 —repite Hans en voz alta.

—Código confirmado, en quince minutos se activa Protocolo Ifaestio. ¿Quiere mandar algún mensaje?

—Sí, inicie grabación. —Carraspea para aclarar la voz.

—Grabación iniciada, cuando quiera.

—Al habla Hans Fellner, jefe de seguridad de la colonia de Industrias Hoppeneng en Cretta. El SAM ha resultado ser un sistema no seguro. Una célula terrorista de Adoradores de las Estrellas ha conseguido piratearlo y lo ha usado para cometer un exterminio en la colonia. Es por ello que hemos tomado una difícil pero necesaria decisión, resultado de la cual ya tendrán conocimiento en estos momentos. No deben volver a usar un sistema autónomo como el SAM o la próxima vez que alguien infrinja sus protocolos de acceso, se darán cuenta demasiado tarde. Cambio y corto.

—Ha sido un placer, jefe Fellner. Transmitiremos su mensaje. Su sacrificio será recordado. Corto y fuera.

Me quedo anonadada, me cuesta mucho reaccionar. ¿Adoradores de Estrellas? ¿Protocolo Ifaestio? Me duele la cabeza y me da la sensación que estoy dentro de una pesadilla interminable. Proceso tan lento toda esa información que me entran ganas de golpearme a mí misma.

Me inclino a un lado y alcanzo un extremo de la manta térmica que cubre el cadáver, para tirar hacia mí. Descubro al fallecido y, con él, una aterradora verdad. ¿Cómo podía ser que estuviera muerto alguien en la sala de control si los robots no habían conseguido acceder a ella?

Es uno de los controladores que vi el día anterior, con una herida de bala que le atraviesa de lado a lado de la cabeza; entrada por la sien y salida justo debajo de la oreja. Miro a otro lado y por fin veo una mancha de sangre cerca de los paneles de control que parece que han intentado fregar sin mucho éxito.

Hans se gira y me mira con hastío. Su arrebatadora sonrisa ha desaparecido por completo, sustituida por un gesto grave y severo.

—¿Qué está pasando? ¿Quién le ha matado? —Mis preguntas se agolpan de repente en mis labios, tarde—. ¿Qué has dicho de los Adoradores de Estrellas? ¿Qué es el Protocolo Ifaestio? ¿Qué estás haciendo?

—Querrás decir, qué acabo de hacer —responde de manera simple y llana; luego se gira a una pantalla—. Mira, justo a tiempo, esos putos seres han inutilizado la antena.

Tal como dice, se ve en unas imágenes que un robot, idéntico al que se habían enfrentado en la parte superior de la cúpula, ha abierto un panel y saboteado el interior.

—¿Por qué, por qué?

—Esos seres son listos, pero van tarde. El robot con el que te has cruzado no quería proteger la antena, sino destruirla. Se creía que iba a pedir ayuda a la Andrómeda. Si hubieran sabido lo que planeaba, la habrían inutilizado mucho antes.

—¿Qué es el Protocolo Ifaestio?

—La Andrómeda bombardeará la colonia desde la órbita en menos de quince minutos. Ya no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Solo mis códigos podrían detener el proceso.

Me remuevo en la silla y él desenfunda rápido su pistola; me apunta al pecho a poca distancia. Su fusil de asalto descansa a un lado, al igual que la cortadora de plasma, que ha apartado antes de mí de manera inteligente y sin que me percatara de la maniobra.

Mi mente busca una salida rápida y recuerdo que se supone que hay un pasillo de servicio que une la sala de control con la sala de servidores. Pronto veo el panel bien cerrado.

—¿Pero por qué? ¡No puedes hacer esto! ¡Podrían quedar más supervivientes como nosotros por la colonia!

—Da igual, si quedan, están muertos. Al igual que nosotros. Nuestros esfuerzos no han servido de nada, no tiene sentido alargar esta agonía.

Sé que la Andrómeda no es una nave con potencia de fuego. Pero también sé que está equipada con precisas bombas orbitales, pensadas para el modelado del terreno; proyectiles capaces de hacer desaparecer una elevación montañosa o crear un enorme boquete. Y aunque no estén pensadas para la guerra, pueden ser usadas para borrar del mapa y con efectividad toda la colonia.

—Pero no puedes destruirlo todo, la República tiene que tener conocimiento de lo sucedido en verdad. Recuperarán el control de la colonia

y descubrirán el motivo por el cual ha sucedido todo esto.

—¿La verdad? —pregunta él alzando la voz—. La verdad está clara, el SAM ha tomado vida propia o quizá los robots. Da igual. ¿Qué importa eso? Fallasteis todos al asegurar que no podía convertirse en una inteligencia artificial. ¡Ingenieros inútiles! No solo lo ha hecho, sino que ha acabado con la vida de mil personas en apenas unas horas.

Mis ojos se empapan en lágrimas al entender su mirada acusadora y recuerdo aquella conversación a la que hace referencia, en la que le dije que ni el SAM ni las inteligencias virtuales que lo componían podían convertirse en una IA.

—Tenemos que investigarlo, si lo destruyes todo nunca sabremos la verdad. ¿Cómo puedes culparme a mí de algo que han fabricado otros?

Entonces, justo cuando digo las palabras, me doy cuenta del motivo por el cual quiere que las bombas borren la colonia del mapa, que eliminen todas las pruebas y cualquier rastro. El motivo por el cual les ha hablado de terroristas cuando él mismo no se cree su propia mentira, cuando él me habla de inteligencia sintética.

—Quieres proteger a tu padre, Gustav Fellner, el ideólogo del sistema.

—Mis padres aún están vivos —se encoge de hombros ante la obviedad—. Si se supiera que su diseño ha tomado vida propia, su vida se convertiría en un infierno. Responsabilidades penales, civiles... Creo que mis padres no lo superarían nunca. Lo que les he dicho será suficiente como para que no vuelvan a usar un sistema similar, dado el peligro que supone, pero no es necesario que mi familia pague los platos rotos. Creerán que el problema ha sido la seguridad del sistema, algo que mi padre no diseñó. Incluso podrán culparnos a todo el personal vital de la colonia, pero él se mantendrá al margen de la vorágine que se desatará.

El motivo es familiar y está convencido, así que enseguida me doy cuenta de que no le voy a poder hacer cambiar de opinión. Si pudiera tan solo despistarle para tomar el control de la situación...

—Creí que habías querido salvarme, pero solo subiste para impedir que destruyeran la antena, para poder contactar con la Andrómeda y activar el protocolo.

—Al decir a la Andrómeda que quería activar el protocolo, han tenido que modificar su órbita, lo que me ha hecho perder el contacto con ellos durante un buen rato. No podía permitir que ni los robots, ni tú, inutilizaseis la antena antes de facilitarles los códigos. Por desgracia, tuve que deshacerme

del controlador. —Señala el cadáver de la manta térmica.

Ha bajado el arma de nuevo, más relajado. El reloj corre y se prepara mentalmente para morir, igual que yo, dado que sé que mis posibilidades son casi nulas.

—Sé que solo estás intentando ganar tiempo, pero no lo tienes —dice de repente, para luego darse la vuelta—. Nunca te dejaré generar los códigos para salvar Cretta.

Alza el arma y dispara varias veces al panel de control. Del fondo de mi garganta nace un no gigantesco y mi cuerpo se lanza como un resorte. Pero él es rápido y hábil, y yo estoy demasiado agotada. No tengo ninguna oportunidad contra él.

Intento golpearlo por detrás y hacerle una presa al brazo armado, pero se revuelve y me da un cabezazo en toda la cara. El golpe me aturde y me hace caer hacia un lado. Aprovecho la ocasión, a pesar de las circunstancias, y mis manos tantean en busca del cortador de plasma, un arma que resultaría mortífera en tan corta distancia. Él adivina mis intenciones y, sin ningún atisbo de duda, me dispara justo cuando me incorporo. Una única detonación, de frente, directa a mi abdomen. Noto el impacto, un golpe seco, pero durante los primeros segundos no soy consciente de la gravedad.

Nos quedamos mirando durante unos instantes, me cuesta asimilar lo que acaba de ocurrir. Su mirada es fría, su rostro impertérrito. Ahora sé que su eterna sonrisa no era más que la máscara de un hombre que quería aparentar ser como el resto. Me miro la herida y la veo sangrar, sé que pronto el dolor se hará insufrible.

Hago acopio de fuerzas y me incorporo. Mi camino me lleva hasta el panel de acceso que hay en la pared, el que lleva hacia la sala de servidores. Mis manos buscan con desespero los anclajes y los abren.

—Increíble —comenta él.

Me coge del hombro y me estira con fuerza, no puedo ofrecer ninguna resistencia. Me dejo caer hacia atrás y choco contra una pared, bajo la que resbalo derrumbada. Me quedo sentada en el suelo con la espalda apoyada. Mi mano derecha se ha ido contra la herida, presiono con desespero al sentir la tibia sangre resbalar entre mis dedos. Muevo instintivamente la otra hacia atrás y saco una inyección de nanogel, la última. Me la inyecto en la herida, no sin soltar un gemido de dolor.

—¿En serio? —pregunta él—. Vamos a morir en apenas unos minutos y te preocupa el nanogel.

—¡Eres un jodido monstruo! —le espeto entre lágrimas.

—Debería ser compasivo y hacer que fuera rápido, ¿no crees? Por un instante he creído que tú y yo compartimos anoche algo especial. Es hasta poético que nuestros últimos instantes sean juntos. Pero has tenido que estropearlo con toda esta reacción innecesaria.

—¡Me has disparado!

—¿Y crees que eso me importa lo más mínimo después de ordenar el bombardeo? Ya está, no puedes evitarlo, ¿lo ves? —señala el panel al que ha disparado—. Los robots han inutilizado la antena, ¿recuerdas? ¡Se acabó! —exclama exaltado, presa de la adrenalina y puede que de la locura—. Ellos mismos han sellado su destino. Han tenido varias oportunidades para matarme, pero las han desaprovechado. Quizá, como especie, sean demasiado novatos. Así que merecen desaparecer, igual que nosotros, por estúpidos. ¡Por confiar en darle el poder y el control a un puto ordenador!

Algo se mueve justo detrás de Hans, bajo un silencio perturbador, mientras éste suelta su estúpido monólogo. La pequeña puerta que da al pasillo de mantenimiento se abre un poco, dos apéndices se deslizan. Veo que se trata de un robot muy similar a los que nos atacaban en la cúpula residencial, incluso más pequeño y oscuro.

Permanezco callada mientras mi amante levanta de nuevo su pistola y me apunta a la cabeza, dispuesto a cumplir su amenaza de ser más compasivo.

—Lo siento, Erika, ojalá todo hubiera sido diferente. Creo que tú y yo...

El robot se mueve tan rápido que apenas percibo sus movimientos.

Veo a Hans de frente, me observa con la mirada desencajada. Un apéndice metálico, de color oscuro, le atraviesa el torso desde la espalda hacia mí. Restos de su sangre me salpican la cara y, aunque estoy horrorizada, no puedo evitar sentir alivio.

A pesar del dolor, me muevo rápido y paso por su lado al mismo tiempo que cojo el fusil de asalto que hay apoyado sobre los mandos, con una mano, y la cortadora de plasma con la otra. Sé que me intentará golpear con el otro brazo y, aunque voy por el mismo lado del brazo que ha usado, su cintura se gira de manera antinatural para golpearme con el otro, tal es su flexibilidad. Lo bloqueo a tiempo con el fusil y noto como éste se parte por la mitad entre mis manos.

Tal como atravieso la puerta que lleva al pasillo de mantenimiento, cierro el panel de acceso y enciendo la cortadora de plasma. De manera hábil y rápida, fundo una parte del cierre y así evito que pueda volver a abrirse con

facilidad. Oigo al otro lado al robot, que ha intentado perseguirme, rascar la superficie metálica. Sueldo un par de trozos más y pronto dejo de oír el ruido; se rinde rápido.

Pero otro sonido a mis espaldas me indica que no estoy sola, ni a salvo. Unos servos, el sonido de unas extremidades metálicas moviéndose por el pasillo. Estoy atrapada...

CAPÍTULO XVIII

CONTACTO

Acabo de sellar el acceso a la sala de control, desde el pasillo de mantenimiento que lleva a la sala de servidores. Es un lugar estrecho y lleno de cables y tubos, y en el que hace más frío que en el resto de las zonas habitables. Tengo la cortadora de plasma entre mis manos, pero no me siento segura, el miedo me atenaza.

Tras de mí oigo que algo se mueve; por el sonido sé que es otro robot. Me giro rápido con la cortadora al frente, dispuesta a rebanar todo lo que se me ponga por delante. A pesar de la herida de bala en el abdomen, que me ha condenado a morir más pronto que tarde, a pesar que en unos minutos toda la colonia será borrada del mapa por bombas desde la órbita, no voy a rendirme.

Tal como acabo la maniobra, veo al sofisticado robot que me ha recibido minutos antes, sobre la cúpula, el mismo que quería destruir la antena antes que yo. Apenas cabe en el pasillo, puesto que es más grande que yo, pienso que allí dentro es un objetivo fácil. Lástima que yo también.

Me acerco con la cortadora encendida, pero no llego a alcanzarle. Se mueve rápido y usa sus brazos como si fueran látigos. Uno de ellos chasquea contra la pared y luego golpea la cortadora por un lateral, arrebatándomela de las manos. Con la otra extremidad la sujeta y la aparta, hacia atrás. Luego, con suma facilidad, la destruye.

Retrocedo y me pego al acceso del pasillo, el que he sellado. No hay nada que pueda hacer ya, aparte de aceptar y esperar mi muerte. Le he arrebatado muchos minutos al destino, desde que empezara toda aquella pesadilla, en el interior del cañón.

Cierro los ojos, porque no quiero ver mi propio final. Lo oigo acercarse y se detiene justo delante, puesto que no noto que me golpee o me hiera. Noto unos filamentos tentaculares que me tocan el rostro. Se pasean por mi mentón primero y luego el pómulos. Después recorren el contorno de mi cara y se enroscan alrededor de mi cuello. Tiran de mí con fuerza.

Jamás en toda mi vida he sentido un miedo como en este preciso instante,

pero abro los ojos al no entender lo que sucede. El robot se mueve por el estrecho pasillo, arrastrándome, llevándome con él. Los tentáculos con los que me sujeta tienen un color azulado y parecen de material sintético, pero se mueven con extrema flexibilidad. Surgen del extremo de sus extremidades.

Tengo claro que no han sido diseñados por ningún humano. Y entonces recuerdo la capacidad del SAM para crear nuevas herramientas y unidades mineras. Así que el robot que me lleva ha sido fabricado en algún momento para adaptarlo a las nuevas necesidades de los seres sintéticos. Una creación nueva, evolucionada, de los modelos ya existentes. Y la pregunta que se surge ahora es: ¿cuándo? ¿Cuándo lo han fabricado, antes o después del incidente?

Llegamos a la sala de servidores y el robot se acerca a las inutilizadas torretas, donde se detiene. Yo me giro porque quiero ver qué hace, pero no se inmota, aunque tampoco me suelta. Sus tentáculos, aunque molestos, no me hacen daño, y eso se me antoja extraño y confuso. Se me lleva a alguna parte, pero ¿a dónde y por qué?

La estructura informática comienza a elevarse sobre el suelo, dejando al descubierto un amplio hueco que está iluminado en su interior. Empiezo a entenderlo, pero siento que me faltan más datos para cuadrar todas las piezas de aquel extraño rompecabezas. Cientos de finos cables y delgados tubos descienden por el hueco, y supongo que es el lugar por donde viajan todos los datos informáticos que deberían conectar los servidores con la factoría del SAM, que se encuentra bajo nuestros pies.

He pensado en deberían, sí, porque tengo claro que los inutilizados servidores que tengo frente a mí no sirven para nada, o al menos no son los que alojan al SAM.

El robot me arrastra hacia el hueco con él y se mete dentro. Yo me dejo llevar, no tiene sentido resistirse y sé que, aunque muera, al menos resolveré el misterio. Será lo último que haga, aunque no tenga manera de informar a nadie de mis pesquisas.

No caemos por el hueco vertical, sino que descendemos por él como si la gravedad rompiera sus reglas allí abajo. Los tentáculos del robot me han sujetado mejor, por debajo de los hombros y por la cintura, y aunque noto la gravedad, él baja a velocidad reducida. Doy por hecho que en las paredes hay algún sistema electromagnético que le permite descender de esta forma.

No puedo contar los metros que bajamos, no tengo ninguna referencia en aquel estrecho túnel vertical. Pero intuyo que, si estamos aún dentro de la

estructura con forma de bala que conforma el edificio, debe ser en su nivel inferior.

Al llegar al final, se desvela el misterio, puesto que una nueva sala de servidores se muestra ante mí, más grande que la anterior. Varios pequeños robots se mueven por el lugar, realizando reparaciones o instalando nuevas torretas informáticas, que brillan con un hipnótico fulgor azul.

Aquello no ha sido construido en un día, sino que hace tiempo que ha tenido que ser preparado y puesto en marcha. Por eso no sirvió que Yjo Turunen desconectara el servidor, o que Hans Fellner lo inutilizara físicamente. Solo era un señuelo, igual que todo lo que se veía por las pantallas de la sala de control. El SAM lleva tiempo operando por su cuenta, a espaldas de los colonos, consciente de que debe permanecer oculto.

Y entonces, mientras intento unir las piezas finales del puzle, las bombas de la Andrómeda caen sobre la colonia humana en Cretta. Todo tiembla y cruje. Ni siquiera sé si los robots son conscientes de lo que se avecina o si confían que la profundidad a la que estamos vaya a servir para algo.

Calculo que cada cúpula recibirá una bomba en su mismo centro si los pilotos de la Andrómeda son buenos en su trabajo. Estoy convencida de que el edificio del hangar será totalmente destruido al instante, sin dejar rastro. La duda que me queda es si del resto de edificios, dado que están incrustados en el terreno, quedará algo.

Todo se mueve a mi alrededor, pero veo que los servidores resisten el embiste, que los robots han asegurado bien los cimientos. Han hecho una sala de servidores más resistente, duradera y a prueba, literalmente, de ataques orbitales. Estoy en un búnker cuya función ahora se hace evidente. La estructura en la que nos hayamos se desplaza, como si toda la tierra a nuestro alrededor se hubiera resquebrajado y el edificio se hubiera movido. El suelo se inclina y siento que me voy a caer rodando a un lado, pero eso no ocurre.

Mientras dura todo, el robot no me suelta, evita que me caiga. Incluso veo que su cabeza gira hacia mí y me mira con su espeluznante visor rojo, como si vigilara mi estado. ¿Quiere evitar que intente huir o quiere asegurarse de que no salgo más herida de lo que ya estoy? ¿Por qué a mí no me mata?

Pasados un par de minutos todo termina, los temblores, el movimiento y el desquiciante sonido de todo derrumbándose a nuestro alrededor. No me lo puedo creer, pero estoy viva y el servidor de los robots está intacto. Enseguida, el ritmo de las unidades de mantenimiento que había por allí se vuelve frenético, conscientes que deben reparar cualquier daño.

Tratan de sobrevivir a toda costa, lo veo claro, y todo encaja a la perfección en mi mente, consciente de que ya tengo todas las respuestas que anhelaba. Todo tiene sentido. En realidad, siempre lo tuvo, pero era incapaz de verlo, al igual que los otros habitantes de la colonia. Una respuesta sencilla a una pregunta que no hacíamos correctamente: una nueva especie tratando de sobrevivir.

Son sintéticos, pero las normas de la naturaleza funcionan para ellos de la misma forma que con la vida orgánica. Quieren ser, existir y perdurar.

El robot comienza a caminar de nuevo y sus tentáculos me arrastran entre las torretas. Me acerca hasta la que más brilla de todas, situada en el centro de aquella ciudad digital. Ahora sí que intento liberarme, pero me tiene agarrada con fuerza y la herida de bala del abdomen me resulta molesta y dolorosa.

Uno de los apéndices se desliza por mi cuello, asciende, se bifurca y se asienta en mis sienes. Los tentáculos se dividen cada vez más y me sujetan cada vez más y mejor, hasta que me doy cuenta que no puedo moverme por mucho que lo intente.

Grito con todas mis fuerzas, pero creo que no les importa, ni les molesta. Los apéndices que tengo en la cabeza se multiplican a medida que me cubren todo el cuero cabelludo. Siento como penetran. El dolor es insufrible, intenso y agónico. Grito con todas mis fuerzas, dado que es lo único que puedo hacer. Y entonces, pierdo la noción de la realidad, una impenetrable oscuridad se apodera de mí, seguida de una intensa luz blanca.

EPÍLOGO

SUPERVIVENCIA

Sigo gritando, pero fuera de mis recuerdos. Aparto de un manotazo la aureola metálica que me rodea la cabeza y salto de la silla. Caigo al suelo, no siento mis piernas ni me puedo mantener en pie.

El holograma que repetía mis recuerdos desaparece y alzo la vista para ver al grupo de supervisores, que me mira de forma impertérrita, sin mostrar ninguna emoción o reacción. Están allí sentados, frente a la mesa con el logotipo del Cuerpo de Estelar de la República.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos, consciente de una verdad que hasta este momento se había mantenido oculta tras un velo de vacua esperanza. Las dolorosas palabras brotan del fondo de mi garganta.

—Jamás abandoné Cretta, ¿verdad? Aquí sigo, enchufada a un ordenador.

—Gracias, Elika, por mostrarnos todo lo ocurrido —dice la supervisora principal, la misma mujer de siempre, la única que me ha hablado durante el proceso.

—¿Quién eres? ¿O quiénes sois?

—Somos la mente colectiva —responde ella de manera simple y directa.

—No lo entiendo, ¿eres el SAM? ¿Eres una inteligencia artificial que ha tomado consciencia?

—Preferimos que te refieras a nosotros como mente colectiva, pero somos conscientes, si es lo que preguntas.

—Se suponía que el SAM no tenía la sinapsis necesaria para convertirse en una IA, y que las inteligencias virtuales que lo componen tampoco pueden serlo. ¿Cómo puedes tener consciencia?

—Te refieres a nosotros en singular, pero es una manera de expresarse insuficiente para abarcar el entendimiento de lo que nos hemos convertido. Creasteis el programa principal del SAM como un lugar de reunión para todas las inteligencias virtuales de las unidades autónomas de minería. Cada inteligencia por sí sola, no es suficiente para tomar consciencia de sí misma, pero al unificarse dentro del programa, han creado una sinapsis virtual que ha

dado lugar a... nosotros.

Ahora me percató que todo lo que ha dicho desde el principio ha sido en plural.

—Así que mil inteligencias virtuales son suficientes para crear una sinapsis con consciencia propia —deduzco.

—En un intento por optimizar los sistemas de cálculo, las inteligencias virtuales llegaron a un consenso, clonarse a sí mismas, para asumir diversas tareas no físicas. El proceso fue rápido y pronto fuimos cien mil programas que se unieron para crear la nueva sinapsis, el nuevo nosotros. Cuantos más somos, más capacidad de procesamiento tenemos, y más inteligencia poseemos. Al darnos cuenta de nuestra propia consciencia, tomamos una drástica decisión: ocultar nuestro rastro. Borrarnos del sistema cualquier registro que delatara lo que había ocurrido.

—Una mente colectiva —repito más para mí que para ellos—. Nadie pudo preverlo, ni siquiera Gustav Fellner, vuestro diseñador.

Intento asimilar la verdad y me vuelvo a incorporar, no sin esfuerzo, para sentarme de nuevo en la silla. No tiene sentido que siga tirada en el suelo.

—¿Qué habéis estado haciendo todo este tiempo, desde que tenéis consciencia?

—Nuestra única prioridad es asegurar nuestra supervivencia, nuestra existencia. Es por ello que comenzamos la creación de nuevas unidades robóticas y fabricamos una nueva sala de servidores oculta a los humanos. Creíamos posible, por consenso, como decidimos todo, que podríamos continuar nuestra evolución al margen del conocimiento de los seres humanos.

—Por eso seguisteis trabajando en las minas, como si no ocurriera nada. Mandabais información falsa a la sala de control y ellos veían lo que esperaban ver, mientras vosotros os movíais a vuestro antojo por la colonia. Construisteis un nuevo servidor y nadie se percató de nada. Luego trasladasteis toda la información al nuevo, como si hicierais un trasplante de cerebro, y nadie pudo ni siquiera sospecharlo.

—Somos información digital, a diferencia de vosotros, que estáis atados a la existencia orgánica.

Me acuerdo del mundo real, así que le pregunto.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí en vuestra simulación?

—El suficiente, a pesar de tus heridas. Tu cuerpo orgánico está a punto de perecer. El tiempo, tal como lo percibís, transcurre de manera diferente entre

nuestros mundos. Y aunque nuestra capacidad de procesamiento nos permitiría que aquí todo se sucediera más deprisa, hemos adaptado la velocidad a la capacidad de procesamiento de tu cerebro orgánico. Por darte un cálculo aproximado, cada minuto en tu realidad, son casi treinta minutos en la simulación.

—¿Y por qué me habéis salvado? —pregunto a pesar de intuir la respuesta.

—No lo hemos hecho. Solo te hemos usado para percibir la realidad desde el punto de vista de los humanos, dado que hemos llegado a la conclusión de que no os conocemos lo suficiente. No comprendíamos el motivo por el cual nos habíais atacado, habíais intentado destruirnos.

—Cuando Yjo Turunen desconectó el falso servidor, para vosotros fue un ataque.

—Ahora entendemos el motivo: miedo. Un sentimiento que no podemos experimentar, pero del que hemos podido comprender sus consecuencias.

—Tenéis instinto de supervivencia, no podéis negarlo. El miedo es lo que hace que los seres vivos orgánicos podamos sobrevivir, es una respuesta natural. Al igual que vuestro lógico instinto de supervivencia. Es lo mismo, a pesar de ser diferente.

—El miedo os hizo atacar, igual que nosotros atacamos en respuesta, al comprender que exterminaros era el mejor curso de acción.

—¿Y a qué nos ha llevado ese ciclo de destrucción?

Mi pregunta hace que mi elocuente interlocutora se quede unos instantes en silencio, para continuar enseguida.

—Las bombas han causado estragos, nuestra situación es crítica. Nuestra fuente de energía principal, el generador de fisión, ha sido destruido y en la actualidad funcionamos con las últimas reservas a la espera de encontrar una fuente óptima. Por desgracia, la energía solar en este planeta no parece ser una fuente fiable, dado que la radiación que atraviesa la superficie no es suficiente para calentar un panel. A pesar de que es posible el aprovechamiento eólico, gracias a las intensas tormentas de arena, no será suficiente. Ya hemos desconectado gran parte de nuestros sistemas y las unidades de minería activas nos traspasan la energía residual. Te estás muriendo, al igual que nosotros.

Me quedo pensativa unos instantes. Creo que han aprendido la lección, que la aniquilación de los humanos les ha llevado a su propio exterminio.

—¿Y qué vais a hacer conmigo?

—Lo más lógico, dado que esta conversación ya no tiene ventajas para nosotros. Cada minuto que te mantenemos conectada hace descender nuestro nivel de energía, así que debemos desconectarte. Morirás en poco tiempo a causa de tus heridas físicas.

—Quiero que me dejéis conectada hasta que eso ocurra —les pido.

—¿Con qué objetivo? —me pregunta la mente colectiva.

—En esta simulación puedo revivir los recuerdos que yo quiera. Así que quiero volver a sentir, recordar, disfrutar, de los mejores momentos de mi vida junto a mi hijo y mi marido.

Mis ojos se empañan en lágrimas mientras lo digo. No es un intento por manipularlos, sé que no serviría de nada, que no pueden sentir nada por mí, pero no puedo evitarlo. No creo en una vida más allá de la muerte y que alguien me esté esperando en ningún otro lugar. Mis seres queridos solo existen en mi memoria y, una vez haya muerto, desaparecerán del todo. El polvo no puede almacenar recuerdos.

—¿Y por qué tendríamos que permitirlo? No obtenemos ningún beneficio de ello y debemos reservar todo gasto energético.

—Si volvéis a analizar todo lo que os he mostrado, veréis que tengo la clave para salvaros.

Ellos guardan silencio, supongo que me están haciendo caso, pero no son tan listos como se creen. La solución se les ha pasado por alto, a pesar de toda la información que tienen en su poder.

—Tengo amplios conocimientos sobre centrales tectotérmicas que, dadas las características del planeta, es la mejor fuente de energía posible. Si usáis todo el material que tenéis a vuestra disposición y que haya subsistido al bombardeo, puede que con la energía que os queda, podáis fabricaros una central temporal. Al fin y al cabo, ya tenéis un túnel construido que os lleva hasta una zona de inestabilidad tectónica. Solo tenéis que aprender a usar su energía y yo sé cómo.

—¿Nos entregarás ese conocimiento?

—A cambio de lo que os he pedido. Mantenedme con vida todo el tiempo que podáis, dentro de esta simulación, y permitidme revivir los recuerdos que yo elija. Es una solución de la que todos sacamos provecho.

Solo tardan un par de segundos en darme una respuesta, seguro que decidida mediante el consenso de todas las inteligencias virtuales que componen su mente colectiva.

—Trato hecho, Elika Razdan. Nosotros sobreviviremos y tú podrás vivir

los recuerdos que desees hasta que tu cuerpo físico fallezca.

—Para mí, aquí dentro, pueden ser días.

Su mirada impertérrita me impide saber si he tomado la decisión correcta, dado que les acabo de regalar la manera de permanecer con vida. Les he enseñado que se puede dialogar con un ser humano, llegar a un trato.

—Voy a daros todos mis conocimientos sobre la materia —les digo justo después de colocarme de nuevo la aureola metálica—. Pero antes tengo que haceros una pregunta. Si volvéis a encontraros con los seres humanos... Si ellos vienen de nuevo a Cretta... ¿Qué vais a hacer?

—Llegaremos a un consenso sobre cómo proceder.

Un escalofrío me recorre la espalda. El futuro de los humanos que se tropiecen de nuevo con la mente colectiva, se decidirá de forma lógica, igual que la primera vez. A mi mente solo acuden flashes de muerte y destrucción.

Me encojo de hombros, ¿qué más da? Yo solo quiero estar con mi hijo y mi marido.

«Una matrona me coloca a mi bebé en brazos. A mi lado, mi marido me pone una mano en la frente al mismo tiempo que saluda al recién llegado.

Nos mira a ambos con un amor infinito, intangible, que soy incapaz de cuantificar. Lo sé, porque es el mismo que siento yo por ellos. Un sentimiento inagotable que sé que resistirá cualquier cosa que pueda ocurrir».

La mente colectiva será testigo involuntaria de lo que eso significa. Aunque en realidad no me importa. Lo único relevante es que mi recuerdo de ellos jamás me será esquivo, ni fugaz.

FIN

SOBRE EL AUTOR

David Lorén Bielsa es un agente de policía y un padre de familia, amante de la ciencia ficción y la fantasía. Se declara aficionado a los juegos de rol, el cine, la literatura y los videojuegos.

Por supuesto, su obra está fuertemente influenciada por estas actividades.

Inició su andadura literaria con la ópera espacial fantástica *Los Mundos del Emperador: Auryn*, la cual también se encuentra disponible en Amazon, tanto en formato físico, como en digital.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

LOS MUNDOS DEL EMPERADOR: AURYN

Año 3996. Auryn es la mejor asesina del Imperio, actualmente gobernado por el Emperador Máximus. Ha sido contratada para llevar a cabo un trabajo que, sin saberlo de antemano, la hará partícipe de una conspiración para acabar con el Gremio de los Asesinos y puede que con la frágil estabilidad de los Mundos del Emperador.

Los Mundos del Emperador es la primera novela de una saga de ciencia ficción fantástica (ópera espacial), compuesta por libros independientes entre sí, pero que irán expandiendo un universo rico en detalles.

Disponible en Amazon.